

THOMAS M. DISCH
La costa asiática

URSULA K. LE GUIN
*Algunos enfoques acerca del problema
de la escasez de tiempo*

GARDNER R. DOZOIS
Un sueño a mediodía

R. A. LAFFERTY
Crisólito entero y perfecto

J. G. BALLARD
El advenimiento de lo inconsciente

ANA MARÍA SHUA
La sueñera

FRITZ LEIBER
*El hombre que se casó con el
espacio y el tiempo*

Una entrevista con Pablo Capanna

Noticias, libros, cine

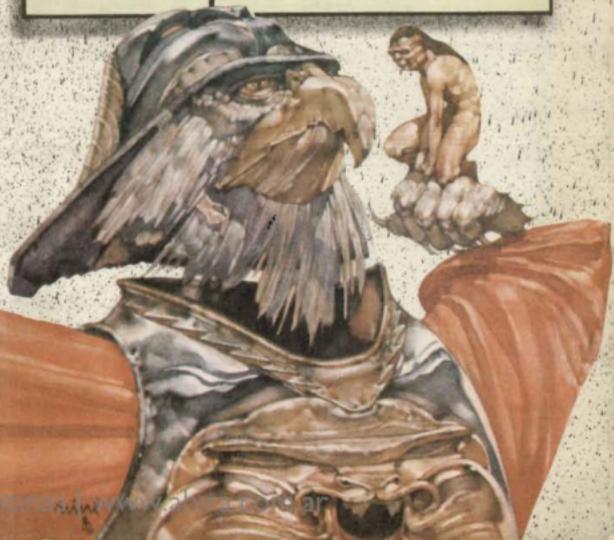
MINOTAURO

MINOTAURO 1

Disch · Ballard · Leiber

Le Guin · Capanna

Lafferty · Shua · Dozois



CARLOS GARDINI MI CEREBRO ANIMAL

Los horrores y las maravillas del presente y del futuro: las guerras desmesuradas e infinitas, el misterio y la poesía del cosmos, las curiosas e implacables leyes que gobiernan los mundos de la fantasía. Minotauro inicia con estos relatos de Carlos Gardini —ganador, en 1982, del Primer Concurso de Cuento del Club del Libro— una nueva colección, que recogerá los mejores textos de ficción especulativa escritos en castellano.

APARECE EN MAYO



INDICE

- 2 Editorial
- 5 Etcétera
- 17 THOMAS M. DISCH *La costa asiática*
- 45 URSULA K. LE GUIN *Algunos enfoques del problema de la escasez de tiempo*
- 51 *Entrevista con Pablo Capanna*
- 67 GARDNER R. DOZOIS *Un sueño a mediodía*
- 79 R. A. LAFFERTY *Crisólito entero y perfecto*
- 91 J. G. BALLARD *El advenimiento de lo inconsciente*
- 97 ANA MARÍA SHUA *La sueñera*
- 105 FRITZ LEIBER *El hombre que se casó con el espacio y el tiempo*
- 113 PABLO CAPANNA *Libros: Un intento de "Historia global"*
- 119 SERGIO GAUT VEL HARTMAN *Libros: Mujeres, hombres, dragones*
- 124 ANÍBAL M. VINELLI *Cine: Recordando las películas de episodios*

Dirección: MARCIAL SOUTO

Redacción: PABLO CAPANNA, ELVIO E. GANDOLFO, CARLOS GARDINI,
SERGIO GAUT VEL HARTMAN, ANÍBAL M. VINELLI

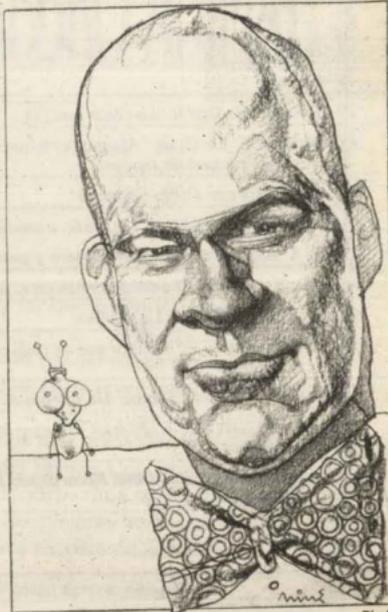
Diseño gráfico: SERGIO PÉREZ FERNÁNDEZ

Corrección: ELVIRA IBARGUEN

Ilustración de la tapa: CARLOS NINE



EDITORIAL



Disch

un hombre a un ambiente y un orden extraños pero que de algún modo reflejan la arquitectura de su personalidad.

Ursula K. Le Guin (California, 1929), al igual que Disch, publicó su primer cuento ("Abril en París") en 1962. Se-



Shua



Le Guin



Nine

hizo famosa con su cuarta novela, *La mano izquierda de la oscuridad* (1969), que obtuvo los premios Hugo y Nebula. Es autora también de *Los desposeídos* (1974), importante novela de ciencia ficción en la que se examinan teorías políticas, y la trilogía de *Earthsea* (1968-72), escrita para niños pero leída por los adultos con un fervor casi comparable al que se reserva para los libros de Tolkien. "Algunos enfoques del problema de la escasez de tiempo" es un artículo en broma sobre un problema muy serio.

Gardner R. Dozois (1947) es norteamericano. Agrupó sus admirables relatos en un volumen (*The Visible Man*, 1977) y también publicó una novela (*Strangers*, 1978). Además, es un excelente crítico y antólogo. En "Un sueño a mediodía" el ojo humano mira hacia adentro y hacia afuera, y compra los paisajes.

R.A. Lafferty (Iowa, 1914) es un auténtico maestro del

cuento corto, como lo demuestra su famosa colección *Nine Hundred Grandmothers* (1970), publicada en castellano en dos volúmenes: *Novецientes abuelas* y *Los seis dedos del tiempo*. "Crisólito entero y perfecto" es otro ejemplo de su humor excéntrico, que toma, como toda la obra de Lafferty, una dirección inesperada: esta vez hacia las costas de Libia, el tercer continente de Eratóstenes, para invocar los animales ilusorios de un continente ilusorio llamado Africa.

Ana María Shua (1951) es egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, redactora publicitaria y autora de los siguientes libros: *El sol y yo* (poemas, 1967), premio del Fondo Nacional de las Artes y Faja de Honor de la SADE; *Soy paciente* (novela, 1980), primer premio compartido del Concurso Internacional de Narrativa de Editorial Losada y tercer premio Municipal de

Novela a la producción 1980-81; *Los días de pesca* (cuentos, 1981). Los textos que ofrecemos en este número pertenecen a *La suenera*, un libro todavía inédito.

Fritz Leiber (1910) se licenció en psicología y fisiología en la Universidad de Chicago, fue actor teatral y jefe de redacción de una revista científica. Su primer cuento apareció en 1939 en la famosa revista *Unknown*, de John W. Campbell, y desde entonces ha demostrado ser uno de los creadores de literatura fantástica más versátiles. Entre sus mejores obras se incluyen dos novelas de terror ambientadas en ciudades modernas: *Conjurer Wife* (1943) y *Our Lady of Darkness* (1947). "El hombre que se casó con el espacio y el tiempo" es un conmovedor homenaje a los seres sencillos que dedican su vida a observar y acrecentar la armonía del cosmos.

Una de las pasiones de J. G. Ballard (Shanghai, 1930) es el



Ballard

surrealismo: en los paisajes de muchos de sus cuentos y novelas podemos reconocer elementos de pinturas de Dalí, Ernst, Tanguy o Delvaux. En "El advenimiento de lo inconsciente" descubre una relación directa entre las técnicas de este movimiento y las necesidades de la literatura conjetural de hoy.

Carlos Gardini entrevista a Pablo Capanna, autor de *La tecnarquía* y de un estudio ya

clásico sobre el género: El sentido de la ciencia ficción. En la sección "Libros" Pablo Capanna analiza los esfuerzos de Hugh Thomas por apresar e interpretar el pasado en su monumental *Historia del mundo*, y Sergio Gaut vel Hartman analiza los esfuerzos de Jack Vance y Vonda McIntyre por apresar e interpretar el futuro en sendas colecciones de cuentos. Anibal M. Vinelli inaugura su sección de "Cine"

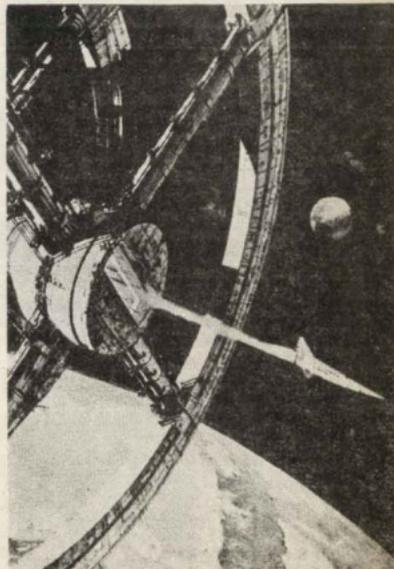
con una mirada nostálgica a las viejas películas de episodios, que tanto siguen influyendo en algunos de los mejores realizadores de hoy: Spielberg, Lucas, Peckinpah... "Etcétera", como "Libros" y "Cine", será una sección fija, e incluirá noticias y comentarios variados. Completan este número tres reflexiones del pensador Arthur Koestler (1905-1983) sobre los usos del cerebro y sobre el arte.



ETCETERA

LA AVENTURA CONTINUA

Cuando conocí a Stanley Kubrick el 22 de abril de 1964, en Trader Vic's, él ya había absorbido una inmensa cantidad de ciencia y ciencia ficción, y corría cierto peligro de creer en platos voladores; me pareció que yo había llegado justo a tiempo para salvarlo de ese destino siniestro. Ya desde el principio, él tenía una idea muy clara de su meta final, y estaba buscando el mejor modo de llegar a ella. Quería hacer una película sobre la relación del hombre con el universo, algo que nunca se había intentado, y mucho menos logrado, en la historia del cine. Desde luego, se habían producido muchísimas películas "del espacio", la mayoría de ellas pésimas. Aun las pocas que se habían hecho con cierta habilidad y precisión eran bastante pobres, más interesadas en la excitación infantil del vuelo espacial que en sus profundas



implicancias para la sociedad, la filosofía y la religión. Stanley era muy consciente de ello, y estaba decidido a crear una obra de arte que pudiera suscitar asombro, estupor y, de ser necesario, terror

[...] La película *2001* a menudo ha sido criticada por carecer de interés humano y no tener personajes reales, excepto Hal. Al pasar directamente del Pleistoceno al espacio, Stanley Kubrick sorteó todos

los problemas que habría implicado desarrollar la historia personal de los astronautas, el impacto político y cultural producido por el descubrimiento del monolito y los detalles generales de la vida a comienzos del próximo siglo. Podríamos haber escrito un libro entero sobre eso; de hecho, lo hicimos...

"Y después que lo hicimos, advertimos que era irrelevante para el tema principal de la película. El desarrollo de este marco de referencia además de agregar un par de horas al tiempo de proyección y varios millones al costo! nos habría obligado a dejar toda la historia fuera de foco. Así la novela contiene sólo unas páginas ambientadas en la Tierra del 2001, mientras que el film ignora el problema olímpicamente, y salta directamente al espacio.

"Una de las dificultades que enfrenta cualquier escritor de ciencia ficción que se dirige al público en general es cuánto debe explicar, y cuánto debe dar por sentado. Debe tratar de no desconcertar a sus lectores, pero al mismo tiempo evitar ese tono didáctico que lamentablemente es tan típico del género (¡Ahora dígame, profesor!). En un momento Stanley creyó poder resolver este problema —en lo que hacía a la película— empezando con un breve prelude de tono documental donde notables científicos y filósofos establecerían la credibilidad de nuestro tema. Con esta idea

en mente, envió a Roger Carras por todo el mundo para entrevistar ante la cámara a más de veinte autoridades en temas espaciales, computadoras, antropología, aun religión. Estaban incluidos los astrónomos Harlow Shapley, Sir Bernard Lovell, Fred Whipple, Frank Drake; la doctora Margaret Mead (que fue una fanática del espacio mucho antes del Sputnik) y el gran científico ruso A. I. Oparin, el primer hombre que señaló en la década del '20) un modo plausible mediante el cual la vida pudo surgir de los simples elementos químicos de la Tierra primitiva.

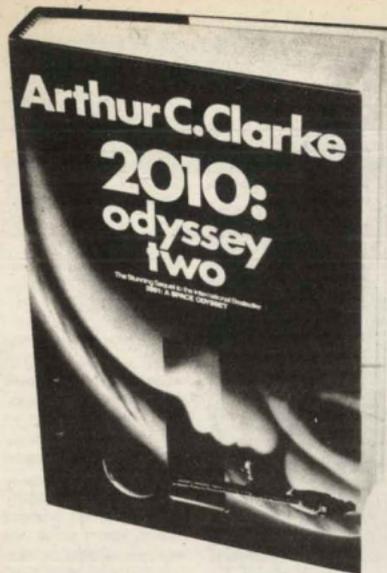
"Estas entrevistas, muchas de ellas fascinantes, nunca se usaron, algo que comprensiblemente contrarió a algunas de estas distinguidas y atareadas autoridades (pueden encontrarse transcripciones de varias de las entrevistas en *The Making of Kubrick's 2001*, de Jerry Agell). Pero dadas las circunstancias, haberlas incorporado a la película habría sido estéticamente imposible; también resultó ser innecesario. No teníamos que educar al público, pues la precipitación de acontecimientos astronáuticos lo hizo por nosotros."

(Arthur C. Clarke, *The Lost Worlds of 2001*.)

A partir de su estreno en 1968, **2001: odisea del espacio** se transformó casi en objeto de culto para muchos cineófilos, no todos ellos necesari-

amente aficionados a la ciencia ficción. Una batería de efectos visuales a cargo de Richard Trumbull, una cuidadosa banda sonora y una trama genuinamente especulativa contribuyeron a una popularidad demostrada, entre otras cosas, por la definitiva asociación de los acordes iniciales de *Así habló Zaratustra*, de Richard Strauss, con las primeras imágenes de la película. Una de las curiosidades de **2001** es que la relación entre película y novela no es la acostumbrada en estos casos: no se trata de un guión basado en una novela, ni de una novela escrita después del guión para aprovechar el impacto comercial del film. Aunque partiendo de un cuento ya publicado de Clarke ("El centinela") y ciertas ideas presentes en *El fin de la infancia*, Stanley Kubrick y A. C. Clarke trabajaron simultáneamente, y película y novela nacieron de una realimentación recíproca, una historia que Clarke ha detallado en su libro *The Lost Worlds of 2001*. Las andanzas de **2001** sin embargo no han terminado allí. Ballantine Books publicó en 1983 una continuación, **2010: odisea dos**, y una división de la misma casa editorial lanzó simultáneamente una versión castellana para distribuir en EE.UU. Para el público local, **2010: odisea dos** llegó a mediados de 1983 en una edición de Emecé.

Al final de **2001** el astronauta David Bowman abandona la nave *Discovery* para diri-



girse al encuentro del misterioso monolito, en órbita alrededor de Júpiter. En el año **2010** la *Discovery* aún permanece en una órbita entre Júpiter y su satélite Io, y la NASA se propone enviar una misión de rescate para aprovechar los datos almacenados en el banco de memoria de Hal. Razones técnicas obligan a concertar una misión conjunta con los soviéticos, y cosmonautas y astronautas se unen para averiguar qué es el monolito tréptica gigantesca y proporcionalmente similar del encontrado en la Luna, cuyos

secretos aún no se han podido desentrañar. Quienes hayan sentido fascinación por la personalidad de HAL 9000 tendrán el gusto de conocer en la nueva novela al doctor Chandra, su creador, averiguar cuáles fueron las causas de la disfunción de Hal y encontrar un giro sorprendente en la conducta de esta flemática inteligencia artificial. En cuanto a David Bowman, basta con anticipar que su metamorfosis es sólo el prelude de una metamorfosis más vasta que afectará a todo el Sistema Solar. Pese a su esti-

lo anodino, a sus ironías trasnochadas y sus personajes acartonados, Clarke consigue un relato sólido y convincente en lo que hace a la verosimilitud científica de ciertas situaciones y consigue cierto vuelo cuando describe con suma precisión formas de vida alienígenas.

Es el material ideal para que un realizador cinematográfico de talento lo transforme en una suerte de poesía cósmica. Tendría a su favor, por cierto, el perfeccionamiento de los efectos especiales más los datos aportados por las sondas *Voyager* sobre esa región del Sistema Solar, pero también debería afrontar el riesgo de competir contra la primera parte y su aura mítica. De hecho, la MGM y Stanley Kubrick —según informa la revista especializada *Locus* en su número de enero— están actualmente tratando de decidir quién se encargará de dirigir el film. "Le he dicho a Stanley", declaró Clarke, "que su tarea consiste en impedir que alguien realice una película, para que no me molesten." (Sin embargo, las andanzas de A. C. Clarke con el cine tampoco parecen haber terminado: se está trabajando en una versión cinematográfica de *Las fuentes del Paraíso* y existe un proyecto llamado *The Songs of Distant Earth*, basado en un viejo cuento.)

Por otra parte, el libro **2010** parece destinado a ser también un objeto de culto. Aunque en alguna oportunidad

Clarke había afirmado que no escribiría una continuación de 2001 ni iría a EE.UU., en noviembre de 1982 viajó a Norteamérica en una odisea promocional. Se presentó en programas de radio y televisión y firmó ejemplares en librerías de Nueva York y Los Angeles, con gran asistencia

de público. Aludiendo a su afirmación anterior, declaró: "Soy muy mal profeta." Su agente Scott Meredith había destacado que aunque el libro funcionaría bien sin gira publicitaria, la presencia de Clarke lo transformaría en un éxito de venta.

Lo cierto es que en di-

ciembre de 1982 *Odisea dos* llegó a figurar entre los primeros cinco puestos de la lista de bestsellers del *New York Times* y la revista *Time*.

En ciertos aspectos, el agente literario quizá esté mejor dotado que el autor para vaticinar el futuro. (CG)



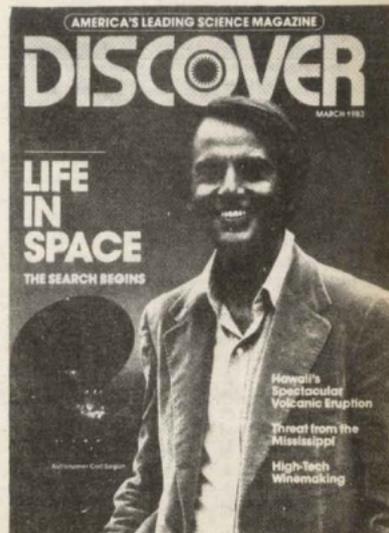
ETCETERA

LAS VOCES DEL CIELO

CETI no es el hermano de Osiris, aunque tiene inmensas orejas que escuchan el cielo. SETI es la sigla de Search for Extraterrestrial Intelligence (Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre) y designa un ambicioso plan de esfuerzos para entrar en contacto con otras civilizaciones del cosmos a través de la radioastronomía.

En realidad, sólo el nombre es nuevo, porque la idea surgió junto con los primeros radiotelescopios, tras la Segunda Guerra Mundial. En 1959, Morrison y Cocconi iniciaron la búsqueda de señales coherentes procedentes del espacio; al año siguiente, Frank Drake fue el primero en emitir un mensaje codificado hacia las estrellas Tau Ceti y Epsilon Eridani, hasta hoy sin respuesta.

Desde entonces, cada tanto se descubre un mensaje inteligente, o por lo menos no na-



tural, pero luego se le halla otra explicación. La primera fuente de confusión fueron los satélites militares y espías no declarados. La siguiente falsa alarma fue cuando Anthony Hewish descubrió los **pulsares**, estrellas neutrónicas que emiten señales articu-

das con todo el aspecto de un mensaje. Lo cierto es que hasta ahora no se registraron resultados positivos, lo cual es comprensible debido a lo inmenso de la tarea, pero los defensores de SETI opinan que sólo podrá obtenerse si se moviliza toda la capacidad de

escucha de que disponen las potencias tecnológicas durante cierta cantidad de años, lo cual no es excesivamente costoso.

Ponerse a escuchar los mensajes de extraterrestres, hace apenas dos décadas, cuando se construyó Arecibo, era una idea fantástica, pero en estos años ha ido ganando fuerza en el terreno científico, y se plantea hoy como una polémica filosófica donde, por supuesto, están en juego ciertos aspectos económicos y políticos.

Es sintomático que la Academia de Ciencias de la URSS haya celebrado el año pasado un seminario sobre el tema en Tallin (Estonia), donde diez astrónomos norteamericanos se sentaron junto a los soviéticos Shklovski, Kardashev y Troitsky para discutir temas como faros interestelares, razas inmortales, ingeniería galáctica y remodelación de sistemas planetarios; temas que hubieran hecho las delicias de E. E. "Doc" Smith o Edmond Hamilton, pero que ahora se planteaban seriamente, ante observadores del gobierno soviético y varios cosmonautas activos.

Los soviéticos pronto inaugurarán su nuevo radiotelescopio de Samerkanda, que está parcialmente destinado a la escucha de señales extraterrestres; para el mismo objetivo se destinan las cien pequeñas antenas del Instituto Radiofísico Gorky. También los japoneses están usando

un radiotelescopio de regular tamaño para el mismo fin, según informaba la revista **Discover** hace un año.

La misma fuente (**Discover**, marzo de 1983) señala que la investigación ha sufrido un vuelco cualitativo al encararse otros dos proyectos, el de la Sociedad Planetaria-Harvard y el de la NASA. La Sociedad Planetaria es una entidad privada multinacional con más de cien mil socios que, junto con la Universidad de Harvard, financia las investigaciones del físico Paul Horowitz.

Mediante un nuevo dispositivo para analizar señales, Horowitz piensa que el proyecto permitirá escuchar simultáneamente 128.000 canales, reunidos en torno a las frecuencias donde es más probable que se agrupen los mensajes, por ser menor el ruido. El otro proyecto, a cargo de la NASA, permitirá aprovechar la capacidad ociosa de los radiotelescopios instalados en España y Australia para rastrear naves espaciales, ahora que ha decrecido la frecuencia de los lanzamientos; usado con su máxima capacidad, el sistema podría llegar a captar **ocho millones** de canales.

El costo de todas las operaciones SETI es por ahora reducido. Carl Sagan, que es su mejor abogado, estima que lo que se está gastando en ellas, en todo el mundo, suma menos que el costo de un helicóptero de combate. De mantenerse los niveles actuales, el

costo de diez o veinte años de investigación apenas llegará a un tercio del precio de un bombardero B-1. Sin embargo, hay otros científicos que se ponen celosos; el físico Frank J. Tipler, el mayor enemigo de estas investigaciones, opina que dos millones de dólares pueden ser poco para la NASA, pero serían dos millones menos para su campo, la relatividad general. No podía faltar un senador, William Proxmire (Wisconsin), quien piensa que las pretensiones presupuestarias del SETI pueden crecer con el tiempo, y que sus resultados son improbables. En su opinión, todo esto puede esperar "varios millones de años luz"; quizás Proxmire haya confundido medidas de distancia con medidas de tiempo, pero hay que convenir con él en que hay muy pocas posibilidades de que se obtenga algún resultado en menos de algunos miles de años.

Partidarios y adversarios se han alineado, y la polémica está en pleno desarrollo. Entre los defensores están Carl Sagan, Frank Drake y siete premios Nobel, que han firmado una petición internacional. Del lado opuesto hay también algún Nobel, Frank Tipler y el astrónomo Michael Hart.

Hart, por ejemplo, sostiene que si hubiese civilizaciones extraterrestres, ya habrían explorado toda la Galaxia y las tendríamos aquí. Bastarían dos millones de años para cruzar toda la Galaxia —una

velocidad de un año-luz cada diez años, puesto que la Vía Láctea es cinco mil veces más vieja. Hart deduce que nadie la ha explorado, y en consecuencia no hay nadie.

Este argumento falla porque supone que los viajeros son inmortales y parten en todas direcciones, viajando en forma continua. Tipler lo ha perfeccionado alegando que no necesariamente serán los extraterrestres quienes viajen sino robots autorreproductores (las "sondas de von Neumann"). Con semejantes robots, que aun nuestra tecnología podría llegar a producir en mil años

más, ya la Galaxia tendría que estar colonizada por criaturas de Stanislaw Lem, a menos que nuestro mundo sea el más miserable Macondo del cosmos, lejos de todas las rutas espaciales.

Lo que más sorprende en estas especulaciones es el alcance metafísico que ambos bandos se atribuyen: ya sea buscando dioses o proponiéndolos que los seamos. Para Dáton, la demostración de que estamos solos servirá para afirmar que Dios somos nosotros, y emprender la conquista del cosmos. Para Sagan, se trata de "buscar

quiénes somos"; la Tierra está en peligro y es necesario establecer un contacto con quienes habrían superado la crisis de crecimiento de la sociedad tecnológica. El inconveniente está en que, en caso de realizarse un contacto, la hipótesis "estamos solos" quedaría refutada, pero la otra podría continuar investigándose durante milenios aun cuando fuese falsa.

Aunque vale la pena intentarlo; de todos modos, esos dólares igual se gastarían en fabricar nuevas armas internales, o en derribar gobiernos... [PC]



ETCETERA

LAS PERVERSIONES DE LA FANTASIA

A semejanza de Walt Disney, aunque con incompatible peligrosidad, L. Ron Lafayette Ronald Hubbard sigue produciendo aun después de habérselo dado por muerto. St. Martin's Press, una editorial especializada en libros caros, acaba de publicar su novela *Battlefield Earth*, que tiene cuanto menos una venta asegurada de cinco millones de ejemplares, pues será de lectura obligatoria para los adeptos de la Iglesia de la Comprensión (o Cientologal, la secta creada por "L. Ron"). En el prólogo, Hubbard lo quien escriba recuerda que durante la llamada Edad de Oro de la ciencia ficción escribió cuentos y novelas para financiar sus "investigaciones científicas", y ahora lo hace por simple placer, dedicándole el fruto de sus esfuerzos a un centenar de escritores conocidos, quienes sin duda se



RETRATO DE CARLOS HINE

Hubbard

habrán sentido bastante incómodos.

Se trata de un insufrible novelón de más de ochocientas

páginas, con un esquema netamente paranoide, que recuerda el libro atribuido a Hitler por Norman Spinrad, El

sueño de hierro. En el año 3000, los seres humanos están casi extinguidos y el planeta ha sido sometido por los perversos psychlos, quienes llegaron a la Tierra atraídos por nuestras sondas espaciales y la conquistaron para extraer nuestros minerales. Su Compañía Minera Intergaláctica se parece sospechosamente a la Standard Oil, y su policía recibe el nombre de "I.B.I."; con esto basta para dar una idea de la "imaginación" del autor. Pero hete aquí que surge el hoven héroe Johnnie Goodboy ("chico bueno") Tyler, quien se pone a la cabeza de los escoceses sobrevivientes: en menos de un año liberan la Tierra, conquistan varias galaxias, y cuando lo van a nombrar emperador, Goodboy desaparece, con una modestia admirable.

En realidad, habría que establecer si fue Hubbard quien escribió la novela, puesto que desde marzo de 1980 no ha sido visto en público; se dijo que vivía recluso en su ranch californiano, o a bordo de uno de sus yates en el Mediterráneo, pero existen fundadas sospechas de que habría muerto o estaría insano.

El problema ha vuelto a plantearse a raíz de una causa judicial abierta por el hijo de Hubbard, quien para no ser confundido se hace llamar Ronald E. DeWolf. Ronald Jr. reclama su parte de la inmensa fortuna paterna, alegando que Hubbard ha muerto y los directivos de la Cientología si-

guen falsificando su firma para liquidar los bienes de la empresa. Por su parte, los científicos ofrecen como prueba un ejemplar de la novela citada, dedicado a Forrest J Ackerman con una firma que parece ser de puño y letra de Hubbard.

La carrera de Hubbard se parece a la de muchos mesías sintéticos, como el doctor Sun Myong Moon o David Berg, quienes al amparo de la benévola legislación estadounidense se han logrado montar verdaderas empresas multinacionales destinadas a explotar el sentimiento religioso.

Entre 1938 y 1954, Hubbard había publicado cuentos y novelas de ciencia ficción en las revistas controladas por Campbell, y logró convencer a éste de las ventajas de su pseudociencia, la "dianética", era una especie de psicoanálisis cuyo nombre había sido copiado (mal) de la "dianética" de Platón. Según cuenta un testigo como Alfred Bester (véase *El Péndulo* n° 7) el crédulo Campbell pensó que con la dianética Freud estaba liquidado, y brindó generosamente el espacio de su revista a Hubbard para que la difundiera. Su terapia consistía en descubrir ciertos traumas prenatales (los engramas) mediante el empleo de un galvanómetro, manejado por el "interventor" o analista dianético (véase John Stadek, "Los nuevos apócrifos", en *El Péndulo* n° 8). El negocio pronto comenzó a prosperar, y logró

muchos conversos; otro chiflado, menos peligroso, el escritor A. E. van Vogt, vivió varios años del ejercicio de la dianética.

Cuando el negocio superó cierto volumen de operaciones, Hubbard se reveló como un genio de la organización. Reformó la doctrina, con el nombre de Cientología, y la convirtió en una religión. Su mitología es totalmente increíble, y parece calcada de *Star Wars* o alguna serial de TV: hace 4.000 millones de años hubo una guerra entre Buenos y Malos en el planeta Helatrobos. Los Buenos derrotados fueron exiliados en la Tierra, bajo la forma de cuerpos astrales, llamados *thetan*. Mediante una dianética perfeccionada, el adepto puede curar todas sus enfermedades (a los \$200 por hora de terapia y llegar a descubrirse como un *thetan* exiliado (costo total: \$16.100), a partir de lo cual podrá hacer viajes astrales por la Galaxia y será accionista. Si no puede pagar, se le abre un crédito que tendrá que devolver trabajando como instructor o proselitista a un sueldo irrisorio.

Fundada en Washington en 1954, la secta tiene hoy su sede principal en Sussex (Inglaterra) y sus principales centros en USA (Florida y California) y en Copenhague. Mantiene un cuerpo de casi siete mil empleados y recauda más de 150 millones de dólares anuales de sus 79 iglesias

y 172 misiones diseminadas en todo el mundo.

Lo más alarmante no es la superchería, común a muchos "cultos" surgidos en las últimas décadas, sino sus procedimientos dignos de la mafia, que le han granjeado infinidad de procesos y condenas por causas que van desde la extorsión, intimidación y evasión de impuestos hasta la formación de fuerzas paramilitares. Por ejemplo, Hubbard no puede ingresar a Francia, donde tiene pendiente una condena a cuatro años de prisión.

La Cientología suele utilizar los datos confidenciales que obtiene mediante su detector de mentiras ("electropsicómetro") para extorsionar a miembros disidentes o difamar a sus adversarios. Sus acciones de intimidación contra Paulette Cooper, autora del libro **El escándalo de la Cientología**, y Eugene Methvin, redactor del **Reader's Digest** que lanzó una campaña contra la secta, fueron dignas del peor régimen totalitario.

Gracias a la exención impo-

sitiva, los científicos controlan gran cantidad de escuelas en varios países. También manejan el Narconon, una entidad para la "rehabilitación" de drogadictos, con fines de reclutamiento. Un disidente, Gerald Armstrong, denunció la existencia de una fuerza paramilitar científica, la "Organización del Mar", que sería un grupo de élite semejante a la SS, con base en uno de los cinco grandes barcos que posee Hubbard. **Selecciones del Reader's Digest** (noviembre de 1981) da cuenta de la existencia de un campo de entrenamiento militar en la frontera de México.

Los científicos suelen acopiar información acerca de accidentes y enfermedades de personas pudientes, a quienes se acercan luego ofreciendo salvación, y los reclutan como contribuyentes.

Algunas novedades sobre la secta surgirán seguramente del proceso iniciado en enero por el hijo de Hubbard. Entre otras cosas, el querrelante de-

nuncia a su padre de ser adicto a varias drogas, practicante de magia negra y afectado por varios trastornos psiquiátricos. Al parecer, escribió su doctrina bajo el efecto de alucinógenos.

DeWolf Ilex Hubbard Jr. I reveló a **Newsweek** 16 de diciembre de 1982 que más de una vez presenció extrañas ceremonias abortivas en las cueles Hubbard ataba a su mujer a la cama y le inyectaba anfetaminas y barbitúricos. Como evidencia, ha presentado la documentación secreta sustraída por Armstrong, quien desde 1971 a 1979 formó parte de la Organización del Mar; en ella, puede seguirse el planeamiento y la ejecución de las campañas intimidatorias de la secta. Será sin duda un pleito más para la Cientología, quizás uno de los más difíciles, pero cuesta creer que el fraude se desarmará fácilmente pues, al igual que la Cosa Nostra, la organización cuenta con excelentes abogados. (PC)

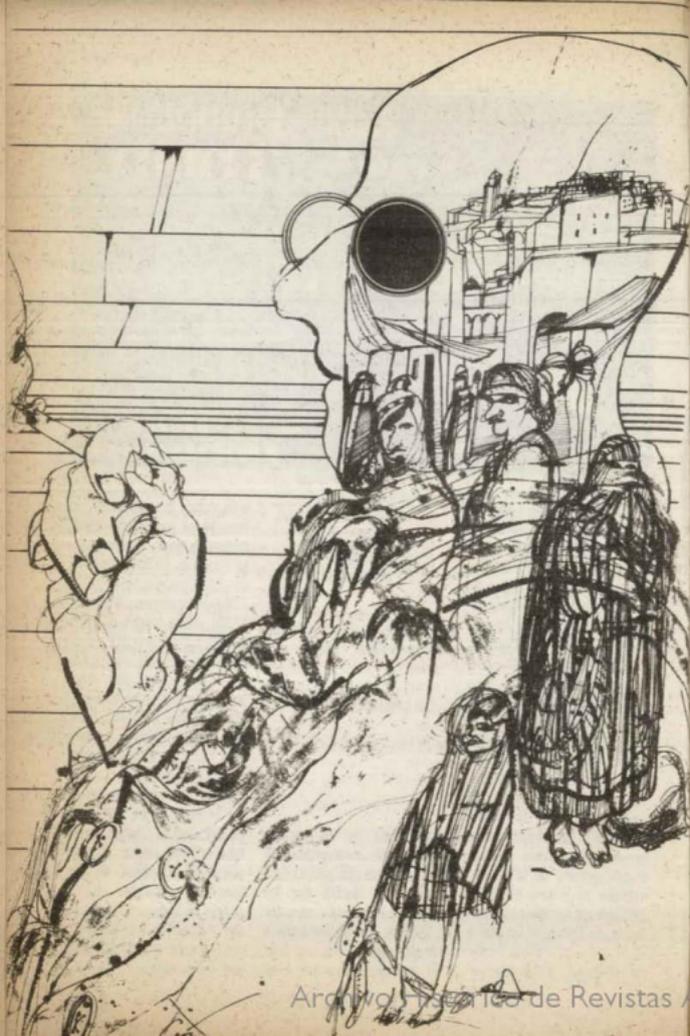


Autores de prestigio figuran este año entre los aspirantes al premio Hugo en el rubro novela, entre ellos Frank Herbert con **La peste blanca**, A. C. Clarke con **2010: odisea dos**, e Isaac Asimov con la cuarta parte de **Fundación**. Un aspirante titánico a ese premio (más de setecientos páginas en caja gigante) es **Campo de batalla: la Tierra**, de L. Ron Hubbard. Sus aspiraciones vienen cimentadas por una nada desdeñable campaña publicitaria, que ha incluido, además de avisos por radio y otros recursos, un inmenso letrero donde Johnnie, el protagonista de la novela, empuña su pistola de rayos dando la bienvenida a los asistentes de Chicón IV (la cuarta convención de ciencia ficción de Chicago, celebrada en

CAMPO DE
BATALLA:
¿LA TIERRA?

1982). Una de las promociones más pintorescas, sin embargo, fue una curiosa procesión que desfiló por las calles de Manhattan: un actor vestido de Johnnie montando a caballo, seguido por una banda de escoceses, con una

jaula donde iba encerrado un monstruoso psycho de cuatro metros de altura. La voluminosa novela de Hubbard ha tenido tres ediciones: una de 7.500 ejemplares, otra de 12.500, y una tercera de unos 40.000 ejemplares. "Estamos promoviendo una campaña para traer millones de nuevos lectores a la ciencia ficción y hacer de ella el género más leído del mundo", declaró Fred Harris de AuthorServices (Hollywood), compañía encargada de manipular los textos de Hubbard. "La campaña promocional de **Campo de batalla: la Tierra** no es sólo para aumentar la ventas de ese libro." Es indudable que el campo de batalla al que apuntan Hubbard y sus allegados debe abarcar mucho más que una Tierra ficticia.



THOMAS M. DISCH

LA COSTA ASIÁTICA

La frontera que une o separa el reino de los juicios y el reino de los hechos también puede comunicarnos con mundos diferentes, tan arbitrarios como el nuestro.

Ilustración de Fati

I

Había voces en la calle empedrada, y ruido de motores. Pasos, portazos, silbidos, pasos. Vivía en la planta baja, así que no había modo de eludir esas evidencias de la vida un tanto desbordante de la ciudad. Se acumulaban en el cuarto como polvo, como las pilas de correspondencia sin contestar en el mantel de lunares.

Todas las noches arrastraba una silla al desnudo cuarto del fondo —la sala de huéspedes— y miraba por encima de los tejados y las aguas oscuras del Bóforo hacia las luces de Uskúdar. Pero los sonidos también penetraban en ese cuarto. Se

quedaba sentado en la oscuridad, bebiendo vino, esperando a que ella llamara en la puerta del fondo.

O trataba de leer: libros de historia, de viajes, la larga y aburrida biografía de Atatürk. Una especie de sedante. A veces incluso intentaba empezar una carta para su mujer: "Querida Janice, sin duda te habrás preguntado qué fue de mí en estos últimos meses..."

Pero el problema es que después de escribir esa parte, las frágiles cortesías, el informe superficial, no podía decidirse a contar *qué* había sido de él.

Voces...

Daba lo mismo que él no hablara el idioma. Durante un tiempo lo había estudiado, viajando tres ve-

ces por semana al Robert College de Bebek, pero la gramática, basada en supuestos totalmente ajenos a los idiomas que él conocía, con esas fronteras vacilantes entre verbos y sustantivos, sustantivos y adjetivos, resistía todos los asaltos de su mente incorregiblemente aristotélica. Se sentaba en el fondo del aula, detrás de las filas de adolescentes norteamericanos, hoscos como convictos, tan cómicamente fuera de contexto como las maquinarias derretidas de un paisaje de Dalí, y desde allí repetía diálogos inocuos siguiendo al profesor, desempeñando los dos papeles por turno, primero el confiable e inquisitivo JOHN, eternamente solo y perdido en las calles de Estambul y Ankara, luego el servicial y sagaz AHMET BEY. Ninguno de estos interlocutores admitiría lo que era cada vez más evidente en cada palabra balbuceante que articulaba JOHN: que vagabundearía por esas mismas calles durante años, desorientado, engañado y despreciado.

Pero esas lecciones, mientras duraron, tuvieron una gran ventaja. Le brindaron una ilusión de actividad, un obelisco donde concentrar la visión en medio del desierto de cada nuevo día, algo hacia donde ir y luego algo para dejar atrás.

Después del primer mes había llovido mucho, y esto le dio una buena excusa para quedarse adentro. Había recorrido las mayores atracciones de la ciudad en una semana, y mucho después aún insistía en visitarlas, incluso en tiempo dudoso, hasta que al fin despachó cada mezquita y cada ruina, cada museo y cada cisterna citados en negrita en las páginas de su Hachette. Visitó el cementerio de

Eyup, y dedicó un domingo entero a los parapetos de tierra, escrutando atentamente, aunque no leía griego, las inscripciones de los diversos emperadores bizantinos. Pero cada vez más a menudo en esas excursiones veía a la mujer, o al niño, o a la mujer y el niño juntos, hasta que casi llegó a temer la presencia de cualquier mujer o cualquier niño en la ciudad. No era un temor infundado.

Y siempre, a las nueve, a lo sumo a las diez, ella venía a golpear la puerta del apartamento. O, si la puerta de calle del edificio no había quedado entornada, a la ventana del cuarto del frente. Golpeaba pacientemente, en pequeñas ráfagas de tres o cuatro golpes separados entre sí por varios segundos, nunca muy fuerte. A veces, pero sólo si estaba en el pasillo, acompañaba los golpes con unas palabras en turco, casi siempre ¡Yavuz! ¡Yavuz! Él había preguntado al empleado de correos del Consulado qué significaba éso, pues no encontraba la palabra en el diccionario. Era un nombre turco bastante común, un nombre masculino.

El se llamaba John. John Benedict Harris. Era norteamericano.

Ella rara vez se quedaba afuera más de media hora por noche, golpeando y llamándolo, a él o a su imaginario Yavuz, y él permanecía todo ese tiempo en la silla del cuarto desnudo, bebiendo Kavak y mirando los ferries que cruzaban el agua oscura entre Kabatas y Uskudar, la costa europea y la costa asiática.

La había visto por primera vez frente a la fortaleza de Rumeli Hi-

sar. Era el día, poco después de su llegada a la ciudad, en que había ido a inscribirse en el Robert College. Después de pagar la tarifa e inspeccionar la biblioteca, había bajado la colina por un camino equivocado y allí estaba, colosal y majestuosamente improbable, un regalo. No sabía el nombre, y tenía la Hachette en el hotel. Era sólo el hecho desnudo de una fortaleza, una masa de piedra gris, las torres y las almenas, el Bósforo gris abajo. Se agachó para fotografiarla, pero aun a esa distancia era demasiado grande: no podía abarcarla toda en una sola foto.

Abandonó la carretera y tomó un sendero entre arbustos secos que prometía circundar la fortaleza. Mientras se acercaba, las murallas se elevaban cada vez más. Ante esas murallas no podía pensarse en un asalto.

Vio a la mujer cuando ella estaba a unos quince metros. Ella se le acercó por el sendero, trayendo un paquete grande envuelto en papel de diario y atado con hilo de bramante. Vestía esas ropas de algodón estampado y descolorido que usaban todas las mujeres pobres de la ciudad, pero ella no intentó, como la mayoría de las mujeres de su clase, taparse la cara con el chal cuando reparó en él.

Pero quizá era sólo porque el paquete le habría dificultado ese convencional gesto de recato, pues después de esa primera ojeada ella al menos agachó la cabeza. No, era difícil descubrir un presagio claro en ese primer encuentro.

Cuando se cruzaron él se apartó del sendero, y ella murmuró alguna palabra en turco. Gracias, supuso él. La observó hasta que ella lle-

gó a la carretera, preguntándose si ella se volvería, y ella no se volvió.

Bordeó las murallas de la fortaleza por la ladera abrupta y ruinosas hasta la carretera de la costa sin encontrar una entrada. Le divertía pensar que tal vez no la había. Entre el agua y las barbacanas había sólo una angosta franja de asfalto.

Una estructura absolutamente fascinante.

La entrada, que sí existía, estaba al lado de la torre central. Pagó cinco libras turcas por entrar y dos libras y media por pasar con la cámara.

De las tres torres principales, los visitantes sólo podían subir a la del centro de la muralla oriental, que corría a lo largo del Bósforo. Él estaba fuera de práctica y subió despacio la cerrada escalera de caracol. Los escalones de piedra evidentemente habían sido tomados de otros edificios. De vez en cuando reconocía un fragmento de molduras clásicas o un diseño de entalladura totalmente inapropiado, como una cruz griega o una tosca águila bizantina. Cada paso se convertía en una conquista simbólica: uno no podía subir esas escaleras sin involucrarse en la caída de Constantinopla.

La escalera daba a una especie de pasarela de madera que bordeaba la pared interior de la torre a una altura de veinte metros. En ese espacio semejante a un silo resonaban el arrullo y el aleteo de palomas invisibles, y en alguna parte el viento jugueteaba con una puerta metálica, abriéndola con un crujido o cerrándola con un golpe. Aquí, si lo deseaba, podría descubrir presagios.

Avanzó por la plataforma de madera aferrando con ambas manos la baranda de hierro empotrada en la pared de piedra, sintiendo un terror agradable, sudando placenteramente. Pensó cuánto le habría gustado esto a Janice, cuyo entusiasmo por las alturas era comparable al de él. Se preguntó cuándo la vería de nuevo, si alguna vez volvía a verla, y cómo sería ella. Sin duda ya había iniciado los trámites de divorcio. Tal vez ya no era su esposa.

La plataforma conducía a otra escalera de piedra, más corta que la primera, que subía hasta la crujiente puerta metálica. La abrió de un empujón y en medio de una bandada de palomas salió al brillo enceguedor del mediodía, al ancho esplendor de la elevación, el sol arriba y el brillante arco de agua abajo y, más allá del agua, el verde surreal de las colinas asiáticas, una Cibeles de cien pechos. Todo esto parecía exigir una suerte de afirmación, un grito. Pero no tenía ganas de gritar, ni de hacer gestos ampulosos. Sólo podía admirar, a esta distancia, la ilusión de tacto, las colinas como carne, una ilusión que podía realizarse si apoyaba las manos, aún sudadas después de la travesía por la pasarela, sobre la piedra tibia y áspera de la balaustrada.

Mirando desde el costado de la torre hacia la carretera desierta vio de nuevo a la mujer, de pie en la orilla del agua. Lo estaba mirando. Cuando él reparó en ella la mujer alzó ambas manos sobre la cabeza, como haciéndole señas, y gritó algo que él no habría entendido aunque hubiera podido oír con claridad. Pensó que quería que le to-

mara una foto, así que puso la perilla en velocidad máxima para compensar el resplandor del agua. Ella estaba directamente bajo la torre, y aparentemente no había modo de conseguir una composición interesante. Apretó el obturador. Mujer, agua, carretera de asfalto: sería una instantánea, no una fotografía, y él no creía en las instantáneas.

La mujer siguió llamándolo, los brazos alzados en el mismo gesto hierático. No tenía sentido. Él la saludó con la mano y sonrió dubitativo. En verdad era un fastidio. Habría preferido no sufrir ninguna intrusión. A fin de cuentas, uno subía a las torres para estar solo.

Altin, el hombre que le había encontrado el apartamento, trabajaba como agente para tiendas de alfombras y joyas del Gran Bazar. Se ponía a conversar con turistas ingleses y norteamericanos y les aconsejaba qué comprar, y dónde, y cuánto pagar. Pasaron un día mirando y se decidieron por un edificio de apartamentos cerca de Tak-sim, la plazoleta conmemorativa que servía al barrio europeo de la ciudad como una suerte de Broadway. Los diversos bancos de Estambul hacían gala de su modernidad con letreros de neón, y en el centro de la plazoleta, en tamaño natural, Atatürk conducía a un pequeño pero representativo grupo de compatriotas hacia un brillante destino occidental.

El apartamento compartía (pensaba Altin) ese mismo espíritu progresista: tenía calefacción central, inodoro, bañera y una nevera obsoleta pero prestigiosa. El alquiler costaba seiscientas libras

por mes, o sea sesenta y seis dólares según el cambio oficial pero sólo los cincuenta dólares según el cambio de Altin. Él estaba ansioso por irse del hotel, así que aceptó un contrato de seis meses.

Lo odió desde el día en que se mudó. Excepto por los restos de un piojoso sofá de la sala de huéspedes, cuyo retiro exigió al propietario, dejó todo como estaba. Aun los borrosos desnudos de una revista turca para hombres quedaron donde estaban, cubriendo las grietas del yeso nuevo. Estaba decidido a no ponerse cómodo: quizá tuviera que vivir en esa ciudad, pero no tenía la obligación de gozar de ella.

Todos los días recogía su correspondencia en el Consulado. Probó suerte en varios restaurantes. Visitaba lugares y tomaba notas para su libro.

Los jueves visitaba un hamam para sudar las toxinas acumuladas en la semana y para que un masajista lo sobara y golpeara.

Supervisaba el crecimiento de su bigote incipiente.

Se echaba a perder, como una lata de conservas abierta y olvidada encima de un aparador.

Aprendió que en turco había una palabra especial para los rollos de mugre que se eliminan de la piel después de un baño de vapor, y otra que imitaba el sonido del agua hirviendo: *fuker, fuker, fuker*. El agua hirviendo evocaba, para la mentalidad turca, las primeras etapas de la excitación sexual. Equivalía vagamente a la noción norteamericana de "electricidad".

De vez en cuando, mientras empezaba a construir su mapa interno de las desalentadoras callejas y

ruinosas calles escalonadas de su vecindario, creía ver a esa misma mujer. Era difícil estar seguro. Ella siempre andaba a cierta distancia, o él la entreveía por el raballo del ojo. Si era la misma mujer aún nada sugería que lo estuviera persiguiendo. A lo sumo era una coincidencia.

En todo caso, no estaba seguro. La cara de ella no era especial, y él no tenía la fotografía para cerciorarse, pues había arruinado todo el rollo al sacarlo de la cámara.

A veces, después de uno de esos encuentros frustrados, sentía una ligera inquietud. Solamente eso.

Encontró al niño en Uskúdar. Fue durante el primer período de frío intenso, a mediados de noviembre, en su primer cruce del Bósforo. Cuando bajó del ferry a la tierra misma (o, al menos, al asfalto mismo) de ese nuevo continente, el mayor de todos, sintió que esa masa enorme lo atraía hacia su vórtice vasto y oriental, arrastrándolo, sorbiéndole el alma.

Su primera intención, cuando estaba en Nueva York, había sido quedarse dos meses a lo sumo en Estambul, aprender el idioma; luego pasar al Asia. Con cuánta frecuencia se había arrullado con la letanía de sus maravillas: las grandes mezzuities de Kayseri y Sivas, de Beyşehir y Afionkarahisar, la aislada imponentia de Ararat y luego, siempre hacia el este, las orillas del Caspio, Meshed, Kabul, el Himalaya. Ahora todo esto le tendía una mano, cantando, alargando sus brazos de sirena, invitándolo a sumergirse en el remolino.

¿Y él? Rehusó. Aunque sentía el

hechizo de la invitación, rehusó. Aunque tal vez anhelaba unirse a las sirenas, rehusó. Pues se había atado al mástil para protegerse contra ese llamado. Tenía su apartamento en esa ciudad que se erguía fuera del alcance de ellas, y se quedaría allí hasta el momento del regreso. En primavera volvería a Estados Unidos.

Pero hizo una concesión a las sirenas: abandonarían el racional itinerario de mezquita a mezquita trazado por su Hachette y vagaría por el resto del día sin rumbo fijo. Mientras el sol aún brillaba esa tarde ellas podrían conducirlo adonde quisieran.

El asfalto fue reemplazado por adoquines, y los adoquines por tierra apisonada. Aquí la misera se presentaba en una escala mucho más majestuosa que en Estambul, donde aun los tugurios más decrepitos habían sido obligados por la presión demográfica a llegar a tres o cuatro pisos. En Uskúdar los mismos edificios miserables se extendían por las colinas como mendigos a quienes les quitaron la muleta de un puntapié, despatarrados; a través de los jirones de madera sin pintar se veían las roñosas carnes de fango y bálag. Mientras andaba de una calle de tierra a otra y descubría que todas mantenían el mismo tono invariable, sin color ni contrastes, empecé a concebir una nueva Asia, no de montañas y vastas llanuras, sino esta misma barrida prolongándose perpetuamente en colinas estériles, un continuo de sordidez, una extensión de aturdimiento puro.

Como era bajo y no vestía como norteamericano, podía recorrer esas calles sin llamar la atención.

Tal vez el bigote ayudaba. Sólo sus ojos alertas y vigilantes (la cámara había arruinado otro rollo de película y estaba en reparaciones) lo habrían delatado hoy como turista. En verdad, Altin le había asegurado (sin duda queriendo adularlo) que en cuanto aprendiera el idioma pasaría por turco.

El frío recrudeció en el curso de la tarde. El viento cubrió el sol con un espeso velo de niebla y lo dejó allí. Mientras la bruma se espesaba y aligeraba, mientras el disco chato del sol, hundiéndose en el poniente se esfumaba y resplandecía, las fluctuaciones de luz susurraban rumores conflictivos sobre estas casas y sus ocupantes. Pero él no deseaba detenerse a escuchar. Ya sabía sobre esas cosas más de lo que deseaba. Apuró el paso dirigiéndose hacia donde creía que estaba el embarcadero.

El niño estaba llorando junto a una fuente pública, un grifo de agua que sobresalía de un tosco bloque de cemento en la intersección de dos calles angostas. Tenía cinco años, tal vez seis. Cargaba un enorme balde de plástico con agua en cada mano, uno rojo brillante, el otro turquesa. El agua le había salpicado los pantalones delgados y los pies descalzos.

Al principio supuso que el niño lloraba sólo a causa del frío. El suelo húmedo debía de estar helado. Caminar descalzo por allí...

Luego vio las sandalias. Eran parecidas a ojotas de baño, pequeños óvalos estampados de plástico azul con una sola correa que debía asirse entre dos dedos del pie.

El niño se agachaba y se metía las correas entre los dedos rígidos y enrojecidos de frío, pero a los dos pasos las sandalias se le resbalaban nuevamente de los pies insen-

sibilizados. Con cada traspie, más agua se derramaba por el borde de los baldes. No podía sujetarse bien las sandalias ni podía caminar sin ellas.

Al comprenderlo él sintió una especie de horror, horror ante su propia impotencia. No podía acercarse al niño y preguntarle dónde vivía, alzarlo —era tan pequeño— y llevarlo a la casa. Tampoco podía reprender a los padres del niño por haberlo mandado sin calzado adecuado ni ropas abrigadas. Ni siquiera podía tomar los baldes y pedirle al niño que lo guiara hasta su casa. Pues cada una de esas posibilidades exigía que él *hablara* con el niño, y eso no podía hacerlo.

¿Qué podía hacer? ¿Ofrecerle dinero? Daría lo mismo ofrecerle, en semejante trance, un folleto de la Oficina de Informaciones de EEUU.

En verdad no podía hacer nada, nada.

El niño había reparado en él. Ahora que tenía un público rompió a llorar a moco tendido. Dejando los baldes en el suelo y señalando los baldes y las sandalias, le habló plañideramente en turco a ese extraño, a ese salvador.

El retrocedió un paso, dos, y el niño le gritó, quién sabe qué mensaje de dolor o desconcertada indignación. Dio media vuelta y echó a correr por la calle que lo había traído a esta intersección. Tardó una hora en llegar al embarcadero. Había empujado a nevar.

Cuando ocupó su asiento en el ferry se sorprendió mirando a los otros pasajeros como temiendo encontrar a la mujer entre ellos.

Al día siguiente se resfrió. La fiebre recrudeció durante la noche.

Despertó varias veces, y de sus sueños siempre le quedaban esos dos rostros, como *souvenirs* cuyo origen y propósito había olvidado; la mujer de Rumeli Hisar, el niño de Uskúdar: alguna parte de su mente ya empezaba a intuir la ecuación que los relacionaba.

II

La tesis de su primer libro establecía que la esencia de la arquitectura, su principal justificación como hecho estético, consistía en su arbitrariedad. Una vez que los dinteles descansaban sobre las vigas, una vez que algún techo había sido extendido sobre el espacio hueco, todo lo demás era gratuito. Hasta el dintel y la viga, el techo, el espacio de abajo, también eran gratuitos. Expresada así era una noción bastante moderada; la dificultad consistía en entrenar los ojos para ver todo el mundo de formas habituales —diseños de ladrillo, yeso pintado, madera tallada y aserrada— no como "edificios" o "calles" sino como una serie infinita de elecciones libres y arbitrarias. En semejante esquema no había lugar para órdenes, estilos, sofisticación, gusto. Cada artefacto de la ciudad era anómalo, singular, pero viviendo en medio de todo eso uno no podía aprehender cabalmente ese hecho. De lo contrario...

En los últimos tres o cuatro años se había empujado precisamente en reducir la visión y la mente para esta condición de inocencia. Su propósito era diametralmente opuesto al de los románticos, pues no esperaba encontrarse, cuando hubiera alcanzado ese estado ideal

de percepción "virgen" (nunca lo sería, desde luego, pues la inocencia; como la justicia, es un absoluto; es posible aproximarse a ella, pero nunca alcanzarla), más cerca de la naturaleza. La naturaleza en cuanto tal no le interesaba. Lo que buscaba, por el contrario, era una captación del gran artificio de las cosas, de las estructuras, de la muralla inmensa e interminable que se ha construido precisamente para excluir a la naturaleza.

La atención que había recibido su primer libro demostraba que al menos había tenido un éxito parcial, pero él sabía (y ¿quién mejor que él?) cuánto había errado el blanco, cuántas cláusulas del contrato social perceptivo ni siquiera había pensado en cuestionar.

Por lo tanto, ya que se proponía liberarse del sentido de lo familiar, tenía que encontrar un laboratorio más apto que Nueva York, para ese propósito, algún lugar donde pudiera ser, con más naturalidad, un extraño. Esto le parecía obvio.

A su esposa no le había parecido tan obvio.

El no insistió. Estaba dispuesto a ser razonable. Hablaría de ello. Habló de ello cada vez que estaban juntos —durante la cena, en las fiestas de los amigos de ella (aparentemente los amigos de él no organizaban fiestas)—, en la cama. La conclusión final fue que Janice no se oponía tanto al viaje proyectado como a todo su programa, a la tesis misma.

Sin duda tenía buenas razones. La percepción de lo arbitrario no se limitaba a la arquitectura; abarcaba —o abarcaría, si él lo permitía— todos los fenómenos. Si no

había leyes fijas que gobernarán los volados y arabescos que componen una ciudad, tampoco habría leyes (o sólo habría leyes arbitrarias, lo cual equivale a ninguna) que definirían las relaciones tramadas en la textura de esa ciudad, relaciones entre hombre y hombre, hombre y mujer, John y Janice.

Y en verdad él ya lo había pensado, aunque nunca se lo había mencionado a ella. A menudo había tenido que contenerse, en medio de un ritual cotidiano como cenar afuera, y recobrar el sentido común. A medida que desarrollaba la tesis, a medida que arrancaba una capa tras otra de preconceptos, quedaba cada vez más azorado ante la extensión del territorio que reconocía la soberanía de la convención. A veces llegaba a creer que podría identificar en el más ligero gesto de su esposa, o en su frase más ingeniosa, o en un beso, un rastro del manual palladiano del que había derivado. Tal vez con la práctica uno podría documentar toda la historia de los estilos de Janice: aquí un eco del Renacimiento Gótico, allá una imitación de Mies.

Cuando rechazaron su solicitud de una beca Guggenheim, decidió hacer el viaje por su cuenta, usando el dinero que aún le quedaba del libro. Aunque no veía la necesidad de ello, había accedido al pedido de divorcio de Janice. Se despidieron en muy buenos términos. Ella incluso lo acompañó hasta el barco.

La nieve húmeda caía un día, dos días, formando remolinos de medio metro de altura en los espacios abiertos de la ciudad, en los

pacios embalsados, en los terrenos baldíos. Vientos fríos barrían la nieve cenagosa dejando en las calles y aceras un hielo compacto de brillo opaco. Las colinas más escarpadas se volvían intransitables. La nieve y el hielo permanecían varios días y luego un deshielo repentino los derramaba por la ladera empedrada en una sola tarde, en breves cataratas alpinas de desechos y agua marrón. A este diluvio seguía quizá un período de tiempo tolerable, y luego otro vendaval. Altin le aseguró que era un invierno inusitadamente crudo, sin precedentes.

Una espiral que se cierra.

Una tensión.

Y cada día la luz caía más oblicuamente sobre las colinas blancas, y duraba menos tiempo.

Una noche al volver de un cine resbaló en los adoquines escarchados frente a la puerta del edificio, y se desgarró irremediamente las rodillas de los pantalones. Era el único traje de invierno que había traído. Altin le dio el nombre de un sastre que podía hacerle un traje rápidamente y por menos dinero del que le costaría un traje de confección. Altin se encargó de regatear con el sastre e incluso eligió la tela, una gruesa mezcla de lana y rayón de un color azul enfermizo y ligeramente iridiscente, el color apagado e impreciso de las razas de palomas más insulsas. Como no entendía nada sobre las sutilezas de la confección no llegaba a comprender por qué ese traje —ya fuese la forma de las solapas, la longitud del tajo de la espalda, el ancho de los pantalones— parecía tan diferente de otros trajes que

había usado, tanto más... pequeño. Y sin embargo le sentaba con la exactitud que uno espera de un traje de medida. Si él ahora lucía más pequeño, y más corpulento, tal vez era porque *debía* lucir así y sus trajes anteriores le habían mentido sobre su silueta en todos esos años. También el color contribuía sutilmente a la metamorfosis: su piel, contrastada con ese lustre gris azulado, parecía menos "bronceada" que cetrina. Cuando lo usaba tenía toda la apariencia de un turco.

No tenía especial interés en parecer un turco. Los turcos eran, en general, gente vulgar. Sólo deseaba eludir a los otros norteamericanos que pululaban en el lugar aun en esa época, cuando faltaba mucho para la temporada. A medida que disminuían en cantidad, su gregarismo se volvía más implacable. El menor indicio —un ejemplar del *Newsweek* o el *Herald Tribune*, una palabra inglesa, una carta por vía aérea con su estampilla delatora— les provocaba un incontinente arrebatado de camaradería. Era conveniente contar con algún tipo de camuflaje, así como era necesario saber qué lugares frecuentaban para eludirlos: Divan Yolu y Cumhuriyet Cadessi, la Biblioteca Norteamericana y el Consulado, así como ocho o diez de los restaurantes más infestados de turistas.

Una vez que el invierno sentó sus reales definitivamente él también dejó de visitar lugares. Dos meses de mezzitas otomanas y ruinas bizantinas habían agudizado tanto su sentido de lo arbitrario que ya no necesitaba el estímulo de lo monumental. Su propio cuarto —una mesa desvencijada, las

cortinas floreadas, las sórdidas y borrosas fotos de mujeres, la intersección de los planos de paredes y cielorrasos— podía presentarle una plenitud de "problemas" tan rica como las grandiosas mezzitas de Sulimán o el sultán Ahmet con todos sus mirhabs y minbers, sus nichos de estalactitas y sus paredes enlozadas.

Una plenitud demasiado rica, en verdad. Día y noche las habitaciones lo acuciaban. Lo distraían de cualquier cosa que trataba de hacer. Las conocía con la forzada intimidad con que un prisionero conoce su celda: cada defecto de construcción, cada gracia fallida, la precisa incidencia de la luz a cada hora del día. Si se hubiera tomado el trabajo de reacomodar los muebles, de colgar sus propias fotografías y mapas, de limpiar las ventanas y fregar los pisos, de inventar alguna especie de biblioteca (conservaba todos los libros en sus cajas de embalaje), habría podido conjurar esas presencias ajenas con el mero poder de la autoafirmación, tal como un enmascara los malos olores con incienso o el aroma de las flores. Pero eso habría sido una admisión de derrota. Habría demostrado que él no estaba a la altura de su propia tesis.

Como medida conciliatoria empezó a pasar las tardes en un café a poca distancia de la calle donde vivía. Allí se sentaba a la mesa más cercana a la vidriera, contemplando las volutas de vapor que se elevaban de la pequeña corola de su vaso de té. En el fondo del largo salón, bajo la empañada tetera de bronce, siempre había dos viejos jugando al backgammon. Los otros parroquianos se sentaban a solas y

no daban indicios de que sus pensamientos fueran diferentes de los de él. Aunque nadie fumara, el carbón encendido de los narguiles impregnaba el aire. Las conversaciones eran infrecuentes. Los narguiles burbujaban, el pequeño dado resonaba en el cubilete de cuero, un periódico susurraba, un vaso tintineaba contra el platillo.

Siempre tenía a mano la libreta roja, sobre la mesa, y sobre la libreta, el bolígrafo. Una vez que los dejaba allí, no volvía a tocarlos hasta la hora de partir.

Aunque cada vez analizaba menos las propias sensaciones y motivos, advertía que la virtud especial de este café consistía en ser un bastión, el más seguro que poseía contra la influencia ahora omnipresente de lo arbitrario. Si se quedaba allí apaciblemente, observando los requerimientos del ritual, una convención tan simple como las reglas del backgammon, los elementos del espacio circundante gradualmente adquirían coherencia. Las cosas se asentaban sin conflicto en sus propios contornos. Partiendo del centro del vaso con forma de flor, ese vaso que ahora era única y exactamente un vaso de té, sus percepciones se difundían despacio por el salón, como las ondas concéntricas que atraviesan la superficie de un estanque ornamental, y al fin abrazaban todos los objetos en un apretón firme y numérico. Tal cual. El salón era sólo lo que debía ser un salón. Lo contenía.

No reparó en el primer golpe en la vidriera del café, aunque advirtió por una contracción pequeña y fría de sus pensamientos, una infracción a las reglas. La segunda vez alzó la vista.

Estaban juntos. La mujer y el niño.

Había visto a cada uno de ellos varias veces desde su excursión a Uskúdar tres semanas antes. Al niño una vez en la maltracha acera del Consulado, y otra sentado en la baranda del puente de Karakóy. Una vez, viajando en un dolmuş hacia Taksim, había pasado a escasos metros de la mujer y habían intercambiado una mirada de inequívoco reconocimiento. Pero nunca antes los había visto juntos.

Pero ¿podía estar seguro, ahora, de que eran esos dos? Veía a una mujer y a un niño, y la mujer golpeaba con un nudillo huesudo la vidriera para llamar la atención de alguien. ¿De él? Si hubiera podido verle la cara...

Echó una ojeada a los demás parroquianos. Los jugadores de backgammon. Un hombre gordo y sin afeitar que leía el diario. Un hombre de tez oscura con gafas y bigote curvo. Dos viejos, en lados opuestos del salón, fumando narguiles. Ninguno de ellos prestaba atención a los golpes de la mujer.

El miró resueltamente el vaso de té, que ya no era un paradigma de su propia necesidad. Se había convertido en un objeto extraño, un artefacto recogido entre los escombros de una ciudad enterrada, un fragmento.

La mujer siguió golpeando la vidriera. Por último el dueño del café salió para dirigirle unas palabras agresivas. Ella se marchó sin replicar.

El se quedó quince minutos más ante el té frío. Luego salió a la calle. No había indicios de ellos. Caminó los cien metros que lo separaban de su edificio tratando de

mantener la calma. Una vez adentro cerró la puerta con traba. Nunca más regresó al café.

Cuando vino la mujer esa noche y golpeó la puerta, él no se sorprendió. Ni las demás noches, a las nueve, a lo sumo a las diez.

La mujer que gritaba ¡Yavuz! ¡Yavuz!

El escrutaba el agua negra, las luces de la otra orilla. A menudo se preguntaba cuándo cedería, cuándo abriría la puerta.

Pero sin duda era un error. Alguna semejanza accidental. El no era Yavuz.

John Benedict Harris. Norteamericano.

Si alguna vez había existido, si alguna vez había existido un Yavuz.

¿El hombre que había clavado los desnudos en las paredes?

Dos mujeres que podrían haber sido mellizas, los ojos muy pintarrajeados, cinturones para ligas, montadas en el mismo caballo blanco. Sonriendo lascivamente.

Un peinado ridículo, labios carnosos. Senos caídos con grandes pezones pardos. Un diván.

Una pelota de playa. Una mujer de tez morena. Bikini. Riendo. Arena. El agua exageradamente azul.

Instantáneas.

¿Estas habían sido las fantasías de él? De lo contrario, ¿por qué no se decidía a arrancarlas de las paredes? Tenía reproducciones de Piranesi. Una ampliación de la Sagrada Familia de Barcelona. El boceto de Tchernikov. Podía haber cubierto las paredes.

Se sorprendió tratando de imaginar cómo sería el tal Yavuz.

III

Tres días después de Navidad recibió una tarjeta de su esposa, despachada desde Nevada. Sabía que Janice no creía en las tarjetas de Navidad. Esta mostraba una inmensa extensión de desierto blanco —una salina, supuso— con montañas purpúreas a lo lejos, y encima de las montañas purpúreas un poniente muy retocado. Rosa. No había figuras en este paisaje, ni rastros de vegetación. Adentro ella había escrito: "¡Feliz Navidad! Janice."

El mismo día recibió un sobre con un ejemplar de *Art News*. Una nota neutra de su amigo Raymond venía sujeta a la tapa: "Pensé que podía interesarte. R."

En las últimas páginas de la revista había una larga y desdénosa reseña de su libro escrita por F. R. Robertson. Robertson era conocido como una autoridad en estética hegeliana. Sostenía que *Homo Arbitrans* no era más que un compendio de perogrulladas y —aparentemente sin advertir en esto ninguna contradicción— que era una reelaboración irremediamente farragosa de Hegel.

Años atrás él había abandonado un curso de Robertson después de asistir a las dos primeras clases. Se preguntó si Robertson recordaría el episodio.

La reseña contenía varios datos equivocados, una cita errónea, y omitía mencionar su razonamiento central, que según él mismo admitía no era dialéctico. Decidió que debería escribir una réplica y dejó la revista junto a la máquina de escribir para no olvidarse. Esa misma noche derramó encima casi

toda una botella de vino, de modo que arrancó la reseña y arrojó la revista a la basura junto con la tarjeta de su esposa.

La necesidad de ver una película lo obligó a salir a la calle y lo mantuvo en la calle, vagando de marquesina en marquesina, mucho después que la llovizna de la tarde hubo adquirido la jerarquía de lluvia. Cuando esos estados de ánimo lo sorprendían en Nueva York veía un programa doble de películas de ciencia ficción o del Oeste en la calle Cuarenta y Dos, pero aquí, aunque abundaban los cines porque no había televisión, sólo el más ostentoso *kitsch* de Hollywood se proyectaba con la banda sonora original. Las películas clase B estaban invariablemente dobladas al turco.

Tan obsesiva era esta necesidad que casi se cruzó con el hombre del traje de esqueleto sin reparar en él. El hombre caminaba de un lado a otro en la acera, un empaquetado fugitivo de la Noche de Brujas, seguido por un pequeño Hamelin de niños aborrotados. La lluvia había rizado las esquinas del cartel (que ahora le servía de paraguas) y desdénido las tintas. Consiguió discernir:

KIL G
STA LDA

Después de Ataturk, "Kiling", con su traje de esqueleto, era la figura más importante del nuevo folklore turco. Todos los quioscos se veían abarrotados de revistas que celebraban sus aventuras, y aquí estaba él mismo, o al menos su avatar, publicitando su última

película. Sí, y calle abajo estaba la sala donde la proyectaban: KILING ISTANBULDA. O: *Kiling en Estambul*. Bajo las letras colorales un Kiling con máscara de calavera amenazaba con besar a una rubia encantadora y obviamente reacia, mientras que en el cartel más grande disparaba contra dos hombres bien vestidos. Era imposible decidir, partiendo de esas imágenes, si Kiling era fundamentalmente bueno, como Batman, o malo, como Fantomas. De modo que...

Compró una entrada. Lo averiguaba. Lo intrigaba el nombre. Era, indudablemente, un nombre inglés.

Se sentó en la fila cuatro en el instante en que empezaba la proyección, sumergiéndose con gratitud en la familiar imaginaria urbana. Reducidos a blanco y negro y enmarcados por la oscuridad, los paisajes habituales de Estambul tenían una realidad más vívida. Autos americanos nuevos atravesaban las calles angostas a peligrosa velocidad. Un viejo médico era estrangulado por un agresor invisible. Luego, por un largo rato, no sucedía nada interesante. Se desarrollaba un tibio idilio entre la cantante rubia y el joven arquitecto, mientras varios gángsters, o diplomáticos, trataban de apoderarse de la maleta negra del médico. Después de una secuencia confusa donde cuatro de esos hombres morían en una explosión, la maleta caía en manos de Kiling. Pero estaba vacía.

La policía perseguía a Kiling por los tejados. Pero esto sólo demostraba su agilidad, no su culpabilidad: la policía a menudo se

equivoca en estos asuntos. Kiling entraba por una ventana en el dormitorio de la cantante rubia, desdénandola. Contradiciendo los carteles publicitarios, no intentaba besarla. La interpelaba en una voz grave y hueca. El montaje parecía sugerir que Kiling era en verdad el joven arquitecto amado por la cantante, pero como nunca se quitaba la máscara esto también quedaba en duda.

Sintió una mano en el hombro. Tuvo la certeza de que era la mujer y no quiso volverse. ¿Lo había seguido hasta el cine? Si él se levantaba para irse, ¿ella armaría un escándalo? Trató de ignorar la presión de esa mano, concentrándose en la pantalla donde el joven arquitecto acababa de recibir un telegrama misterioso. Sus manos le aferraron los muslos con fuerza. Sus manos: las manos de John Benedict Harris.

—¡Hola, señor Harris!
Una voz de hombre. Se volvió. Era Altin.

—Altin.
Altin sonrió. Le brillaba la cara.
—Sí. ¿Usted pensó que era alguien?

—¿Alguien más?
—Sí.
—No.
—¿Está viendo la película?
—Sí.
—No está en inglés. Está en turco.
—Lo sé.

Varias personas de las filas vecinas les chistaron para que se callaran. La cantante rubia había bajado a una de las grandes cisternas de la ciudad, Binbirdirek. Él había estado allí. El montaje creaba la ilusión de que era más grande de lo que era en realidad.

—Vamos allí —susurró Altin.

El cabeceó.

Altin se le sentó a la derecha, y el amigo de Altin se le sentó a la izquierda. Altin presentó a su amigo con un susurro. Se llamaba Yavuz. No hablaba inglés.

A regañadientes estrechó la mano de Yavuz.

Desde ese momento le costó concentrarse en la película. Cada tanto miraba de reojo a Yavuz. Tenía aproximadamente su misma edad y su misma estatura, pero esto parecía aplicable a la mitad de los hombres de Estambul. Una cara vulgar, ojos que relucían húmedamente en la luz penumbrosa reflejada por la pantalla.

Kiling escalaba las vigas de un edificio en construcción en una ladera alta. A lo lejos el Bósforo serpenea entre colinas brumosas.

Había algo de lugar común en casi todas las caras turcas. Nunca había podido discernir qué: cierta debilidad en la estructura ósea, los pómulos angostos; las hondas arrugas verticales que bajaban del hueco de los ojos a la comisura de la boca; la boca misma, angosta, chata, inflexible. ¿O una sutil falta de armonía entre todos esos elementos?

Yavuz. Un nombre común, había dicho el empleado.

En los últimos minutos de la película había una pelea entre dos figuras con traje de esqueleto, un Kiling verdadero y uno falso. Uno de ellos se precipitaba a la muerte desde las vigas de acero del edificio en construcción. El villano, sin duda. Pero ¿había muerto el falso o el verdadero Kiling? Y pensándolo bien, ¿cuál de ellos había asustado a la cantante en el dormi-

torio, estrangulado al viejo médico, robado la maleta?

—¿Le gusta? —preguntó Altin mientras se dirigían a la salida.

—Sí, me gustó.

—Y ¿entiende lo que dicen?

—Algo. Bastante.

Altin habló un rato con Yavuz, quien luego interpelló a su nuevo amigo norteamericano hablando rápidamente en turco.

El meneó la cabeza para disculparse. Altin y Yavuz rieron.

—El dice que usted tiene el mismo traje.

—Sí, lo noté en cuanto encendieron las luces.

—¿Adónde va ahora, señor Harris?

—¿Qué hora es?

Habían salido del cine. La lluvia había menguado y apenas gotaba. Altin se miró el reloj de pulsera.

—Las siete. Y media.

—Debo ir a casa.

—Lo acompañaremos y compramos una botella de vino. ¿Sí?

El miró dubitativamente a Yavuz. Yavuz sonrió.

¿Y cuándo ella viniera esa noche, golpeando la puerta y llamando a Yavuz?

—Esta noche no, Altin.

—¿No?

—Estoy un poco enfermo?

—¿Sí?

—Enfermo. Tengo fiebre. Me duele la cabeza. —En un gesto aclaratorio, se llevó la mano a la frente, y entonces sintió la fiebre y el dolor de cabeza. —Quizá en otra ocasión. Lo siento.

Altin se encogió de hombros, incrédulo.

Le dio la mano a Altin y luego a Yavuz. Desde luego ambos pensaban que les había mentido.

Para volver al apartamento tomó un camino indirecto que evitaba las oscuras calles laterales. El tono de la película aún persistía, como el gusto de un licor, realizan el ritmo de los autos y las multitudes, ahondando el claroscuro de los faros y los escaparates iluminados. Una vez, al salir del cine de la calle Ocho después de *Jules et Jim*, había descubierto los letreros del Village traducidos al francés; ahora la misma ley mágica le permitía creer que comprendía la conversación fragmentaria de los peatones. El significado de una frase aislada quedaba registrado con la inmediatez intraducible y obvia del "hecho", pues la naturaleza de las palabras se mezclaba con la naturaleza de las cosas. Ni más ni menos. Cada nudo en la red del lenguaje encajaba en su lugar sin necesidad de explicaciones. Cada matiz de las miradas y las inflexiones se ceñía, como un traje de medida, a los contornos de ese momento, esa calle, la luz, su mente conscientemente.

Embragado por esta empatía ficticia entró al fin en su propia calle oscura y casi pasó de largo frente a la mujer —que encajaba perfectamente, como los demás elementos de la escena, en el lugar donde se había apostado para vigilar — sin reparar en ella.

—¡Usted! —dijo él, y se detuvo.

Estaban a un metro de distancia, escrutándose cautelosamente. Tal vez ella estaba tan poco preparada como él para esta confrontación.

Tenía el pelo grueso estirado en ondas rígidas desde la frente estrecha y le caía en paréntesis macizos a ambos lados de la cara delgada. Piel poceada, carnes frunci-

das concentradamente alrededor de labios pequeños y pálidos. Y lágrimas —sí, lágrimas— asomando en las comisuras de los ojos penetrantes. Con una mano sostenía un paquete pequeño envuelto en diarios y cordel, con la otra se aferraba las faldas confusamente abultadas. Usaba varias capas de ropa, en vez de un abrigo, para protegerse del frío.

El sintió el cosquilleo de una ligera erección en la bragueta de los calzoncillos de algodón. Se sonrojó. En una ocasión, leyendo una edición de bolsillo de Krafft-Ebing, había tenido la misma experiencia embarazosa. Esa vez había sido una descripción de necrofilia.

¡Dios mío!, pensó. ¡Si ella lo nota!

Ella le susurró, bajando la vista. A él, a Yavuz.

Que fuera a casa con ella... ¿Por qué él...? Yavuz, Yavuz, Yavuz... ella lo necesitaba... y su hijo...

—No *entiendo* —insistió él—. Las palabras de usted no tienen sentido para mí. Soy norteamericano. Me llamo John Benedict Harris, no Yavuz. Comete usted un error... ¿No se da cuenta?

La mujer cabeceó.

—Yavuz.

—¡No Yavuz! ¡Yok! ¡Yok, yok!

Y una palabra que significaba "amor" pero no exactamente. Ella cerró la mano sobre los pliegues de sus varias faldas, alzándolas para mostrar los tobillos delgados, enfundados en medias negras.

—¡No!

La mujer gimió.

...su esposa... su hogar... Yalova... su vida.

—¡Maldita sea, lárguese!

La mujer soltó las faldas y le ten-

dió la mano hacia el hombro, hundiéndola en la tela barata. La otra mano le alcanzó el paquete. El la empujó hacia atrás pero ella se aferró con fuerza, gritando su nombre: ¡Yavuz! El le pegó en la cara.

La mujer cayó en los adoquines mojados. El retrocedió. Tenía el paquete grasiento en la mano izquierda. Ella se puso de pie. Unas lágrimas le surcaban los canales verticales entre los ojos y la boca. Una cara turca. La sangre manó lentamente de una fosa nasal. Ella echó a andar en la dirección de Taksim.

—Y no vuelva, ¿me ha oído? ¡Aléjese de mí! —Tenía la voz cascada.

Cuando la mujer se perdió de vista él miró el paquete. Sabía que no debía abrirlo, que lo más sabio era arrojarlo en la lata de basura más cercana. Pero mientras él se ponía sobre aviso, sus dedos habían partido el cordel.

Una gran masa tibia y pastosa de borek. Y una naranja. La saliva le brotó en la boca ante el olor rancio del queso.

¡No!

Esa noche no había cenado. Tenía hambre. Lo comió todo. Hasta la naranja.

Durante el mes de enero hizo sólo dos anotaciones en la libreta. La primera, sin fecha, era un largo extracto copiado del libro de A. H. Lybber sobre los jenizaros, la célebre guardia personal de esclavos de los sultanes, *El gobierno del Imperio Otomano en tiempos de Sulimán el Magnífico*. El pasaje decía:

Tal vez no se ha realizado en la faz de la tierra un experimento en gran escala más audaz que el encarnado por la Institución de Gobierno Otomano. Su analogía ideal más cercana se encuentra en la República de Platón, su parangón real más cercano en el sistema mameluco de Egipto; pero no estaba restringido por las helénicas limitaciones aristocráticas del primero, y sometió y sobrevivió al segundo. En los Estados Unidos de América hubo hombres que ascendieron de las toscas faenas del bosque a la silla presidencial, pero lo hicieron mediante su propio esfuerzo y no mediante las gradaciones de un sistema cuidadosamente organizado para impulsarlos. La Iglesia Católica Romana aún puede preparar a un labriego para llegar a papa, pero nunca empezó por elegir sus candidatos casi exclusivamente entre familias que profesan una religión hostil. El sistema otomano deliberadamente tomaba esclavos y los nombraba ministros de Estado. Tomaba niños labriegos y pastores y los hacía cortesanos y esposos de princesas; tomaba jóvenes cuyos ancestros habían defendido el nombre de Cristo durante siglos y los convertía en gobernantes de los más grandes Estados musulmanes, y en soldados y generales de ejércitos invencibles cuyo principal regocijo era abatir la Cruz y elevar la Medialuna. Nunca preguntaba a sus novicios "¿Quién fue tu padre?", o "¿Qué sabes?", ni siquiera "¿Conoces nuestro idioma?", sino que les estudiaba el rostro y el cuerpo y decía: "Tú serás soldado y, si demuestras que eres digno de ello, general", o: "Tú serás un erudito

y un caballero, y si demuestras aptitud, gobernador y primer ministro." Desdeñando olímpicamente la trama de costumbres fundamentales que denominamos "naturaleza humana", y los prejuicios religiosos y sociales que se consideran casi tan profundos como la vida misma, el sistema otomano alejaba para siempre a los hijos de los padres, desalentaba las afinanzas familiares entre sus miembros en sus años más activos, no les permitía la posesión definitiva de propiedades, no les hacía promesas definitivas de que sus hijos se beneficiarían con el éxito y el sacrificio de ellos, los ensalzaba y humillaba sin contemplaciones por el linaje ni las distinciones previas, les enseñaba una ley, una ética y una religión extrañas, y siempre les recordaba que sobre ellos pendía una espada que en cualquier momento podía dar fin a una carrera brillante en una senda incomparable de gloria humana.

La segunda nota, más breve, tenía fecha 23 de enero y decía lo siguiente:

Ayer llovias tormentosas. Me quedé adentro bebiendo. Ella vino a la hora de costumbre. Esta mañana cuando me puse los zapatos marrones para ir de compras estaban empapados. Dos horas para secarlos en el radiador. Ayer usé sólo las sandalias de piel de oveja.

No salí para nada del edificio.

IV

Un rostro humano es una construcción, un artefacto. La cara es una pequeña puerta, y los ojos son ventanas que miran hacia la calle,

y el resto, la carne, el hueso, es una pared en la que puede fijarse cualquier tipo de adorno, chucherías de cualquier estilo o período que uno guste: festones colgando bajo las mejillas y la barbilla, líneas cinceledas o borradas, una depresión acentuada, un poco de vegetación aquí y allá. Cada adición o sustracción, por insignificante que sea en sí misma, afecta toda la composición. Así, el pelo que él se ha hecho recortar cerca de las sienes devuelve la hegemonía a los elementos de una cara que ahora es perceptiblemente más angosta. ¿O se trata exclusivamente de una cuestión de proporción y énfasis? Pues también ha perdido peso (uno no puede dejar de comer regularmente sin encogerse un poco) y la pérdida ha sido apreciable. Una oscuridad nueva ha dado definición a las protuberancias siempre incipientes de abajo de los ojos, una oscuridad reflejada por la nueva oscuridad de las mejillas.

Pero el principal agente de metamorfosis es el bigote, que se ha vuelto tan denso como para oscurecer el contorno del labio superior. Las puntas, que antes demostraban cierta tendencia a inclinarse, han desarrollado, gracias a su nerviosa costumbre de atusarlas con los dedos, esa curva de cimitarra (o *pala*, que sirve para denominar en turco este tipo de bigote: *pala biyik*). Es esto, el bigote barroco, no una cara, lo que él ve cuando se mira en un espejo.

Luego está el problema de la "expresión", su rapidez, constancia, el juego de la inteligencia, el "tono" característico y los cientos y cientos de gradaciones posibles dentro de la gama de ese tono, las

costumbres de ironía y honestidad de los ojos, la tensión o flojedad de las alarinas de un labio. Pero apenas es necesario incursionar en todo esto, pues no podría decirse que su cara, cuando él la ve, o cuando cualquiera la ve, *tiene* una expresión. A fin de cuentas, ¿qué tiene él que expresar?

La indefinición de los contornos, días enteros perdidos, largas horas despierto en la cama, libros desparramados en el cuarto como cadáveres de animales pequeños que roería cuando tuviese hambre, las incansables tazas de té, los cigarrillos sin gusto. El vino, al fin, hizo lo que se suponía debía hacer: se llevó la desazón. No porque en esos días la desazón fuese inaguantable. Pero tal vez sin el vino lo habría sido.

Apilaba los envases no retornables en la bañera, ejercitando en este acto (ya que no en otro) la vieja discriminación, el "tacto compulsivo" que tanto había enfatizado en su libro.

Las cortinas estaban siempre cerradas. Las luces quedaban encendidas a toda hora, aun cuando dormía, aun cuando salía, tres lámparas de sesenta vatios en una araña metálica ligeramente ladeada.

Las voces de la calle lo acosaban. Vendedores ambulantes en la mañana, y el graznido metálico de los niños. De noche, la radio del apartamento de abajo, discusiones de borrachos. Pantallazos de palabras, como letreros iluminados entrevistos de noche en una autopista cuando se maneja a gran velocidad.

Dos botellas de vino no bastaban si empezaba a primera hora de la

tarde, pero tres podían hacerlo vomitar.

Y aunque las horas se arrastraban tan despacio por el suelo, como insectos heridos, los días se precipitaban caudalosamente. La luz del sol se deslizaba sobre el Bósforo con tanta rapidez que apenas había tiempo para levantarse a vuela.

Una mañana, cuando despertó, había una varita con un globo en el polvoriento florero de la cómoda. Tenía un tosco ratón Mickey impreso sobre la goma roja y brillante. Lo dejó allí, cabeceando en el florero, y observó cómo se marchitaba día tras día, cómo la cara se empuquecía y ennegrecía y arrugaba.

La vez siguiente fueron dos pasajes del ferry Kabatas-Uskudar.

Hasta ese momento se había dicho que sólo era cuestión de resistir hasta la primavera. Se había preparado para un sitio, creyendo que el asalto no era posible. Ahora comprendía que tendría que salir a luchar.

Aunque estaban a mediados de febrero, el tiempo se prestó a su postergada resolución con una serie de días azules y brillantes, un calor totalmente fuera de temporada que engañó aún a los capullos tempranos de unos pocos árboles incautos. Recorrió Topkapi una vez más, prestando una atención respetuosa, indiscriminada, intrigada a los objetos de verdeceledón, a las cajas de rapé doradas, a las almohadas con bordado de perlas, a los retratos en miniatura de los sultanes, a la huella fosilizada del Profeta, a los mosaicos Iznik, al terreno. Allí estaba, extendiéndose ante él en

pilas y masas: la belleza. Como un vendedor que pone etiquetas de precios a las mercancías, pegaba esa palabra favorita de él, evasionalmente, a esas chucherías diversas, luego retrocedía un paso o dos para ver si "encajaba". ¿Esto era bello? ¿Y aquello?

Asombrosamente, nada de eso era bello. Las costosas chucherías sólo permanecían en sus estantes, detrás del vidrio grueso, tan deslucidas como los muebles sórdidos de su propio cuarto.

Probó suerte con las mequitas; Sultán Ahmet, Beyazit, Sezahade, Yeni Camii, Laleli Camii. La vieja magia, la trinidad vitruviana de "comodidad, firmeza y deleite", nunca antes se le había escapado en tal proporción. Aun el impacto del tamaño, la reverencia boquiabierta del campesino ante los gruesos pilares y las altas cúpulas, aun esto lo abandonó. Fuera adonde fuera dentro de la ciudad, no podía salir de su propio cuarto.

Luego los parapetos de tierra, donde meses antes se había sentido en contacto con la verdadera indumentaria del pasado. Se detuvo en el mismo sitio donde se había detenido entonces, en el sitio donde Mehmet el Conquistador había abierto una brecha en las murallas. Figuras de proyectiles de granito decoraban la hierba; le recordaron el globo rojo.

Como último recurso regresó a Eyup. La falsa primavera había alcanzado un desleído apogeo, y la luz de febrero centelleaba con un brillo engañoso desde las mil facetas de piedra blanca que cubrían la abrupta ladera. Pequeños rebafos de tres o cuatro ovejas pacían entre las tumbas. Las columnas de már-

mol con turbante se erguían en todas las posiciones menos la vertical (que era definida por los cipreses) o yacían en montones desordenados. Ni paredes, ni cielorrasos, apenas un sendero entre los escombros: ésta era una arquitectura supremamente abstracta. Le pareció que se había acumulado aquí, durante los siglos, tan sólo para reivindicar la tesis de su libro.

Y funcionaba. Funcionaba a las mil maravillas. Su mente y su visión cobraron vida. Las ideas y las imágenes se solidificaron. La luz oblicua y filosa del atardecer acariciaba el mármol deteriorado con una mano fría y cuidadosa, como un experto en belleza añadiendo los últimos toques a un peinado elaborado. ¿Belleza? Aquí estaba. ¡Aquí estaba en abundancia!

Regresó al día siguiente en la cámara, rescatada del taller donde había languidecido durante dos meses. Para mayor seguridad pidió al mecánico que se la cargara. Compuso cada imagen con puntillidosa matemática, midiendo la profundidad del campo, agazapándose o trepando a los sepulcros en busca de ángulos más favorables, guiándose para cada foto por la lectura del fotómetro, evitando deliberadamente soluciones pintorescas y efectos fáciles. Pese a estos afanes notó que había realizado las veinte exposiciones en menos de dos horas.

Subió al pequeño café de la cima de la colina. Allí, observaba respetuosamente su Hachette, el gran Pierre Loti solía ir en los atardeceres de verano a beber un vaso de té y contemplar, por encima de las colinas esculpidas y las columnas de cipreses, las Frescas Aguas de

Europa y el Cuerno de Oro. El café perpetuaba el recuerdo de esta gloria desaparecida con retratos y recordatorios. Loti, con fez roja y bigotes salvajes, observaba a los parroquianos actuales desde todas las paredes. Durante la guerra mundial, Loti se había quedado en Estambul, tomando partido por su amigo, el sultán turco, contra su nativa Francia.

Pidió un vaso de té a una camarera vestida de muchacha de harén. Al margen de la camarera, estaba solo en el café. Ocupó el taburete favorito de Pierre Loti. Era una delicia. Se sentía a sus anchas.

Abrió la libreta y se puso a escribir.

Como a un inválido que sale por primera vez después de una larga convalecencia, la recuperación de sus energías no sólo le causó la previsible y bienvenida euforia de la resurrección sino un pronunciado vértigo intelectual, como si por el simple acto de ponerse de pie se hubiera lanzado a una altura realmente peligrosa. Este vértigo se agudizó mucho cuando, al empezar el borrador de una réplica a la reseña de Robertson, tuvo que volver a pasajes de su propio libro. A menudo lo que encontraba allí le resultaba incomprensible. Había capítulos enteros que bien podían haber estado escritos en ideogramas o runas, pues ahora no tenían sentido para él. Pero de vez en cuando, guiado por algún comentario tan irrelevante para el tema tratado que aparecía apretujado entre tímidos paréntesis, llegaba a las más imprevisibles — o indecibles — conclusiones. O más bien, cada una de estas tangentes

conducía, asintóticamente, a una sola conclusión: o sea, que su libro, o cualquier libro que él pudiera concebir, no valía la pena, y no valía la pena no porque su tesis fuera errónea sino precisamente porque quizá era atinada.

Había un reino de los juicios y un reino de los hechos. Su libro, por el mero hecho de ser un libro, existía dentro de los límites del primero. Estaba el hecho trivial de su corporeidad, pero, en este caso, como en la mayoría de los otros, él desechaba eso. Era una obra de crítica, una sistematización del juicio, y en la medida en que el sistema estaba completo su aparato crítico debía ser capaz de medir sus propias escalas de medición, y juzgar la justicia de sus propios dictámenes. Pero, ¿podía hacerlo? ¿Este "sistema" no era una construcción tan arbitraria como cualquier tonta pirámide? ¿Qué era, en definitiva? Una retahíla de palabras, o ruidos más o menos agradables, a los que cortésmente se adjudicaba una correspondencia con ciertos objetos y clases de objetos, acciones y grupos de acciones, en el reino de los hechos. Y, ¿por qué magia sutil se verificaba esta correspondencia? ¿Pues por el mero aserto de que era así!

Obviamente, esto carecía de claridad. Se le había ocurrido de golpe, y no dejaba de estar coloreado por el vino tinto y barato. Para fijar con más firmeza en la mente los contornos de ese concepto, trató de "volcarlos" en su carta a *Art News*:

Señores:

Escribo a ustedes a causa de la reseña de mi libro realizada por F.

R. Robertson, aunque lo poco que tengo que decir guarda muy poca relación con los oráculos del señor Robertson, quizá tan poca como la que éstos guardan con Homo Arbitrans.

Sólo esto: que, como Gödel ha demostrado en matemática, Wittgenstein en filosofía y Duchamp, Cage y Ashbery en sus respectivos campos, el enunciado final de cualquier sistema es una autodenuncia, una demostración de que sus pequeños trucos son realizados no por la magia (como siempre han sabido los magos) sino por la predisposición de la audiencia del mago a ser engañada, predisposición que es el fundamento mismo del contrato social.

Todo sistema, incluyendo el mío y el del señor Robertson, es un sistema de mentiras más o menos interesantes, y si uno cuestiona estas mentiras en verdad debería empezar por la primera. Es decir, por la muy cuestionable proposición de la portada: Homo Arbitrans, de John Benedict Harris.

Ahora le pregunto a usted, señor Robertson, ¿qué podría ser más improbable que eso, más tentativo, más arbitrario?

Despachó la carta sin firmarla.

V

Le habían prometido las fotos para el lunes, así que el lunes a la mañana, antes que la escarcha se hubiera derretido en la ventana de vidrio pulido, estuvo en la tienda. Sentía por esas fotos de Eyup el mismo interés ansioso e inmodesto que había sentido en un tiempo por ver un ensayo o una reseña

publicada. Era como si estos objetos, las fotos, las palabras impresas, tuvieran el poder de anular, por un tiempo, su exilio al reino del juicio, como si le dieran: "Sí, mira, aquí estamos, en tus propias manos. Somos reales, de modo que tú también debes serlo."

El viejo que atendía el mostrador, un alemán, alzó la cabeza penosamente para farfullar un doloroso *ach*.

—¡Ach, señor Harris! Sus fotos aún no están listas. Vuelva a las doce.

Caminó por las calles escarchadas, que de este lado del Cuerno de Oro eran caricaturas de eclecticismo. No había cartas en el Consulado, lo cual era de esperarse. Las diez y media.

Un pastel en un bar. Dos libras. Un cigarrillo. Otras muertes caricaturescas: una cariátide derruida, una tumba egipcia, un templo griego que una vara de Circe había transformado en carnicería. Las once.

En la librería miró la misma selección de libros ajados que había mirado tantas veces. Las once y media. Sin duda ya estarían listas.

—Aquí tiene usted, señor Harris. Muy bien.

Sonriendo de placer, abrió el sobre, extrajo el delgado y ondulante fajo de fotografías.

No.

—Temo que no son mías. —Las devolvió. No quería sentir las en la mano.

—¿Qué?

—No son mis fotos. Ha cometido usted un error.

El viejo se puso un par de gafas sucias y barajó las fotografías. Miró el nombre del sobre.

—Usted es el señor Harris.

—Sí, eso dice el sobre. El sobre está bien, las fotos no.

—No es un error.

—Estas son las fotos de *otra persona*. Un picnic familiar. Fíjese.

—Yo mismo extraje el rollo de película de su cámara. ¿Recuerda, señor Harris?

Rió nerviosamente. Odiaba estas escenas. Pensó en salir de la tienda y olvidar las fotografías.

—Sí, lo recuerdo. Pero temo que usted ha confundido ese rollo de película con algún otro. Yo no tomé esas fotos. Tomé fotos en el cementerio de Eyup. ¿Eso le da una pista?

Tal vez, pensó, la expresión "dar una pista" no era comprensible para un alemán.

Así como un camarero cuya honestidad ha sido cuestionada revisa la cuenta una y otra vez con exagerada atención, el viejo frunció el ceño y examinó las fotos una por una. Aclarándose la garganta triunfalmente puso una de las instantáneas boca arriba en el mostrador.

—¿Quién es éste, señor Harris?

Era el niño.

—¿Quién? Yo... no sé cómo se llama.

El viejo alemán rió histriónicamente, alzando los ojos para tomar al cielo por testigo.

—¡Es usted, señor Harris! ¡Es usted!

Se inclinó sobre el mostrador. Sus dedos aún se negaban a tocar la foto. El niño descansaba en brazos de un hombre que estaba inclinado hacia adelante como si examinara el tupido cuero cabelludo en busca de piojos. Los detalles eran borrosos, pues la lente había

sido equivocadamente graduada en infinito.

¿Era su cara? El bigote parecía su bigote, las medialunas bajo los ojos, el pelo echado hacia adelante...

Pero el ángulo de la cabeza, la falta de foco... Había margen para la duda.

—Veinticuatro libras, señor Harris, por favor.

—Sí. Desde luego. —Sacó un billete de cincuenta de la billetera. El viejo hurgó en un monedero de plástico de mujer buscando el cambio.

—Gracias, señor Harris.

—Sí. Lo... lamento.

El viejo guardó las fotos en el sobre, se las entregó por encima del mostrador.

El se puso el sobre en el bolsillo del traje.

—Fui yo quien se equivocó.

—Adiós.

—Sí, adiós.

Se quedó en la calle, a la luz del sol, expuesto. En cualquier momento cualquiera de ellos podía acercársele, ponerle una mano en el hombro, tironearle del pantalón. No examinaría las fotos aquí. Regresó al bar y las desplegó en cuatro filas sobre la mesa de mármol.

Veinte fotografías. La salida de un día, tan vulgar como imposible.

De las veinte, tres estaban tan sobreexpuestas que eran confusas y no debían haber sido impresas. Otras tres mostraban algo así como islas en diferentes sectores de una costa muy irregular. Las fotografías estaban compuestas en forma poco imaginativa, con grandes extensiones de cielo descolorido y agua resplandeciente. Apreta-

da entre ellos, la tierra aparecía como meras manchas oscuras y largas salpicadas con los rectángulos diminutos y grises de los edificios. También había una vista de una calle escarpada de casas de madera y jardines desnudos e invernales.

Las trece fotos restantes mostraban a varias personas, y grupos de personas, mirando la cámara. Una mujer corpulenta vestida de negro, con dientes negros, entornando los ojos ante el sol: de pie junto a un pino en una foto, sentada incómodamente en una formación rocosa natural en la segunda. Un viejo de tez oscura, calvo, con bigote curvo y barba de varios días. Luego los dos juntos, una placa muy borrosa. Tres niñas pequeñas de pie ante una mujer madura que las contemplaba con un complacido aire de propietaria. Las tres niñas agrupadas alrededor del viejo, que no parecía reparar en ellas. Y un grupo de cinco hombres: la sombra de piernas largas del hombre que tomaba la foto estaba toscamente impresa en los adoquines del primer plano.

Y la mujer. Solo. La carne arrugada y amarilla alisada en una máscara tersa y blanca por la implacable luz de mediodía.

Luego el niño acurrucado junto a ella sobre una manta. En las cercanías, olas pequeñas lamían una playa angosta.

Luego la mujer y el niño con la vieja y las tres niñas. La contigüidad de las caras de las dos mujeres sugería una semejanza familiar.

La figura que podía ser identificada como él mismo aparecía en sólo tres fotos: una vez con el niño en brazos; una vez con el brazo so-

bre los hombros de la mujer, con el niño ceñudamente plantado ante ellos; una vez en un grupo de trece personas, todas las cuales habían aparecido en alguna de las fotos anteriores. Sólo la última de las tres estaba bien enfocada. Él era una de las figuras menos perceptibles del grupo, pero la cara con bigote que sonreía tan rígidamente ante la cámara era innegablemente la suya.

Nunca había visto a esas personas, excepto, desde luego, a la mujer y al niño. Aunque cientos de veces había visto personas así en las calles de Estambul. Tampoco reconocía las matas de hierba, los bosquecillos de pinos, las rocas, la playa de guijarros, aunque también ellas eran de un tipo tan genérico que bien podía haber pasado varias veces por esos lugares sin tomarlos en cuenta. ¿El mundo de los hechos era tan indefinido? Pues en ningún momento dudó que fuera el mundo de los hechos.

Y ¿qué podía presentar él para contrarrestar esas evidencias? ¿Un nombre? ¿Una cara?

Escrutó las paredes del bar buscando un espejo. No había ninguno. Alzó la cuchara goteante del vaso de té para observar el reflejo de su cara, borroso e invertido, en la superficie cóncava. Cuando acercó la cuchara, la imagen se volvió menos precisa, luego rotó 180 grados para presentarle, al derecho, el reflejo de su ojo ansioso y dilatado.

Estaba en la cubierta superior cuando el ferry se alejó del amarradero con un toque de sirena. Como un hombre que sale a la calle en un día tumultuoso, el ferry bordeó la

costa peninsular de la vieja ciudad, abandonando la calma del Cuerno por las aguas encrespadas y espumosas del Mar de Mármara. Un frío viento sur estiraba la bandera escaflata con la estrella y la medalluna en el mástil de proa.

Desde aquí la ciudad mostraba su silueta más noble: primero la grandiosa masa horizontal y gris de las murallas de Topkapi, luego la delicada curva de la cúpula de Santa Irene, que había sido construida (como un amigo cuidadosamente elegido para demostrar, por contraste, las propias virtudes) para evidenciar la audaz imposibilidad de la vecina Santa Sofía, ese producto ingrácil y abstracto de la unión conmemorada en todas las inscripciones interiores por los monogramas gemelos del emperador-demonio Justiniano y su ramera y consorte, Teodora; luego, finalizando la secuencia topográfica e histórica, la orgullosa contendencia de la Mezquita Azul.

El ferry empezó a mecerse en las aguas más agitadas del mar abierto. Las nubes cruzaban el sol en intervalos más rápidos para acumularse en el norte sobre la ciudad empedregada. Eran las cuatro y media. A las cinco llegaría a Heybeli, la isla que tanto Altin como el empleado del Consulado habían identificado como el fondo de las fotografías.

Tenía en el bolsillo el pasaje aéreo para Nueva York. Había empaquetado y despachado todas las maletas, excepto la que llevaría en el avión, en una tarde y una mañana de miedo aplastante y embrutecedor. Ahora se sentía a salvo. La certeza de que mañana estaría a miles de kilómetros había cimen-

tado las paredes ruinosas de la confianza como la promesa de un profeta que no puede equivocarse, Tiresias en un día templado. Admitía que era la seguridad vergonzosa de un desbande tan completo que el enemigo casi había capturado su convoy de avaluamiento, pero pese a todo se trataba de una seguridad, tan definida como el mañana. En realidad, este "mañana" era más definido, estaba más presente en su mente y sus sentidos, que el limbo real de su preparación, tal como cuando niño había soportado el tedio espantoso de la Nochebuena proyectándose a la mañana que tendría que seguir y que, cuando al fin llegaba, jamás tenía tanta realidad como él había anticipado.

Como estaba tan seguro, hoy se atrevía a enfrentar al enemigo (si el enemigo lo enfrentaba a él) cara a cara. No arriesgaba nada y quizá ganara muchas cosas. Aunque si fuera el *frisson* lo que le interesaba, se habría quedado y habría seguido el asunto hasta su conclusión. No, esta última excursión era más un gesto que un acto, una bravuconada antes que una hazaña. La misma timidez con que había partido parecía garantizar que no podía suceder ningún desastre. ¿La estrategia de ellos no había sido siempre tomarlo por sorpresa?

Por último, desde luego, no podía explicarse por qué había ido al ferry, comprado el pasaje, embarcado, excepto que cada acto sucesivo parecía realzar la grata sensación de su propio avance inexorable, una sensación de tensión insoportable y de lasitud onírica al mismo tiempo. No podía haber desandado el camino una vez que lo había tomado, así como no po-

dría haberse negado a escuchar la coda de una sinfonía. ¿Belleza? ¡Oh, sí, intolerable! Nunca había conocido nada tan bello como esto.

El ferry se arrió al muelle de Kinali Ada, la primera de las islas. Subieron y bajaron pasajeros. Luego el ferry apuntó hacia el viento, hacia Burgaz. Detrás de ellos la costa europea se esfumó en la bruma.

El ferry había dejado el muelle de Burgaz y rodeaba la pequeña isla de Kasik. Él observó fascinado cómo las oscuras colinas de Kasik, Burgaz y Kinali cobraban lentamente la misma disposición que tenían en la fotografía. Casi podía oír el clic del obturador.

Y las otras relaciones entre estos simples y resbalosos planes de mar y tierra... ¿No había algo casi igualmente familiar en cada infinitesimal variación de perspectiva? Cuando miraba esas islas con los ojos entrecerrados, con una atención difusa, casi podía...

Pero cuando trataba de capturar esto entre las filosas pinzas del análisis, por mucho cuidado que tuviera se le transformaba en polvo.

Empezó a nevar cuando el ferry se acercó a Heybeli. Él se quedó en la punta del amarradero. El ferry seguía rumbo al este, en el aire blanco, hacia Buyuk Ada.

Enfrentó una calle escarpada de casas de madera y jardines desnudos e invernales. Racimos de copos de nieve caían en los adoquines mojados y se derretían. A intervalos irregulares faroles callejeros despedían un fulgor amarillo en el atardecer, pero las casas per-

manecían oscuras. I.eybeli era un balneario de verano. Pocas personas vivían allí en los meses de invierno. Avanzó un trecho cuesta arriba, luego dobló a la derecha. Ciertos detalles de carpintería, la proporción de una ventana, un techo hundido le llamaron momentáneamente la atención, como un aleteo en el follaje de un árbol a veinte, cincuenta, cien metros de distancia.

Los edificios, cada vez más escasos, estaban más espaciados. En los jardines la nieve cubría las hojas de los repollos. La carretera serpeaba colina arriba hacia un edificio de piedra. La bandera que flameaba contra el cielo gris apenas se distinguía. Tomó por un sendero que bordeaba la base de la colina. Conducía hacia el pinar. La gruesa alfombra de agujas de pino era más resbaladiza que el hielo. Apoyó la mejilla en la corteza de un árbol y de nuevo oyó el clic de la cámara, sístole y diástole de su corazón.

Oyó el agua antes de verla, la miendo la playa. Se detuvo. Observó. Reconoció la roca. Caminó hacia ella. Tan abarcadora era su percepción de esta escena, tan inclusiva, que podía sentir los pasos que dejaba en la nieve, sentir la nieve que los cubría lentamente. Se detuvo.

Aquí había posado con el niño en brazos. La mujer se había acercado a la cámara al ojo con reverente torpeza. Él había inclinado la cabeza hacia adelante para que el brillo del sol poniente no lo encandilara. El cuero cabelludo del niño estaba cubierto de picaduras de insectos.

Estaba dispuesto a admitir que

todo eso había ocurrido, todo ese acontecimiento imposible. Más aún, lo admitía. Alzó la cabeza orgulloosamente y sonrió, como diciendo: *De acuerdo. ¿Y qué? ¡No importa lo que ustedes hagan, estoy a salvo! Porque en verdad no estoy aquí. Ya estoy en Nueva York.*

En un gesto de desafío, apoyó las manos en la formación rocosa que tenía delante. Sus dedos rozaron la blanda correa de la sandalia. Cubierto de nieve, el pequeño óvalo de plástico azul había escapado por completo a su atención.

Dio media vuelta para enfrentar el bosque, y luego se volvió nuevamente para mirar la sandalia. Tendió la mano hacia ella, pensando en arrojarla al agua, y luego se arrepintió.

Se volvió hacia el bosque. Había un hombre de pie delante de la arboleda, en el sendero. Estaba demasiado oscuro para discernirle los rasgos, excepto el bigote.

A su izquierda, la playa nevada terminaba en una muralla de piedra arenisca. A su derecha, el sendero serpeaba internándose en el bosque, y a su espalda el mar removía los guijarros.

—¿Sí?

El hombre inclinó la cabeza atentamente, pero no dijo nada.

—Pues bien, dígalo.

El hombre se internó en el bosque.

El ferry estaba atracando cuando él llegó al embarcadero. Lo abordó a la carrera, sin detenerse en la casilla para comprar el pasaje. Adentro, bajo la luz eléctrica, pudo verse el desgarrón en los pantalones, un corte en la palma

de la mano derecha. Se había caído muchas veces, sobre las agujas de pino, sobre las piedras de los campos arados, sobre los adoquines.

Ocupó un asiento junto a la estufa de carbón. Cuando recobró el aliento, descubrió que temblaba espasmódicamente. Un niño se acercó con una bandeja de té. Compró una vaso por una libra. Preguntó la hora al niño, en turco. Eran las diez.

El ferry se acercó a un muelle. El letrero de la casilla decía BUYUK ADA. El ferry se alejó del muelle.

El inspector le pidió el pasaje. Él le extendió un billete de diez libras y dijo:

—Estambul.

El inspector cabeceó, lo cual significaba que no.

—Yok.

—¿No? ¿Cuánto es, entonces? ¿Kac para?

—Yok Istanbul. Yalova. —Tomó el dinero que le ofrecían y le devolvió ocho libras con un pasaje a Yalova, en la costa asiática.

Había abordado un ferry que iba en dirección contraria. No regresaba a Estambul, sino a Yalova.

Explicó, primero en un inglés lento y preciso, luego en un turco desesperado y fragmentario, que no podía ir a Yalova, que era imposible. Extrajo su pasaje aéreo, señaló la hora de partida, las ocho, pero no podía recordar cómo se decía "mañana" en turco. Aun en su desesperación advertía la futilidad de todo esto: entre Buyuk Ada y Yalova no había más escalas, y esa noche no habría ferries de regreso a Estambul. Cuando llegara a Yalova tendría que desembarcar.

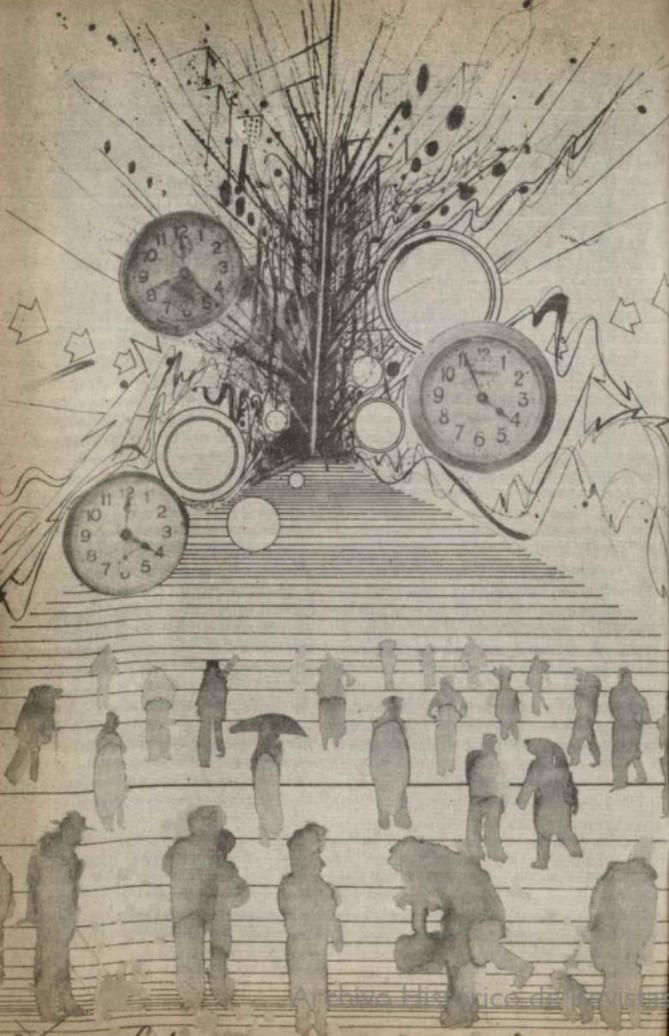
Había una mujer y un niño en la punta del muelle de madera, en la base de un cono de luz nívea. Las luces de la cubierta intermedia del ferry estaban apagadas. El hombre que había estado tanto tiempo apoyado en la baranda bajó rígidamente hacia el muelle. Fue directamente hacia la mujer y el niño. Unos papeles giraban a sus pies. Luego, apre-

sados por una ráfaga fuerte, se echaron a volar sobre el agua oscura.

El hombre saludó con un gesto hurafío a la mujer, que murmuró unas rápidas palabras en turco. Luego caminaron, como tantas veces antes, hacia su hogar, el hombre adelante, la esposa y el hijo a pocos pasos, por la carretera de la costa.

Título del original en inglés: *The Asian Shore.*

© 1970 by Thomas M. Disch. Traducción de Carlos Gardini.



URSULA K. LE GUIN

ALGUNOS ENFOQUES DEL PROBLEMA DE LA ESCASEZ DE TIEMPO

Breve reseña de las últimas teorías sobre un problema cada vez más urgente.

Ilustración de Fati

LA TEORIA DEL AGUJERITO

La hipótesis sugerida por James Osbold del Observatorio Lick, aunque maravillosamente exhaustiva, presenta ciertas dificultades a todos aquellos que buscan soluciones prácticas del problema. Despojada de sus fórmulas matemáticas, la teoría del doctor Osbold puede describirse en términos muy aproximados como un planteo sobre la existencia de una anomalía en el continuo espacio-temporal. La causa de la anomalía es una incapacidad de la realidad para satisfacer las especificaciones de la teoría general de la relatividad, aunque sólo en un detalle menor. Su efecto sobre la constitu-

ción real del universo es una imperfección o fisura local, es decir un agujero en el continuo.

El agujero, de acuerdo con los cálculos de Osbold, es un agujero inequívocamente espacial. En esta espacialidad reside el peligro, pues el desequilibrio así incorporado al continuo causa un influjo compensatorio del aspecto temporal del cosmos. En otras palabras, el tiempo está escapando por el agujero. Probablemente esto ha sucedido desde el origen del universo hace 12 a 15 mil millones de años, pero sólo últimamente la filtración ha alcanzado proporciones apreciables.

El autor de la teoría no es pesimista, y destaca que podría ser

peor aún si la anomalía estuviera en el aspecto temporal del continuo, en cuyo caso escaparía el espacio, posiblemente una dimensión por vez, lo cual causaría incoherencias y confusiones inauditas; aunque, añade Osbold, "en ese caso tendríamos suficiente tiempo para hacer algo al respecto".

Como la teoría sitúa el agujero en alguna parte, Lick y dos observatorios australianos han planeado una búsqueda coordinada de variaciones locales en el desplazamiento al rojo que podrían contribuir a localizar el punto/instante. "Quizá sea un agujero muy pequeño", dice Osbold. "Pequeñísimo. No necesitaría ser muy grande para causar muchos daños. Pero como el efecto es tan apreciable aquí en la Tierra, presiento que hay bastantes probabilidades de encontrar esa cosa quizá no más lejos que la galaxia de Andrómeda, y entonces sólo necesitaremos lo que podría llamarse un niño holandés como el del cuento".

EL MOMENTO NO BIODEGRADABLE

Un equipo de investigación de la Inteco Development Corporation propone una explicación totalmente diferente de la escasez de tiempo. Este enfoque del problema, tal como lo presentó N. T. Chaudhuri, una autoridad internacionalmente reconocida en ecología y etiología del motor de combustión interna, es químico antes que cosmológico. Chaudhuri ha demostrado que el vapor de los derivados del petróleo quemados en forma incompleta, en ciertas condiciones —la ansiedad difusa es el principal factor de predisposición— forman un

vínculo químico con el tiempo, "aglomerando" instantes del mismo modo en que un agente nuclear "aglomera" los átomos libres para formar moléculas. Este proceso se denomina cronocrystalización o (en caso de ansiedad aguda) cronoprecipitación. La resultante compactación de instantes es mucho más ordenada que la fortuita "ahoridad" preexistente, pero lamentablemente este detrimento de la entropía es compensado con un incremento muy pronunciado de la biointolerabilidad. De hecho el compuesto petróleo/tiempo parece ser absolutamente incompatible con la vida en todas sus formas, incluidas las bacterias anaeróbicas, en las cuales se cifraban tantas esperanzas.

El peligro actual, pues, según lo describe F. González Park, un integrante del equipo, es que una parte tan grande de nuestro tiempo libre, o tiempo radical por decirlo apropiadamente, quedará apresado en este compuesto nocivo (al cual ella denomina petropsicotoxina o PPST) que estaremos obligados a recuperar las vastas cantidades de PPST que el gobierno norteamericano ha volcado o almacenado en diversas cavernas, pantanos, agujeros, océanos y patios traseros, y dividir deliberadamente el compuesto para obtener radicales temporales libres. El senador Helms y varios demócratas del Cinturón del Sol ya han protestado. Por cierto el proceso de recuperar tiempo a partir del PPST es riesgoso, pues requiere tanto oxígeno que podríamos terminar, según la expresión de O. Heiko, un tercer miembro del equipo, con mucho tiempo libre pero nada de aire.

Como entiende que el tiempo se está agotando aún con mayor celeridad que las fuentes petrolíferas, Heiko es partidario de la "austeridad", empezando con la prohibición de aviones que vuelen a velocidades supersónicas, y desechando progresivamente los aviones de hélice, los autos de carrera, los autos comunes, los barcos, las lanchas de motor, etc., hasta que, si fuera necesario, se haya eliminado todos los vehículos propulsados por petróleo. La velocidad sirve como pauta prioritaria, pues cuanto mayor es la velocidad de un vehículo propulsado por petróleo, y más concentrada está por lo tanto la ansiedad consciente o subliminal de conductor/pasajeros, más completa es la petrolización del tiempo, y más ponzoñoso el PPST resultante. Heiko, creyendo que no existe un "nivel seguro" de contaminación, piensa que tal vez ni siquiera las bicicletas de motor puedan escapar a la prohibición. Como él destaca, una sola cortadora de césped alimentada por gasolina y desplazándose a menos de 5 km/h puede petrolizar tres horas completas de una tarde de domingo en una superficie de una manzana.

La prohibición de los artefactos que consumen gasolina, sin embargo, tal vez solucione sólo la mitad del problema. Un intento realizado por la Liga Islámica para elevar el precio del tiempo crudo en 8,50 dólares por hora fue recientemente frustrado por una rápida intervención de la Organización de Estados Consumidores de Tiempo, pero Alemania Occidental ya está pagando 18,75 dólares por hora, el doble de lo que el consumidor

norteamericano espera pagar por su tiempo.

¿UNA CAUSA PERDIDA? EL MOVIMIENTO DE CONSERVACION TEMPORAL

Existe un número creciente de científicos y legos que tienen en cuenta las hipótesis cosmológica y química pero no están comprometidos con ninguna de ambas, y muchos de ellos se han agrupado en organizaciones como "Le Temps Perdu" (Bruselas), "Protestants Concerned at the Waste of Time" (Indianápolis), y el energético y difundido grupo de acción latinoamericano "Mañana". Un vocero mañanista, Dolores Guzmán McIntosh de Buenos Aires, explica el punto de vista del grupo: "Casi todos nosotros hemos despilfarrado nuestro tiempo. Si no lo salvamos, estamos perdidos. No queda mucho tiempo." Hasta ahora los mañanistas han evitado cuidadosamente toda filiación política, declarando sin rodeos que los gobiernos comunistas y capitalistas son igualmente culpables de la escasez de tiempo. Un creciente número de sacerdotes de México y Chile se ha unido al movimiento, pero hace poco el Vaticano denunció oficialmente a quienes "mientras hablan de salvar el tiempo, pierden sus propias almas". En Italia, un grupo comunista de conservación temporal, Eppur Si Muove, fue recientemente afectado por la deserción de su presidente, quien luego de una visita a Moscú declaró por escrito: "Tras observar la burocracia soviética en acción he perdido la fe en el despertar de la conciencia de clase como medio

principal para nuestros fines.”

Mientras tanto, un grupo de especialistas en ciencias sociales de Cambridge, Inglaterra, continúa investigando el vínculo todavía no demostrado entre falta de tiempo y falta de carácter. “Si pudiéramos señalar alguna relación”, dice el psicólogo Derrick Groat, “los grupos de conservación temporal podrían actuar con mayor eficacia. En estas circunstancias se limitan a reñir. Casi todos quieren salvar el tiempo antes que se haya ido para siempre, pero en realidad nadie sabe cómo, y todos nos enfadamos. Si tan sólo hubiera un sustituto, como la energía solar y geotérmica para el petróleo, se relajarían las tensiones. Pero evidentemente hay que arreglarse con lo que tenemos.” Groat mencionó el “estirador de tiempo” comercializado por General Substances con la marca registrada Sudokron, retirada del mercado el año pasado después que ciertas verificaciones indicaron que las dosis moderadas transformaban a ratones de labora-

torio en toallas higiénicas. Enterado de que la Rand Corporation estaba dedicando muchos fondos a la investigación de un sustituto para el tiempo, Groat declaró: “Les deseo suerte. ¡Pero quizá tengan que dedicarle horas más largas!” El científico británico aludía al hecho de que Estados Unidos ha acortado la hora en diez minutos aunque conservando el día de veinticuatro horas, mientras que los países de la CEE, previendo un incremento de la escasez, han optado por conservar la hora de sesenta minutos pero incluyendo sólo veinte horas en el “devaluado” día europeo.

Entretanto, el ciudadano medio de Moscú o Chicago, aunque a menudo se queja de la escasez del tiempo o el deterioro del que le queda, parece dispuesto a burlarse de los profetas del apocalipsis, y a postergar todo lo posible medidas tan extremas como el racionamiento. Tal vez piensa, al igual que el Eclesiastés y el presidente de EE.UU., que quien ha visto un día ya los vio todos.

Título del original en inglés: *Some Approaches to the Problem of the Shortage of Time.*

© 1982, Ursula K. Le Guin. Traducción de Josefina Herrero.

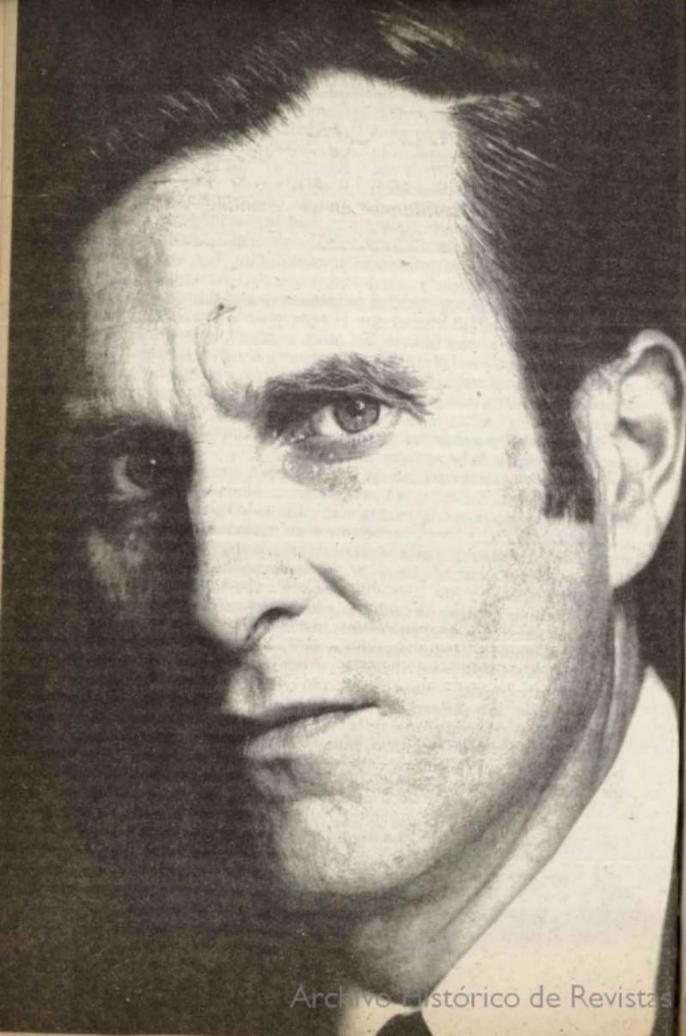
ARTHUR KOESTLER / 1

El pensamiento rutinario siempre trabaja con una sola matriz, la experiencia artística siempre trabaja con más de una. El ritmo y el metro, la rima y la efonía, no son adornos artificiales del lenguaje, sino combinaciones de marcos de referencia contemporáneos y sofisticados con juegos mentales arcaicos y emocionalmente más poderosos. Lo mismo ocurre con la imagen poética; el pensamiento visual es una forma más temprana de actividad mental que el pensamiento conceptual y verbal; soñamos ante todo con figuras. En otras palabras, la actividad creativa siempre implica una *regresión temporal* a estos niveles arcaicos, mientras que un proceso simultáneo se desarrolla paralelamente en el nivel más alto, articulado y crítico: el poeta es como un buzo atado al tubo de aire.

Se ha dicho que el descubrimiento científico consiste en ver una analogía donde nadie la ha visto antes. Cuando, en el *Cantar de los Cantares*, Salomón comparó el cuello de la Sulamita con una torre de marfil, vio una analogía que nadie había visto antes; cuando Harvey comparó el corazón de un pez con una bomba mecánica, hizo lo mismo; y cuando el caricaturista dibuja una nariz semejante a un pepino, también hace lo mismo. En efecto, todos los patrones combinatorios y bisociativos son triviales, y pueden ponerse al servicio del humor, el descubrimiento o el arte, según el caso.

El hombre siempre ha contemplado la Naturaleza superponiendo un segundo marco a la imagen retinal: marcos mitológicos, antropomórficos, científicos. El artista impone su estilo enfatizando contornos o superficies, estabilidad o movimiento, curvas o cubos. Desde luego, el caricaturista procede del mismo modo, sólo que sus motivos, y sus criterios de relevancia, son diferentes. Y lo mismo hace el científico. Un mapa geográfico guarda con el paisaje la misma relación que un boceto con un rostro; cada diagrama o modelo, cada representación esquemática o simbólica de procesos físicos o mentales es una caricatura no emocional — un retrato estilizado— de la realidad.

(*The Ghost in the Machine*,
© Arthur Koestler 1967.)



ENTREVISTA

PABLO CAPANNA

Comentarios de un pensador argentino sobre la ciencia, la técnica, y su influencia en la sociedad y la literatura contemporáneas.

Conocido ante todo por *El sentido de la ciencia ficción* (Columba, 1966), el pensador italo-argentino Pablo Capanna es también autor de una versión abreviada y comentada de *Los viajes de Marco Polo* (Atlántida, 1967), *La tecnarquía* (Barral, 1973), *Conjeturas* en torno de Cordwainer Smith (aún a la espera de editor) y de innumerables colaboraciones en *Criterio* (donde forma parte del comité directivo), *El Péndulo* y otras publicaciones. Ha ejercido además una extensa labor docente, y actualmente es profesor de materias humanísticas en la Universidad Tecnológica Nacional. "Los filósofos italianos del Renacimiento eran unos chanzas —comenta con una carcajada

Pablo Capanna—. Hablaban de medicina, traducían del hebreo, hacían astrología, hacían cualquier cosa." El comentario no es paternalista sino afectuoso, y no revela admiración por el trabajo disperso e improvisado sino por el esfuerzo de los que tratan de conectar ideas de diversas fuentes en un mundo de cambio que exige pensadores dinámicos antes que meros profesionales de la filosofía. Pablo Capanna nació en Florencia en 1939 y se radicó en la Argentina a los diez años. "Sin problemas de adaptación", admite sin titubeos, y tal vez una prueba de ello es la falta de acento italiano, aunque normalmente habla esa lengua con sus padres. Vive desde hace veinte

años en una sobria y acogedora casa de dos plantas en José C. Paz, provincia de Buenos Aires, con su esposa —también profesora de filosofía—, sus dos hijos y su perro Frodo. En esa casa, en su cuarto de trabajo del primer piso (que el mismo Capanna ayudó a construir), se realizó esta entrevista.

Carlos Gardini

MINOTAURO: ¿Cómo fue que un estudiante de filosofía se interesó en la ciencia ficción, un tema aparentemente tan alejado de las preocupaciones académicas?

CAPANNA: La cosa viene de antes. Uno empieza con las historietas, y lee cierto tipo de ciencia ficción. Después, la época de *Más allá* me marcó mucho. Durante la adolescencia era prácticamente mi única lectura. Para mí la experiencia de *Más allá* fue muy importante. Cuando salió la revista yo estaba en sexto grado, y ver que se podía escribir una cosa seria (literaria, diría con el lenguaje de ahora, aunque entonces yo no manejaba ese lenguaje) me impresionó mucho. Contraje el vicio y la seguí leyendo hasta el último número. Yo era suscriptor, y hasta publicué un cuento.

MINOTAURO: "Incomprensión". Nueva Dimensión lo reeditó en su número dedicado a *Más allá*.

CAPANNA: Un pecado de juventud. Yo tenía quince años cuando lo escribí y cuando lo publicaron tenía dieciocho. Después de *Más allá* empecé a leer los libros de Minotauro y mientras tanto ingreso en la facultad. Trato de convencer a mis compañeros, pero a nadie le gustaba eso y yo estaba totalmente aislado.

MINOTAURO: Entonces habría que plantear las cosas al revés: la ciencia ficción de algún modo te despertó inquietudes filosóficas.

CAPANNA: Yo diría que sí. Diría que sí porque a mí me interesaba lo que fuera ciencia pero evidentemente no tenía vocación científica, y lo que más me gustaba de la ciencia era el aspecto especulativo. Así como cuando leía *Más allá* estudiaba dibujo de historietas, y después me di cuenta de que lo que más me gustaba era escribir argumentos, no dibujar, aunque al final no hice ninguna de las dos cosas. Pero como te decía, todo empezó con *Más allá* y las historietas: *Flash Gordon*, esas cosas. Y después, ya en la facultad, Víctor Massuh organiza un seminario sobre la experiencia religiosa. Massuh, muy abierto, nos invita a proponer temas de investigación, y yo le propongo Lovecraft. En ese momento no lo conocía nadie, y creo que a nivel internacional, fuera de algún grupo de aficionados de EE.UU. nadie sabía de él. Los franceses aún no lo habían descubierto. Bien, hago un trabajo sobre Lovecraft relacionándolo con el mito, Massuh lo elogia, y le gusta a pesar de que él no conoce el tema, y eso queda ahí, con un pequeño entredicho en el examen porque los profesores no digerían el asunto. Cuando me recibo, Massuh me ofrece colaborar en una revista que hacía una empresa, y yo escribo un artículo sobre la ciencia ficción y me lo publican. Después Massuh me pregunta si no me animaría a escribir un libro sobre el tema, porque de Editorial Columba lo habían llamado para ver si podía conseguir nuevos

"El sentido de la ciencia ficción fue hecho en tiempo récord. Era la única opción creativa que tenía en ese momento difícil."

autores para una colección un poco más ambiciosa que la tradicional "Esquemas". Me pone en contacto con Héctor Giovannoni, que era el director de Columba en ese momento. Yo veo a este señor y le hablo de la posibilidad que me mencionó Massuh, pero me dice que lamentablemente el libro lo iba a hacer Borges. Yo guardo mis papeles, porque aunque Borges aún no era tan popular, ya era muy conocido en la Facultad en ese momento. Después resultó que Borges tenía mucho trabajo y a los dos o tres meses dijo que no. Entonces me dedico a esto. Fue una cosa hecha en tiempo récord, unos nueve meses. Era la única alternativa creativa que tenía en ese momento, un momento difícil. Enseñaba en el colegio de Ford, con la perspectiva de jubilarme allí, dictando materias que no me importaban, así que me agarré del libro como de mi única posibilidad. Era un momento difícil: el mayor de los chicos recién gateaba, el otro estaba en camino, y hasta creando problemas familiares yo me encerraba a trabajar. Tenía que dedicarle tantas horas por día. Y salió. El éxito fue relativo. Después lo pusieron en la Facultad como libro de texto para el ingreso a Psicología. Una psicóloga que cayó en Ford lo leyó en la biblioteca, le gustó y propuso incluirlo en el cur-

so de ingreso para Lectura y Comprensión de Textos. Después lo dieron como libro de consulta en algunas cátedras, en dos o tres Facultades más. Con el éxito del primer libro me lancé a escribir un trabajo más ambicioso, *La tecnarquía*. Es una obra filosófica pero está vinculada con esto. Anduve peregrinando cuatro años por las editoriales. Por fin consigo una conexión con España, y el libro sale en Barral. Pensé que ya era un modo de empezar una carrera, pero después de un tiempo Barral se funde, e incluso me quedo sin cobrar, sin saber qué había pasado con el libro. Después me enteré, por una liquidación, de que se habían vendido unos mil quinientos ejemplares, que para un libro de filosofía no está mal, pero no sé si la gente lo leyó, si gustó, si produjo irritación o adhesión. Motivado por Barral, que había manifestado mucho interés por lo que yo hacía, armé un libro de ensayos breves, y uno de ellos era un artículo de treinta páginas sobre Cordwainer Smith. Cuando logré armar el libro, tomándome mi tiempo, Barral ya estaba en decadencia, y perdieron interés. El artículo, por su lado, tuvo varias versiones. Paco Porrúa, por ejemplo, me dijo que estaba bien, pero me aconsejó desarrollar más ciertas partes, y al fin llegó a unas doscientas setenta páginas. Para mí

fue apasionante por el tipo de investigación casi policial que tuve que hacer: pedir recortes de diarios a EE.UU., buscar personas que ya no existen. Entre ellas, tres fulanos que se llamaban igual, vivían en Washington y eran los tres economistas; al final el que buscaba yo estaba en Australia. Paralelamente, en *Criterio* publiqué una primera síntesis del libro, un poco para tentar a los editores. Después, cada vez que se presentó la oportunidad, hice artículos. Me sentía un poco frustrado porque tenía allí un libro muerto de risa. Pero si no se puede publicar libros habrá que publicar artículos, y si no se puede publicar artículos, habrá que publicar hojitas mimeografiadas, pero algo hay que hacer. No podés vivir esperando a que el país se arregle.

MINOTAURO: Vos hablabas de una relación entre *La tecnarquia* y tus demás inquietudes. Me gustaría ante todo que definieras ese término, que vos tomaste de un cuento de ciencia ficción de Anthony Boucher.

CAPANNA: Sí, "En busca de San Aquino". Después me enteré de que no era original de ese cuento. Lo había utilizado un ensayista inglés, Patrick Geddes, una especie de ideólogo tecnocrático que incluso había escrito un libro cuyo título incluía la palabra. A mí la palabra me gustó, porque "tecnocracia" tiene connotaciones más políticas. "Tecnarquía" alude más bien a la estructura ontológica de la civilización industrial, pero no tomándola sólo desde la Revolución Industrial, pues yo creo que eso es el resultado de un proceso que se venía preparando desde el

Renacimiento: la civilización de la técnica. Se trata menos de un problema de ocupación que de mentalidad, ya que puede haber una mentalidad técnica en la medicina, o en las ciencias humanas. Ahora bien, al cabo de un tiempo yo descubrí que estoy tocando muchos instrumentos, todos de oído, pero que de algún modo se conectan. ¿Por qué? Hay una frase de Bronowski que dice que la ciencia ficción es el folklore de la era técnica. Por lo tanto, yo uní los intereses de la época en que leía *Más allá* con los que me despertó la Facultad en cuanto a la elaboración de una filosofía de la técnica, y de golpe los conecté con mi experiencia laboral, pues en mi trabajo docente estaba en contacto con ingenieros y técnicos.

MINOTAURO: ¿Cómo relacionarías "tecnología", "tecnocracia" y "tecnarquía"?

CAPANNA: Por tecnología se entiende la técnica basada en principios científicos, no la técnica del artesano, que es empírica, casi artística. La tecnología es toda la técnica que se desarrolla a partir de fines del siglo dieciocho sobre bases científicas, lo que se llama "ciencia aplicada". Aunque no es ciencia aplicada, porque históricamente a veces aparece primero la tecnología y después la ciencia que la justifica. Primero aparece la máquina de vapor, y después la termodinámica. Hay una relación ciencia/tecnología de realimentación mutua, al extremo de que la ciencia también se ha transformado, y es una especie de introducción a la tecnología, o una búsqueda de nuevas aplicaciones de la tecnología. Ha desaparecido el viejo ideal de búsqueda

"No exageremos diciendo que la ciencia ficción es la literatura; pero toca puntos álgidos que otros géneros no tocan."

de la verdad, de conocimiento puro. Se parte del principio de que todo lo que se investiga alguna vez servirá para algo. Pero el hecho de que ésa sea la forma de pensamiento habitual genera un estilo de pensamiento y de vida que es, por un lado, la tecnocracia como ideal de gobierno. Es una ideología que nadie sostiene explícitamente pero que todos practican. Los tecnócratas eran un grupo de ideólogos norteamericanos de la década del '30, que después tuvo algunas desviaciones políticas (apoyó al Eje, y demás) y se disolvió en cuanto grupo político. Pero ha dejado una mentalidad.

MINOTAURO: Curiosamente, Ray Bradbury era un simpatizante del grupo.

CAPANNA: Era un simpatizante ciego. Después sufrió una conversión, y como buen converso se fue al otro extremo. Ya es un destructor de máquinas. Ese es el problema que se presenta con esto. Están los destructores de máquinas, que se horrorizan ante el peligro de la máquina que nos transforma en engranaje, que en algunas cosas aciertan, pero a veces desembocan en algo totalmente apocalíptico. Es lo que plantea Umberto Eco. Están los "apocalípticos" y los "intragrados". No hay un término medio, gente que piense la técnica y trate de dominarla. El problema

no es abolir la tecnología y volver a la carreta, ni someternos a una dinámica que no sabemos a dónde nos lleva. No renunciar a la técnica sino aprender a controlarla. Por ejemplo, a través de los problemas ecológicos tenemos todos los supuestos de una acción técnica sobre la naturaleza. Bien, antes de plantear una nueva tecnología, pensemos en los resultados. Lo cierto es que "tecnarquía" me pareció un buen término para definir un tipo de pensamiento que surge aún antes de que haya tecnología, y desde luego tecnocracia, y que nace con el Renacimiento. Me pareció que identificaba bien, por encima de distinciones cronológicas, un estilo de pensamiento muy diferente de todo lo que vino antes. Para mí es una nueva era. ¿Por qué? Saliendo del mundo arcaico, que se rige por el mito, los ciclos, etc., hay todo un período "cosmobiológico" (un término de Georges Gusdorf), desde los griegos hasta el Renacimiento: yo lo he llamado "jerarquía", porque es una estructura totalmente jerarquizada de los entes, desde el ser pleno hasta el descenso a la realidad concreta.

Es una estructura que aparece en Platón, en Aristóteles, y se mantiene prácticamente hasta Copérnico, cuando se ve que el mundo físico no responde a ese esquema y se empieza a revisar. Y

pasa a imponerse la técnica como acción. Para mí la tecnarquía es el predominio de la acción.

MINOTAURO: ¿Como en la traducción que hace Fausto del primer versículo del Génesis: "En el principio fue la acción", por *logos*?

CAPANNA: En efecto. Goethe, Hegel, son individuos que vienen a sistematizar algo que ya estaba en marcha.

MINOTAURO: ¿La ciencia ficción sería una literatura fáustica?

CAPANNA: Empezó siendo fáustica. Julio Verne es fáustico. Hay una conexión con Nietzsche, incluso: los científicos locos que quieren crear al superhombre, etc. Pero con Wells y Rosny hay un cambio. Aparece la reflexión crítica. Lo interesante es que no es una reacción romántica, un intento de volver a una edad de oro que nunca existió, sino un intento de análisis.

MINOTAURO: La ciencia ficción sería una literatura típica de la era tecnárgica.

CAPANNA: Claro, una literatura que refleja puntos de vista que en otras literaturas no se encuentran. En parte no se salió de la vieja novela psicológica: el best-seller es una versión adocenada de la novela psicológica. Por otra parte, el vanguardismo está más en la experimentación del lenguaje para un público muy limitado, no es una literatura que a la gente le interprete el mundo en que vive. Más bien es un entretenimiento erudito, una búsqueda de nuevas formas, una suerte de vanguardismo académico, pero nunca una literatura que se llegue a consumir como el *Quijote*. No exageremos diciendo que la ciencia ficción es la literatu-

ra, pero toca puntos álgidos que otros géneros no tocan.

MINOTAURO: ¿Cómo llegaste a Cordwainer Smith?

CAPANNA: El trabajo sobre Cordwainer Smith fue concebido como una aplicación práctica de un trabajo más ambicioso, que tengo esbozado, sobre el concepto de persona. En un mundo tecnárgico, uno está sometido a los rútolos, pues se suele definir a la gente con dos o más palabras. Bueno, aquí me encontré con un personaje indefinible, un personaje con tantas facetas que era un buen ejemplo de cómo no hay que quedarse con la primera definición. Se trata de concebir la persona como algo dinámico pero contradictorio.

MINOTAURO: En este caso, cómo conciliar a Paul Linebarger, el experto en guerra psicológica, con Cordwainer Smith, el fabulador.

CAPANNA: Exacto. Esa es la gran contradicción que aparece al principio, y muchas otras secundarias. El problema es cómo ese individuo, un individuo creativo, de grandes aptitudes intelectuales, con una experiencia cultural muy rica que abarca la cultura china y la norteamericana, un cosmopolita, armó una personalidad con eso, cómo hizo su síntesis. Por eso llamé al libro *Conjeturas*: no es un estudio crítico, ni una investigación definitiva. Es un trabajo menos literario que antropológico. Yo en lo literario toco de oído. Escribí un libro sobre la ciencia ficción sin saber nada de crítica literaria. Y hablando de tecnología y ciencia uno también toca de oído, porque uno no es científico. Pero si en este momento alguien no trata de atar los cabos sueltos, siguen sueltos.

"Cuando se reivindica la posibilidad de no hacer ciencia aplicada, aparecen aquellos que redescubren el movimiento perpetuo."

MINOTAURO: ¿Serías una de esas personalidades que trabajan en los intersticios?

CAPANNA: Algunos dicen que el filósofo, más que un especialista, tiene que ser un generalista. Claro que hay un peligro en el generalismo, en explicar todo por una sola idea. Pero creo que es muy necesario establecer nexos. De lo contrario cada cual se encierra en su especialidad y la realidad sigue desarmada. Hoy hay una especie de decadencia de la filosofía, que no está a la altura del mundo en que vivimos. La gente que quiere hacer una síntesis no sale de la filosofía académica sino del campo de la ciencia. Un hombre como Teilhard de Chardin, por ejemplo (que a mí no me convence), quiere hacer una síntesis, pero sale de las ciencias naturales y la arma en base a lo que él conoce de su campo y nociones generales de filosofía. Bateson es impresionante por la cantidad de campos que abarcó: biología, psicoterapia, cibernética, lógica simbólica, antropología. Desde el punto de vista del filósofo académico se le pueden poner muchos peros, pero él trata de hacer conexiones. Cuando dice que el hombre se diferencia del animal porque utiliza un lenguaje digital y no sólo un lenguaje analógico, no usa palabras nuevas, pero es un modo distinto de encarar un viejo proble-

ma con el vocabulario de la cibernética, que uno piensa que no tiene nada que ver con el hombre. A mí me interesa ese tipo de gente. Por supuesto yo no puedo ponerme al nivel de ellos, porque son personas empapadas del quehacer científico. Se parecen un poco a los filósofos del Renacimiento. Esta es una época que se parece mucho al Renacimiento, que además era una época mágica, llena de supersticiones, igual que ésta. Era una época que estaba cambiando mucho y todavía no sabía para dónde disparar.

MINOTAURO: En ese sentido, ¿cuál sería el enlace entre "ciencia", "ciencia ficción" y "seudociencia"?

CAPANNA: Bueno, entre ciencia y ciencia ficción hay una relación de filiación. La ciencia ficción nace en plena expansión de la Revolución Industrial, cuando la ciencia pasa a ser un valor gravitante en la sociedad, y reemplaza a la religión. Se trata del positivismo, el culto a la ciencia, que genera una literatura basada en la ciencia que al mismo tiempo es una apología de la ciencia, es ciencia novelada para el gran público, para despertar una vocación científica. Julio Verne hace literatura para que los chicos vayan preparándose para el Politécnico. Después se llega a la madurez y esa relación con la ciencia se corta. No sé exactamente en qué

momento, pero eso se ve en la ciencia ficción norteamericana, en la evolución que sufre desde la era de Campbell, cuando la gente deja de escribir teoremas, deja de escribir experimentos para hacer una creación.

MINOTAURO: Verne estaba irritado con Wells porque Wells "inventaba".

CAPANNA: Sí, Verne es un positivista en ese aspecto, aunque desde luego tiene otras facetas. Lo cierto es que en un momento se llega a la madurez y esa relación servil se corta. Incluso hay mucha gente de formación científica que usa la ciencia ficción como una especie de filosofía salvaje. Stanislaw Lem, por ejemplo, es un filósofo salvaje, un hombre de formación médica, que ha estudiado cibernética y otras disciplinas, y a través del humor hace una reflexión crítica. En cuanto a las pseudociencias, son un producto de esta etapa crítica. Cuando se empieza a criticar la ciencia tradicional, y se reivindica la posibilidad de no hacer ciencia aplicada, aparecen todos aquéllos que redescubren el movimiento perpetuo, el secreto de las pirámides, etcétera, como ciencias alternativas. Hay que reconocer que el mito OVNI surgió en las revistas de ciencia ficción aún antes que aparecieran los OVNI's. Luego esa gente fue marginada de la ciencia ficción y desarrolló un negocio aparte. Ahora bien, una cosa es el negocio editorial y otra es la necesidad que justifica ese negocio. Esta es una época inestable, ya no existe el optimismo del progreso, la gente no sabe qué va a pasar. Hay un cambio de mentalidad que yo noto en los estudiantes de inge-

nería. Los que piensan se cuestionan si no estarán contribuyendo a destruir al hombre, como los físicos después de la bomba atómica. El ecologismo les ha despertado una serie de problemas de conciencia que antes no se veían. La misma gente que hace tecnología duda de la tecnología. Esa inseguridad induce a agarrarse de cualquier cosa. Por eso, en el Bajo Imperio Romano, en el Renacimiento, que eran épocas de transición, la gente se volcaba a la astrología o la quiromancia. Hoy se presenta el fenómeno de los cultos. Hay una cantidad de movimientos irracionalistas, y el más visible ha sido el de Jim Jones, que recuerda los orígenes del totalitarismo. Así como la gente se ponía una camisa parda y se iba a la guerra, ahora va a Guyana a suicidarse.

MINOTAURO: Tal vez las religiones tradicionales no ofrecen suficiente amparo espiritual.

CAPANNA: Es cierto. En general no lo ofrecen porque estas sectas trabajan con algo que ha sido descuidado por las religiones tradicionales, que dejaron de lado todo lo que fuera elemento sensible, los elementos que halagan la fantasía. Aun el catolicismo, en este siglo, entra en la onda de hacer una cosa culta, puramente moral, y deja a la gente sin el apoyo sensible. En cambio la gente va a un recital y vive una experiencia orgiástica, mística o seudomística, porque eso no se lo ofrece el culto. La gente va con más facilidad a una procesión de Luján que a misa.

MINOTAURO: Lo curioso es que el lector de ciencia ficción, aunque aficionado a los delirios, no los acepta incuestionablemente.

"En el Tercer Mundo se copian los símbolos pero no la realidad: como los primitivos, que no se guían por la hora pero se ponen, como imagen de *status*, dos o tres relojes."

CAPANNA: Exacto. Mantiene lo que en psicología se llama principio de realidad. Una cosa es la realidad y otra es la fantasía. Mientras el cultor de la pseudociencia crea un delirio en el cual se mete, como un psicótico, el lector de ciencia ficción suspende la incredulidad y explora posibilidades. El lector tradicional del género no es adicto a las pseudociencias. Incluso el movimiento de fans en EE.UU. ha sido muy crítico al respecto.

MINOTAURO: Ciertos escritores, como Asimov, John Sladek, John Brunner, han sido muy drásticos con las pseudociencias. Pareciera que hay una necesidad profesional de no ser confundidos.

CAPANNA: Sí, hay una necesidad de distinguirse. Yo lo he tenido que hacer siempre. Cada vez que doy una charla sobre esto, lo primero que debo hacer es aclarar que no tiene nada que ver con los OVNI's. No obstante hay que reconocer que mucha gente practica los dos campos. Lee ciencia ficción y es devota de una serie de disparates.

MINOTAURO: Volviendo a la tecnarquía, uno suele asociar ese tipo de concepto con los países industrialmente avanzados. Vos sin embargo pensás que el predominio es planetario. ¿Por qué?

CAPANNA: Esos países crean la ideología que predomina en otros

lados. La discrepancia está en los modos a seguir, pero todos aspiran a un mundo industrializado. En el Tercer Mundo se dan situaciones chocantes porque se copian los símbolos pero no se copia la realidad. Hacemos autopistas, estaciones de microondas y demás, pero de pronto no andan los teléfonos. Un poco como cuando se introduce el reloj entre los pueblos primitivos y lo usan como símbolo de *status*. Ellos no se guían por la hora, pero se ponen dos o tres relojes. Lo importante es adquirir dominio sobre la tecnología, pero no comprar "paquetes" sin saber cuáles serán las consecuencias no deseadas, pensando que hay que hacer cosas porque se hacen en todo el mundo. Hay que tomar distancia para fijar objetivos y generar la tecnología que sirva para alcanzarlos. ¿Qué es más importante, que todos tengan auto o que tengan buena asistencia médica? Si nos interesa la asistencia médica, desarrollamos cierto tipo de tecnología, hacemos inversiones en ese campo, y tal vez el auto hay que postergarlo. Como hicieron los chinos, que me parece muy bien. Porque novecientos millones de personas, cada cual con un auto utilitario, sería una hecatombe. En este momento, la llamada crisis ecológica no lleva a ver los supuestos no aclarados de ciertas cosas. De-

nis de Rougemont analiza muy bien el problema del auto, por ejemplo, como una creación del individualismo. Henry Ford era un granjero que quería que la gente conociera el campo, entonces decidió darle un auto a cada uno para que fuera a hacer picnic. Pero si todo el mundo tiene auto no se puede: los caminos están embotellados, todo está contaminado con latas de cerveza, y se acabó el picnic. El hecho de que una cosa individualista se generalice, se haga colectiva, lleva a su propia contradicción. Si todos son amos, ¿quién es esclavo?

MINOTAURO: Por lo tanto, la reflexión sobre la tecnología es impostergerable, aun en los países que no gozan de tecnología avanzada.

CAPANNA: Exacto. Es un poco lo que decía Nehru ante el parlamento de su país: la India es un país muy pobre para darse el lujo de prescindir de la investigación científica. De lo contrario se atacan los efectos y nunca las causas, o se imita una tecnología que funciona en otro país y no en el nuestro. El afán de destruir máquinas siempre ha sido sostenido por gente que no quería ningún tipo de progreso. Acá tiene toda una tradición literaria: Rubén Darío, Rodó. Por una parte la civilización materialista y por otra los valores humanos, pero esos valores humanos eran privilegio de una élite.

MINOTAURO: Hablando de tradiciones literarias, ¿qué posibilidades ves para un género como la ciencia ficción en la Argentina?

CAPANNA: Ese es un problema que siempre me preocupó. Hay gente que lo está haciendo, hay muchos, a algunos los conozco,

pero hay pocas posibilidades de darlos a conocer. Una vez yo escribí un artículo en *La Opinión* que para muchos resultó excesivamente pesimista, y tal vez tenían razón. Yo decía: si esto es la literatura de una sociedad industrial, y nosotros no somos una sociedad industrial, no tiene mucho sentido hacerlo acá. Más vale tomar conocimiento de lo que hacen los otros, enterarse, y elaborar un pensamiento distinto. Pero otra gente me ha hecho ver otros puntos de vista. Además, con la libertad que ha dado el género, con su evolución, ya no hay por qué ser profesor de física ni ingeniero para practicarlo.

MINOTAURO: Incluso hay muchos elementos de tecnología sofisticada que nosotros también hemos incorporado a la vida diaria. La TV, por ejemplo, que ha funcionado como homologador de cultura.

CAPANNA: Y por cuyo medio recibimos una visión del mundo propia de los países industrializados, que en cierto modo nos modifica. La televisión promueve una visión típica de lo que ahora suele llamarse en Europa la "sociedad del espectáculo". La decisión política tiene más de espectáculo que de decisión, por ejemplo. El best-seller, una literatura realista entre comillas, alimenta ese espectáculo. Toma todos los elementos de "actualidad", el espionaje, Khomeini, el terrorismo, y la gente lee eso con avidez porque le dice lo mismo que el diario o la televisión. En ese sentido, admiro mucho a un escritor como J. G. Ballard precisamente porque ha sabido ver esa dimensión fantástica de lo cotidiano, to-

"Creo que el género tiene aquí un porvenir, si nuestra literatura tiene un porvenir. Se está creando más en el campo cultural que en otros campos."

do ese mundo espectacular que nadie cuestiona, y que desde luego aquí también sufrimos en cierto modo. Lo importante sería que la ciencia ficción supiera incorporar elementos locales. Es lo que pasó con una historieta como *El Eternauta*, y por eso todavía se la recuerda. Yo creo que la trama de *El Eternauta*, que narra una típica invasión extraterrestre, es lo menos importante. Lo importante es que aparezcan lugares de Buenos Aires, que los héroes no sean superhéroes sino tipos de barrio. En ese sentido, es una indicación de la línea que hay que seguir. Si Oesterheld hubiera escrito más cuentos (tal vez no era su vocación, él era guionista) quizá lo habría desarrollado. Hay un par de cuentos que publicó en la revista que él hacía, *Géminis*, que metían elementos argentinos, como esa viejita catamarqueña que va a vivir a Marte y quiere un árbol para reposar a su sombra. Pero se trata siempre de intentos aislados y esporádicos. Son pistas.

MINOTAURO: ¿Qué significó *Más allá* para el género en la Argentina?

CAPANNA: Fue la aclimatación del género. Era un momento en que todavía no había un público especial, hacerlo era como una aventura. Por más que Soriano lo relaciona con el desarrollismo, esto

apareció mucho antes que el desarrollismo. Aclimató el género, lo hizo respetable para una cantidad de gente, predominó en el ambiente científico-técnico, trajo la versión más actualizada del género en ese momento. Nos puso al día. También publicó a mucha gente que escribía en la Argentina. La lista de autores es bastante grande, y algunos de ellos hicieron carrera, como Pérez Zelaschi, Maximiliano Mariotti y otros. Hubo gente que no volvió al género por falta de oportunidad. Quizá todavía no es un vehículo aceptado por el gran público argentino, aunque ahora tiene un poco más de lectores. Pienso que con la ciencia ficción va a pasar lo que pasó con el rock, pero todavía no pasó. También depende de que se hagan revistas con cierta personalidad, que no se limiten a reproducir lo mejor que se hace en otras partes, que no sean meramente "excelentes antologías". En cuanto a creación, estamos en una etapa bastante embrionaria. Al margen de figuras aisladas como Angélica Gorodischer, que ha dedicado toda su obra a esto, y que tiene valores literarios, un estilo, son intentos muy parciales. Difundir a gente como Mario Leverro, por ejemplo, es muy importante. Él no hace estrictamente ciencia ficción, pero está relacionado. Yo creo que el género

aquí tiene un porvenir, si nuestra literatura tiene un porvenir. Hace poco Jorge Asís decía que acá lo único que anda bien es la cultura, y quizá no está tan equivocado. Es decir, se está creando más en el campo cultural que en otros campos. Con poca salida, sí, pero hay manifestaciones de vitalidad. Tal vez la Guerra de las Malvinas no haya dado la oportunidad de descubrir que también hay escritores argentinos.

MINOTAURO: Como sucedió con el rock, ya que antes lo mencionabas. El trabajo ya se venía haciendo, pero no tenía la misma difusión. De pronto muchos descubrieron que se podía hacer rock nacional, con un sentir nuestro y con incorporación de formas musicales autóctonas.

CAPANNA: Lo que sucede, pese a todo lo que digamos, es que la cultura argentina (sin entrar a precisar qué es la cultura argentina) tiene una capacidad de asimilación mucho mayor que algunas otras. Acá se incorporan elementos constantemente y se los transforma, no se los incorpora en bruto. En cierto modo, *Mafalda* es una especie de *Periquito*, o *Peanuts*, pero acriollada. Eso puede pasar con la ciencia ficción. Yo estoy esperando que pase. Pero todo depende de que haya canales. Es un género que podría ayudar al desarrollo de una mentalidad crítica que sepa aceptar distintas posibilidades de pensamiento. Un lector de ciencia ficción debería ser capaz de tomar una idea como una idea y barajar todas sus posibilidades sin necesidad de casarse con ella. Eso ayuda a entender las ideas de los demás, crea una cierta gimnasia mental.

Claro que en la práctica no siempre se cumple. Yo conocí a un nazi que era admirador de Brian Aldiss.

MINOTAURO: ¿Qué modificaciones harías hoy a *El sentido de la ciencia ficción*?

CAPANNA: Por lo pronto, hubo un pequeño desfasaje histórico. Cuando se escribe el libro, era el momento de auge de todo el grupo inglés (Ballard, Aldiss, Moorcock, etc.). Un poco influido por Porriá, que desde luego tenía más experiencia que yo en esas cosas y me daba orientaciones, yo le di mucha importancia a ese grupo. Es cierto que trajo renovaciones, pero también hubo una reacción del lado norteamericano, e incluso la cosa se diseminó inesperadamente hasta Polonia. Con la tradición científica de Europa Oriental, nadie esperaba que allí surgiera un autor de delirios organizados como Lem. Todo esto podría llevar a un replanteo. Si yo tuviera que reescribir el libro tendría que agregar las etapas que sucedieron, e incluso la tendencia, que ya se insinuaba, de "liberalizar" el género, de quitar las barreras convencionales. Tanto el público como los autores las superaron. Por esa razón, para no incurrir en errores científicos, se prefiere no hablar del planeta Marte sino de un planeta hipotético que está en el confín de la galaxia, y allí hacer una sátira de lo que pasa acá. El propósito final es ése. Yo creo que no es escapismo. Al contrario, es un largo rodeo fuera de la realidad para volver a ella.

MINOTAURO: Tal vez todo lo contrario del best-seller, que utiliza la realidad inmediata para evadirla.

"Todo lo que se escribió sobre la guerra atómica contribuyó al menos a postergarla, no sabemos si a eliminarla."

CAPANNA: En efecto, pretende ser tan realista que es irreal.

MINOTAURO: Así como algunos asocian ciencia ficción con escapismo, otros la asocian con predicción o profecía. ¿Qué pensás de ese aspecto?

CAPANNA: Yo creo que en una época la ciencia ficción pretendía predecir. Incluso la ciencia ficción soviética oficial está orientada a desarrollar ideas que luego puedan aplicarse. Pero después predominó más bien la tradición negativa: o sea, predecir cosas para que no se cumplan. Yo insisto en que todo lo que se escribió sobre la guerra atómica, a veces farragoso y pesado, contribuyó al menos a postergarla, no sabemos si a eliminarla.

MINOTAURO: ¿Pensás que los movimientos pacifistas que ahora proliferan en el mundo industrializado han sido influidos por la imaginación de la ciencia ficción?

CAPANNA: Bueno, en Inglaterra, el himno de Aldermaston fue escrito por John Brunner. Aunque curiosamente, el símbolo que usan, esa especie de flechita, era una runa, la runa de la muerte, usada por grupos de extrema derecha. Apparently el símbolo se creó a partir de dos letras del alfabeto internacional de señales: la letra N ("nuclear") y la D ("desarme"). Combinaron los dos, y curiosamente quedó la misma runa que

usaban ciertos grupos SS. Una coincidencia extraña. Los símbolos cambian de contenido.

MINOTAURO: ¿Y cómo relacionarías ciencia ficción con futurología, que de algún modo es la predicción sistemática?

CAPANNA: Yo creo que en general la ciencia ficción ha hecho mejores predicciones que la futurología. La futurología extrapola a partir de una cantidad de datos. Pero cuando el señor Kahn dice que no pudieron prever la crisis petrolera, ni el despertar del mundo árabe, ni la guerra de Vietnam, uno se pregunta qué predice. La crisis petrolera, por ejemplo, podía preverse teniendo en cuenta las estadísticas de producción, reservas y demás. Lo que pasa es que no basta con usar computadoras, hay que alimentarlas bien. Si se trabaja con el prejuicio de que todo va a seguir más o menos igual, en esta línea, de golpe aparecen imprevistos que cambian toda la situación. Además el futurólogo trabaja para un individuo que quiere alcanzar ciertos objetivos: entonces le pinta un futuro donde esos objetivos se realizan. Un futuro distinto no sería rentable. La futurología no ha dado grandes resultados, salvo en campos muy limitados, como predicción de la venta de un producto, algo más parecido al marketing. Yo me he tomado el trabajo de leer

los libros de Kahn diez años después, y muy pocas cosas se han cumplido.

MINOTAURO: Desde luego el futuro es siempre incierto, pero vos pensás que como evaluación de probabilidades la ciencia ficción funciona mejor que la futurología.

CAPANNA: Tal vez porque trabaja sin método, y de un modo un poco anárquico, desarrollando hipótesis que otros no se molestarían en desarrollar. Algunas de esas hipótesis no se cumplen, pero quizá la intención no era de que se cumplieran. No creo que Orwell quisiera llegar a un 1984 como el que pinta él. En realidad, la pretensión de que la ciencia ficción sirviera como predicción era atarla al campo de la ciencia. Es lo que hacía Gernsback en sus últimos años cuando le ponía una estrella a

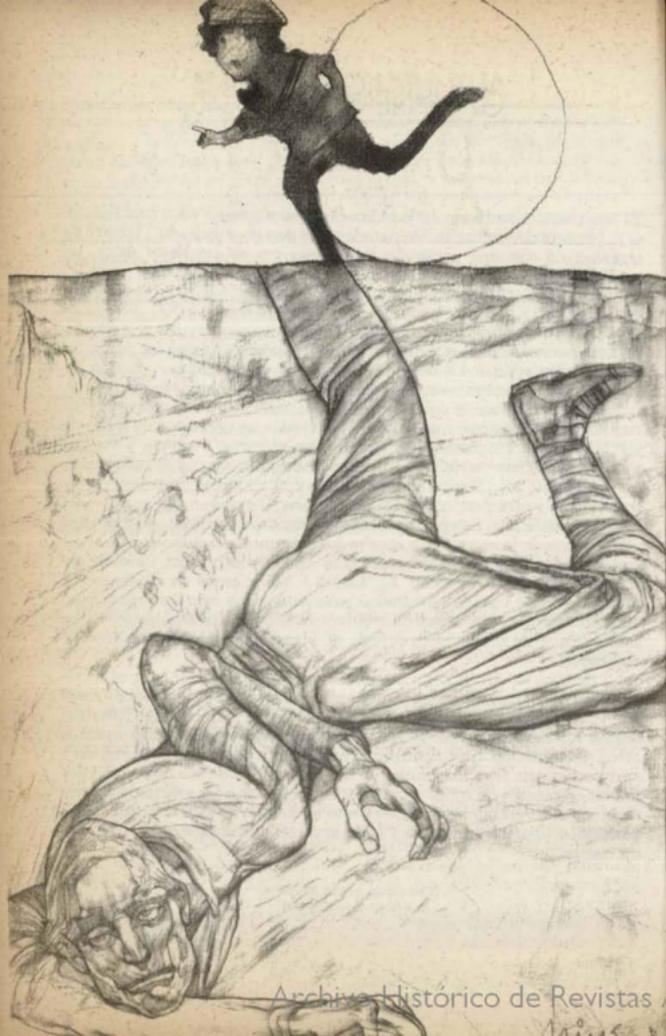
los cuentos que él distinguía con un valor especial, en el sentido de que el cuento contenía ideas que podían ser llevadas al laboratorio, para llamar la atención de los científicos. Eso por suerte está superado. Desde luego, eso no quita que si un científico quiere desarrollar una hipótesis loca que no puede desarrollar en otro campo use la ciencia ficción. Lo importante es que se hayan roto los límites artificiales. Pero no creo que la función específica sea predecir. Más bien se trata de dejar en libertad la imaginación, una libertad controlada. No hay delirio total, desde luego, pues la fantasía debe ser comunicable, y para eso debe tener algunos elementos en común con el que la va a recibir. Se trata, en suma, de un uso metódico de la imaginación.

ARTHUR KOESTLER / 2

El rasgo más asombroso del hombre desde el punto de vista evolucionista [...] podría denominarse "la paradoja del don no solicitado"; trataré de transmitirla con una parábola. Había una vez en un bazar árabe un tendero analfabeto, llamado Alí, que como no era muy hábil para las sumas siempre era engañado por sus clientes, y no a la inversa como sería lo normal. De modo que todas las noches le rezaba a Alá pidiéndole un ábaco, ese venerable adminículo que permite sumar y restar deslizando cuentas por cordeles. Pero un genio malicioso entregó las plegarias en la sección equivocada del Correo celestial, y una mañana, cuando llegó al bazar, Alí encontró su puesto transformado en un descomunal edificio con vigas de acero que albergaba la computadora IBM más moderna con paneles de instrumentos que cubrían todas las paredes, con miles de osciladores fluorescentes, cuadrantes, ojos mágicos, etcétera; y un manual de instrucciones de varios cientos de páginas, que él, siendo analfabeto, no podía leer. Sin embargo, después de varios días de tanteos inútiles con esta y otra perilla, perdió los estribos y se puso a patear un panel lustroso y delicado. Los golpes afectaron uno de los millones de circuitos electrónicos de la máquina, y al cabo Alí descubrió complacido que si pateaba ese panel, por ejemplo, tres veces y luego cinco veces, un cuadrante mostraba el número ocho. Agradeció a Alá el envío de un ábaco tan bonito, y siguió usando la máquina para sumar dos más tres, ignorando alegremente que era capaz de resolver ecuaciones einsteinianas en un santiamén, o de predecir las órbitas de planetas y estrellas con años de antelación.

Los hijos de Alí, y luego sus nietos, heredaron la máquina y el secreto de patear el mismo panel; pero pasaron cientos de generaciones hasta que aprendieron a usarla aun para una simple multiplicación. Nosotros somos los descendientes de Alí, y aunque hemos descubierto muchos otros modos de utilizar la máquina, hasta ahora sólo hemos aprendido a aprovechar una fracción ínfima de los potenciales de sus circuitos, estimados en cientos de miles de millones. Pues el don no solicitado es desde luego el cerebro humano. En cuanto al manual de instrucciones, se ha perdido, si alguna vez existió. Platón sostiene que sí existió, pero es sólo un rumor.

*(The Ghost in the Machine,
© Arthur Koestler 1967)*



GARDNER R. DOZOIS

UN SUEÑO A MEDIODÍA

La memoria y la visión son tan reales (o irreales) como los sueños.

Ilustración de Carlos Nine

Recuerdo el cielo, y el sol ardiendo en el cielo como una moneda de oro arrojada a un estanque profundo y azul, y las raudas nubes blancas transformándose en naves mágicas y ballenas y castillos almenados mientras surcaban ese océano insondable y nadaban por el mar igualmente insondable del ojo de mi mente. Recuerdo los vientos que rozaban las nubes, alisándolas o arrugándolas con serena imponencia o disolviéndolas en espuma. Recuerdo al mismo viento acariciando la hierba, haciéndola ondular y temblar, y azotando las ramas de los árboles hasta hacerlas cantar como un órgano agudo y salvaje. Recuerdo el silencio que era como un grito de bronce retumbando en las colinas.

...Llueve. El cielo es gris pizarra y está arremolinado como arena. Parece un trapo mojado cuando lo retuercen para secarlo, y lo que gotea es una lluvia mugrienta que cae en ráfagas vibrantes, aplastando la hierba alta. La lluvia acribilla el suelo, y la tierra polvorienta se convierte lentamente en lodo y la lluvia tamborilea sobre el lodo, haciéndolo titilar...

Y recuerdo los trenes. Me recuerdo tendido en la cama cuando niño, envuelto en sábanas tibias, olfateando con recelo y avidez la oscuridad embrionaria de mi cuarto, y escuchando los grandes trenes que gemían y murmuraban en la estación de cargas. Me recuerdo despierto una noche tras otra,

asustado y vagamente fascinado, muy quieto para que la oscuridad no pudiera verme, y escuchando los golpes y los chirridos metálicos mientras los trenes se acoplaban y enganchaban bajo mi ventana. Recuerdo que pensaba que los trenes tenían vida, grandes bestias oscuras que venían a bailar y a perseguirse en el moteado claro de luna del mundo fuera de mi cuarto, y cuando escuchaba el clamor susurrante que hacían al pasar y sentía que mi cuarto se estremecía ligeramente en un tímido eco tenía una sensación hormigueante en el pecho y un cosquilleo en la nuca, y ansiaba verlos bailar, aunque sabía que eso no era posible. Y recuerdo que era diferente cuando miraba los trenes durante el día, pues entonces, aunque yo asía con fuerza la mano de mi madre y observaba con ojos enormes aquellos eructos de vapor y aquellos escupitajos de chispas, no eran más que grandes bestias de hierro pavoneándose ante mí; entonces no eran mágicos, ocultaban la magia que tenían adentro y fingían ser bestias de hierro y esperaban la oscuridad. Recuerdo que aun entonces sabía que los trenes sólo son mágicos de noche y sólo bailan cuando nadie puede verlos. Y recuerdo que de noche no podía dormirme hasta que me arrullaba la murmurante canción de cuna del acero y el golpeo suave y rítmico de un tren cambiando de vías. Y recuerdo que algunas noches el bramido de un tren de carga o el chillido penetrante y cruel de un silbato me hacía temblar, y me daba un frío repentino, aun bajo la protección de mi montaña de sábanas, y me sorprendía pensando en un terre-

no hinchado por la lluvia, en sangre, en lienzos negros y en alusiones esquivas a la partida de mi abuelo, y de pronto la oscuridad parecía enroscarse sobre sí misma y se volvía dura como el diamante y me presionaba los ojos tensos, y yo gemía y el silbato que se alejaba me arrebataba el sonido de la boca y lo arrastraba hacia la noche. Y recuerdo que esas veces yo fingía que me había acercado de puntillas a la ventana para mirar cómo bailaban los trenes, algo que en verdad nunca me atrevía a hacer porque sabía que de hacerlo moriría, y luego cerraba los ojos y fingía que yo era un tren, y en el ojo de mi mente yo flotaba incorpóreo en la oscuridad a poca distancia de las vías relucientes, y luego las vías empezaban a deslizarse debajo de mí, lentas al principio y luego rápidas y tensas como jarabe, y luego la oscuridad pasaba relampagueando y yo me alejaba cada vez más, envuelto por el rugido gembundo y la maligna risa de acero de un tren de carga hundiéndose la noche, oyendo cómo mi silbato chillaba con la crueldad majestuosa de un águila que cae sobre la presa y sintiendo debajo de mí la hueca vibración de las vías, y me dormía mientras me iba lejos, cada vez más lejos.

...La lluvia cesa lentamente, alejándose en el campo, peinando el terreno con dedos largos y colgantes. La hierba alta se yergue de nuevo, cabeceando ebriamente, escurriéndose el agua como un perro que se sacude para secarse después de nadar. Hay remolinos furiosos en la estela de la tormenta, que agitan la hierba aún más violentamente que las languidecientes caricias

de la lluvia. El cielo se entreabre, nubarrones negros giran rabiosos sobre un punto central, descubriendo una repentina y ancha cuña azul. Las nubes se encrespan, se bambolean y se cuajan como tierra húmeda y densa removida con una pala. El cielo es ahora un mosaico alocado donde se mezclan el azul y el gris. El viento arrecia, mordisquea el borde de las nubes deshilachadas, batiéndolas hasta volverlas suaves como copos de algodón y luego desgarrándolas. Una ancha franja de luz solar cae del vientre oscuro de las nubes, apuntando al suelo y bañándolo en un dorado fulgor de catedral, colmado de claroscuros verdes y titilantes. El efecto es similar al de la luz que atraviesa un vitral, y los objetos bañados en la luz parecen emitir un tenue resplandor, transfigurados de pronto en bronce derretido y moteado. Hay un árbol nudoso y desmelenado en el centro del estanque de luz solar, y está cubierto de pájaros mojados y malhumorados, y los pájaros, tímidamente, cautelosamente, empiezan a cantar de nuevo...

Y recuerdo que cuando niño vagaba por los bosques sin buscar nada y encontrándolo todo y esos bosques eran mágicos y esas rocas eran fuertes de pioneros y había dinosaurios pisoteando las malezas a cierta distancia y todos sabían que bajo las olas del mar nadaban dragones y el fragmento viejo y centelleante de una botella de Coca-Cola era una joya mágica que podía hacerte volar o volverte invisible y todos sabían que tenías que silbar dos veces y cruzar los dedos cuando pasabas frente a esa casa vieja y abandonada o una cosa

tembleque y escamosa te atraparía y discutías cuando te decían bang estás muerto no no me diste y tenías una pistola infalible que podía liquidar a todos los monstruos repulsivos que acechaban cerca del columpio del fondo sin agotar nunca las municiones. Y recuerdo que cuando era chico me moría por encontrar una caverna mágica y pensaba que había una caverna debajo de cada roca, y buscaba un palo largo para usarlo como palanca y sudaba y forcejeaba hasta que lograba dar vuelta la roca, y cuando no encontraba ningún túnel bajo la roca pensaba que el túnel estaba allí pero tapado por la tierra, y buscaba una pala y cavaba medio metro, un metro, buscando el túnel y la caverna mágica y luego desistía y volvía a casa para cenar habichuelas y salchichas y pan negro. Y recuerdo que una vez sí encontré una pequeña caverna escondida bajo una roca grande y no pude creerlo y me asusté y me alarmé y me enfadé y no quise que estuviera allí pero estaba, así que metí la cabeza adentro para echar un vistazo porque algo me impedía irme sin mirar y adentro estaba oscuro y caliente y muy quieto y la oscuridad parecía parpadear y creí oír susurros y movimientos y me asusté y rompí a llorar y eché a correr y conseguí un palo grande y regresé, todavía llorando, y empujé y forcejé hasta que de nuevo tapé la caverna con la roca y la escondí para siempre. Y recuerdo que el día siguiente volví a salir en busca de una caverna mágica.

...La lluvia ha cesado. Un pájaro se aleja del árbol con aleteos húmedos y regresa para posarse en una rama exterior. La rama se ar-

quea y se hamaca bajo el peso del pájaro, las hojas cargadas de lluvia. El árbol humea al sol, y un millón de gotas se transforman en joyas diminutas, prismas microscópicos, que relucen y pestañean, amando y transfigurando la luz aun mientras ésta las destruye y ellas se disuelven en invisibles volutas de vapor que suben en el aire y son absorbidas por las nubes que esperan en lo alto. El aire está húmedo y limpio y fresco; parece quejarse cuando la hierba alta lo asiera y el viento le roza la superficie con las uñas. Hay ráfagas y ventarrones después de la tormenta, y las nubes altas y brillantes están cruzadas por franjas azules e irregulares que parecen fiordos aéreos. El pájaro agita y sacude las plumas con irritación, parloteando y rezongándole a la lluvia, pero manteniéndose alerta un ojo pequeño y brillante por sí la tormenta se ofende ante ese líquido torrente de insultos y regresa rugiendo. Entre las matas de hierba el suelo se ha convertido en lodo negro, poroso como una esponja, salpicado de charcos de agua de lluvia humeante. Hay un brazo y una mano tendidos en el lodo, tan cerca que puedo distinguir la textura de la tela raída que cubre el brazo, tan cerca que la parte superior del brazo se disuelve, fuera de foco, en un borrón enorme e impreciso en una esquina del campo visual. El brazo está torcido en un ángulo abrupto y los dedos rígidos están arqueados como garras que parecen arañar el cielo gris...

Y recuerdo un día en sexto grado cuando estábamos en el guardarropa quitándonos los abrigos y los zapatones cubiertos de nieve y

yo no podía desabrocharme porque una hebilla se había congelado y Denny contaba que su padre era piloto y él esperaba que la guerra no terminara antes que él creciera porque quería matar algunos vietcongs como su padre y más tarde en el baño todos competían para ver quién la tenía más grande y la mostraban y Denny podía orinar más lejos que nadie. Recuerdo ese mediodía en vacaciones cuando estábamos jugando a patear la lata y la lata rodó ladera abajo y todos la corrimos y alguien dijo eh miren y encontramos un lugar entre unas matas de arbustos donde la hierba estaba achatada y rota y había páginas de una revista desparramadas y Denny recogió una y la abrió y era la foto de una muchacha semidesnuda y todos callaron y entonces oí a las niñas cantando en el patio mientras saltaban a la sogá y los chicos gritando y todos tenían miedo y mis ojos de la muchacha parecían mirarnos desde la foto y alguien al fin se relajó los labios y dijo qué son esas cosas puntiaguadas y no sabía la palabra y uno de los más grandes dijo tetas y él dijo sí y qué son esas cosas que se sobresalen de las tetas y yo no podía decir nada porque estaba asombrado de descubrir que las chicas tenían esas cositas pardas como nosotros sólo que las de ellas eran puntiaguadas y duras y me hacían temblar y Denny dijo diablos yo lo sabía he tenido cientos de chicas pero se relajaba nerviosamente los labios al decirlo y también respiraba de un modo raro. Y recuerdo esa tarde en que yo estaba sentado ante el escritorio cerca de la ventana y el sol estaba caliente y yo estaba sumergido en el zumbido ondulante

de la clase de matemática y no entendía nada y escuchaba menos. Recuerdo que sabía que tenía que ir al baño pero no quería levantar la mano porque nuestra profesora de matemática era una muchacha de pelo castaño y gafas y yo estaba mirando el lugar donde sabía que estaban las cosas puntiaguadas y pardas bajo la blusa y pensaba en tocarlas para ver qué se sentía y eso me hacía sentir raro y pensaba que si levantaba la mano ella me leería los pensamientos y se los contaría a todo el mundo y se pondría furiosa y me castigaría por pensar cosas malas así que yo no decía nada pero tenía muchas ganas de ir y sí miraba con atención creía verle las cosas puntiaguadas contra la tela y me puse a pensar en qué sentiría si ella las apretaba contra mí y eso me hizo sentir aún más raro y un poco hueco y descompuesto y no pude aguantar más y levanté la mano y salí del aula pero era demasiado tarde y me mojé antes de llegar al baño y no supe qué hacer así que volví al aula con los pantalones mojados y malolientes y la profesora me miró y dijo qué hiciste y yo me asusté y Denny gritó se hizo en los pantalones se hizo en los pantalones y yo dije no me salpicó el agua del tanque pero Denny gritó se hizo en los pantalones se hizo en los pantalones y la profesora se enojó mucho y todos reían y de pronto los chicos de mi clase ya no tenían cara sólo bocas que reían y yo quería enrollarme como una bola para que nadie me viera y una vez había visto a mi madre cavando en el jardín con una pala y removiendo la tierra húmeda y oscura y había allí medio gusano mezclado

con el fango que se contorsionó y retorció hasta que lo tapó la palada siguiente.

...Casi toda el agua de lluvia se ha evaporado, dejando sólo algunos charcos grandes en las depresiones chatas entre los matorrales. El lodo se está solidificando despacio bajo el sol caliente, endureciéndose en surcos, en peñascos, montañas y valles en miniatura. Una hormiga aparece en el borde del campo visual, asomando cautelosamente entre las raíces de la hierba alta, saliendo de la jungla enmarañada. Las altas hojas de hierba se yerguen sobre ella, formando una intrincada telaraña y disolviendo la luz caliente y amarilla del sol en una penumbra verde y crepuscular. La hormiga se detiene en el linde del espacio abierto y lodoso, reacia a cambiar el túnel fresco de la hierba por los peligros del terreno chato. Lentamente la hormiga se abre camino en el lodo pegajoso, sorteando un guijarro de casi su mismo tamaño. El guijarro tiene estrías de roca más oscura y un diminuto copo de cuarzo encastrado cerca de la parte superior. Los elementos lo han redondeado convirtiéndolo en un óvalo liso, excepto por una melladura en el otro extremo que expone su corteza porosa. La hormiga termina su cauta circunnavegación del guijarro y va lentamente hacia el brazo, que se le interpone en el camino. Con infinita paciencia, la hormiga empieza a escalar el brazo, resbalando en la tela viscosa, salpicada de lodo. La hormiga baja por el brazo hasta la muñeca y se detiene, tanteando el aire. Está parada en medio del vello negrecido de la muñeca, y parece vibrar las antenas. Bajo su patte-

tas se ve la gran vena azul de la muñeca. La hormiga sigue caminando por la muñeca, abriéndose paso en el vello tupido, trepando hasta la mano y atravesando resueltamente el hueco del pulgar. Lentamente, desaparece al rodear el nudillo del índice...

Y recuerdo un día cuando estaba en el primer año de la escuela secundaria y me estaba cambiando la voz y me estaba creciendo pelo en lugares inusitados y estaba en la clase de literatura y no prestaba demasiada atención aunque soy bastante bueno en literatura porque estaba enamorado de la chica que se sentaba delante de mí. Recuerdo que ella tenía piernas largas y pelo castaño y suave y una risa vibrante y el sol entraba por la ventana detrás de ella y la luz le hacía brillar muy tenuemente el vello sedoso de la nuca y yo quería tocarlo con las yemas de los dedos y quería deshacer el nudo que le sostenía el pelo sobre la coronilla y quería que el pelo de ella me lloviera en la cara suave contra la piel y me cubriera y con la luz del sol podía verle el broche del sostén bajo el vestido delgado y quería meter los dedos bajo la tela y desabrocharlo y acariciarle la piel aterciopelada. Recuerdo que sentía una agitación en el cuerpo y tenía la boca seca y dolorida y el cierre del vestido de ella estaba apenas abierto arriba y yo podía verle la textura de la piel bronceada y ver que tenía un lunar marrón en el hombro y la mano me temblaba con la ansiedad de tocarla y dijeron algo sobre Shakespeare y cuando ella volvió la cabeza para susurrarle a Denny sus ojos eran profundos y hermosos y

yo quería besarlos suavemente rozarlos con la ligereza de un ala de pájaro y Hamlet era tal o cual cosa y le entreví la lengua moviéndose húmedamente entre los labios y apretándose contra los dientes blancos y apenas podía aguantar las ganas de besarlos los labios muy suavemente y luego quisiera aplastarlos y morderlos y lastimarlos hasta que ella gritara así podría consolarla y calmarla y eso me asustó porque yo no entendía y tenía los muslos tensos y hormigueantes y la sangre me golpeaba en la base de la garganta y tal cosa sobre Elsinore y el timbre sonó estridente y yo no pude levantarme porque sólo veía la tela del vestido ceñida contra las caderas cuando ella se levantó y le miré las caderas y el vientre y los muslos mientras ella se alejaba y me pregunté cómo sería la cosa de ella y tuve miedo. Recuerdo que al fin reuní agallas para invitarla a salir durante las vacaciones y ella me miró incrédula un segundo y luego rió, sólo rió desdenosamente y se marchó sin decir una palabra. Recuerdo su risa. Y recuerdo que esa noche vagabundeaba sin rumbo por el pueblo tratando de escapar de la presión y el vacío y pasé ante un auto parado en una esquina oscura y entonces la luna asomó entre las nubes y hubo una luz que bailaba y oí los trenes de carga retumbando a lo lejos y ella estaba en el asiento trasero con Denny y estaban abrazados y ella tenía la falda levantada y vi el relámpago blanco de carne hasta los muslos y él tenía la mano bajo la blusa de ella sobre el pecho y vi los nudillos moviéndose bajo la tela y el tren de carga rugía y retumbaba al cam-

biar de vías y él la besaba y mordía y ella lo besaba con los labios apretados contra los dientes y el pelo de ella flotaba sobre ambos como una nube y el tren susurrante se alejaba del pueblo y luego él se encaramó sobre ella aplastándola y yo me descompeuse y empecé a vomitar pero me contuve porque tuve miedo del ruido y ella gemía y jadeaba de un modo que nunca le había oído a nadie y tuve que correr antes que la oscuridad me triturara y no quería hacer eso cuando llegara a casa porque después sentiría vergüenza y asco pero no sabía que tendría que hacerlo porque el estómago me temblaba y la piel me ardía y pensaba que me explotaría el corazón. Y recuerdo que al fin logré invitar al baile a Judy de mi clase de historia que era una muchacha bonita pero insulsa pero toda esa noche mientras bailaba con ella sólo podía ver a mi primer amor gimiendo y contorsionándose bajo Denny como el gusano en la tierra oscura y húmeda después del palazo mucho tiempo atrás y esa noche mientras corría hacia casa sí que el tren se perdía en la noche arrastrando consigo un silbido arrogante y cruel hasta que se transformó en un recuerdo y no quedó nada.

...La hormiga reaparece en la parte inferior del índice, se detiene, agitando las antenas inquisitivamente, y luego empieza a bajar por la palma, siguiendo el surco profundo conocido como línea de la vida hasta llegar a la muñeca. Por un momento parece que la hormiga desaparecerá en el espacio entre la muñeca y el puño deshilachado y ensangrentado de la camisa, pero cambia de parecer

y sigue bajando por la muñeca hasta el suelo. La hormiga forcejea un instante en el lodo pegajoso, y luego avanza resueltamente por el suelo seco. En el borde del campo visual, justo antes del borrrón que es la parte superior del brazo, está el borde mellado y pedregoso del agujero abierto por una esquirra. Sobre el labio del agujero, groseramente desproporcionado a esta distancia, está la mitad de un gusano enorme, parcialmente cubierto por la tierra recién movida arrojada por una explosión. La hormiga tanea el gusano con suspicacia...

Y recuerdo la sala de espera de la estación de tren y el peso de la maleta en mi mano y el modo en que el vozarrón de hierro rodaba ininteligiblemente en el cielorraso alto mientras el jefe de estación anunciaba los trenes que llegaban y el aire estaba impregnado de humo de cigarrillos y cigarrillos y el enorme ventilador traqueteaba en vano para disipar parte de esa niebla asfixiante y el lugar apesta a orina y vejez y un perro viejo se movía y gemía en su antiguo sueño mientras se acurrucaba contra un radiador igualmente antiguo que siseaba y jadeaba y eructaba chorros de vapor blanco y yo estaba de pie junto a la puerta mirando el manto de nieve espesa que caía sobre el pueblo dormido con la pesada invulnerabilidad de una mujer encinta. Recuerdo que miré hacia el túnel y luego hacia afuera donde el acero reluciente de las vías desaparecía en la oscuridad y de pronto pensé que se parecía a una caverna mágica y luego me pregunté si yo había pensado que eso tenía gracia y quise reír sólo que también quería llorar y no po-

día hacer ninguna de ambas cosas y en cambio ceñí la cintura de Judy con el brazo y la atraje hacia mí y le besé el hueco sedoso de la garganta y sentí el hueso filoso de su cadera clavándose en el mío y no me importó porque ese dolor era placentero y de pronto sentí la delicada dureza de sus senos contra las costillas y su brazo que se cerraba protectoramente alrededor de mí y sus uñas que me mordían bruscamente el brazo y supe que ella trataba de no llorar y que si yo decía algo la haría llorar y tendríamos esa escena embarazosa que ambos tratábamos de evitar así que no dije nada sino que la abracé y le besé los ojos suavemente y supe que la gente nos miraba burlonamente y me importó un rábano y supe que ella me quería y quería que me quedara y ambos sabíamos que yo no podía quedarme y alrededor de nosotros había otros diez muchachos que sufrían escenas similares con sus novias o parientes y todos estaban abatidos y pálidos y consternados y trataban de fingir despreocupación y naturalidad y tantas mujeres trataban de no llorar que la humedad de la estación temblaba en el punto de saturación. Recuerdo a Denny de pie cerca de la puerta con un pie apoyado en la maleta luciendo sus dientes demasiado ancha y apestando a colonia barata mientras contaba a su reducido grupo de admiradores con voz excesivamente alta que le importaba un bledo si lo mandaban o no porque se había montado a una hembra y el viejo trataba de echarle el guante y éste era un buen modo de largarse del pueblo

y el gobierno lo protegería del viejo y en un año él regresaría hecho una celebridad y las cosas se habrían calmado y él podría empezar de nuevo a coleccionar cueros cabelludos de mujeres y además su padre había estado allá y había sido un héroe y él podía hacer cualquier cosa mejor que ese viejo cretino y además odiaba a esos malditos amarillos y ya les daría una lección a esos comunistas. Recuerdo que el tren entró silenciosamente y que aún parecía una gran bestia de hierro aunque ahora era una bestia silenciosa sin humo ni chispas pero con la magia aún escondida adentro aunque yo ahora sabía que podía ser una magia negra y luego tuvimos que abordarlo y me despedí de Judy diciéndole que la amaba y ella me besó diciéndome que me esperaría y no sé si decíamos la verdad o si sabíamos cuál era la verdad y luego Judy rompió a llorar y yo fui engullido por la bestia de hierro y nos alejamos rugiendo del pueblo y atravesamos la telarafa de rieles y traqueteamos al cambiar de vías y vi mi vieja casa y pude ver mi vieja ventana y casi imaginé que podía verme a mí mismo cuando niño con la nariz apretada contra la ventana mirando cómo su yo más grande se alejaba y sin que ninguno de los dos sospechara que el otro estaba allí y nunca tendríamos agallas suficientes para ver cómo bailaban los trenes. Y recuerdo que durante ese largo viaje en tren oía en alguna parte la voz estrepitosa de Denny hablando de que no veía el momento de llegar allá y que había oído que cazar amarillos era aún mejor que cazar negros y para colmo gratis y él pescaría a un comunista no veía el

momento de pescar a uno y mientras el tren cruzaba las fértiles y anchas tierras de labranza del Medio Oeste lo último que sentí antes de dormirme esa noche fue el olor húmedo de la tierra removida.

...La hormiga olisquea el gusano desdefeando y luego sale del campo visual. Ahora el único movimiento es la ondulación de la hierba alta y el revoloteo de los pájaros en el árbol desmelenado. Se está nublando de nuevo, los cúmulos se apilan en el horizonte y ruedan por el cielo. Dos formas grandes aparecen cerca del árbol desmelenado en el otro extremo del campo visual. El canto de los pájaros cesa como apagado por un interruptor. Las dos formas merodean inciertamente cerca del árbol desmelenado, entreabriendo la hierba. El ángulo del campo visual produce un efecto de miopía, y cuesta discernir qué son esas figuras. Hay una orden abrupta, y la voz humana suena extrañamente aguda bajo el suspiro del viento. Las dos figuras se alejan del árbol desmelenado, avanzando a través de la hierba. Son enfermeros; soldados ojeros y sucios con grandes cruces rojas pintadas en los cascos y los brazaletes y una barba de varios días. Lucen cansados, tensos, asustados y resueltos, y avanzan con rapidez, agazapados, buscando algo en el suelo y lanzando frecuentes miradas cautelosas por encima del hombro. Cuando se acercan parecen crecer y crecer, alargándose hacia el cielo mientras sus movimientos adquieren perspectiva. Se detienen a pocos metros y se agachan, alzando un cuerpo que estaba oculto por la

hierba alta. Es Denny, la cabeza despedazada, los ojos desencajados horriblemente abiertos. Los enfermeros depositan el cuerpo de Denny en la hierba y se agachan junto a él, manipulando cosas. Por último se levantan, echan una mirada apresurada en torno y siguen avanzando. Las dos figuras sucias se hinchan hasta que prácticamente cubren todo el campo visual, y alrededor de ellos sólo se ven retazos de cielo y de terreno. Los enfermeros se detienen a un paso. La bota de combate cuarteada, vapuleada y embarrada del enfermero domina ahora la escena, enorme como una montaña. Desde la bota de combate, la pierna del enfermero parece estirarse increíblemente hacia el cielo, como una planta de habichuelas con uniforme, y la cabeza y el casco que flotan en lo alto son formas borrosas. El otro enfermero no se ve más, pues ha salido del campo visual. Se oye su respiración hueca y algunas obscenidades dichas en voz baja. El primer médico se agacha, y su mano enorme parece caer del cielo, y toca el brazo, alzando la muñeca para tomar el pulso. El médico sostiene la muñeca un rato y luego la suelta con un suspiro. La muñeca cae flojamente en el lodo pegajoso y frío, con un chasquido. La mano del médico se hincha en la dirección del brazo, y luego desaparece un instante del campo visual, aunque su muñeca permanece vagamente visible y su brazo parece estirarse como una carretera en la distancia. El médico tirona, y su mano regresa aferrando una opaca medalla de identificación. Las dos manos del médico desaparecen del campo visual. Las manos abren la

mandíbula, metiendo la medalla entre los dientes, y el metal es frío y viscoso contra la lengua y las encías. De nuevo cierra las mandíbulas con firmeza, y la medalla sabe enorme e inmóvil dentro de la boca. El mundo es ahora la cara del médico, que se eleva como un peñasco escabroso a pocos centímetros, los ojos irritados y trémulos, enormes como lunas; la boca, floja de agotamiento, hueca e insondable como una caverna mágica para un niño. El médico tiene halitosis, y su aliento está lleno del olor de rica podredumbre de la tierra recién removida. El médico estira dos dedos que ocupan enteramente el campo visual, bloqueando inclu-

so el cielo. Las yemas de los dedos del médico son ahora las únicas cosas del mundo. Están manchadas y sucias y una tiene una cicatriz blanca en los verticilos. Las yemas de los dedos del médico tocan los párpados y los bajan delicadamente. Y ahora sólo hay oscuridad...

Y recuerdo cómo rompía el alba en el cielo del este, el rubor rosado que se extendía despacio y teñía la negrura nocturna, ahuyentando la oscuridad, borrando las estrellas. Y recuerdo cómo te mira una mujer cuando te ama, y el sonido que hace un gatito cuando es feliz, y cómo los copos de nieve se disuelven y derrieten contra una ventana tibia en invierno. Recuerdo. Recuerdo.

Título del original en inglés: *A Dream at Noonday*. © 1970, Damon Knight.
Del libro *The Visible Man*, © 1977 by Gardner R. Dozois. Traducción de Pedro Kavalán.

Muebles antiguos, estatuillas griegas, madonnas góticas, maestros antiguos y modernos son fraguados, copiados y falsificados constantemente, y el valor que adjudicamos al objeto no está determinado por la apreciación estética y el placer visual sino por el juicio precario y falible de los expertos. Y siempre será falible por la buena y sencilla razón de que el genio no consiste en el perfecto ejercicio de una técnica, sino en su invención; una vez que la técnica se ha establecido, discípulos e imitadores diligentes pueden realizar obras en ese lenguaje, a menudo imposibles de distinguir de las del maestro, y a veces técnicamente superiores.

Hace algunos años, en un baile de disfraz —creo que en Montecarlo— se organizó una competencia para decidir cuál de los invitados disfrazados de Charlie Chaplin se parecía más al original. Chaplin en persona estaba entre ellos, y sólo ganó el tercer premio. En 1962, el museo Fogg de Harvard organizó una exhibición privada para expertos. Algunas piezas eran falsas, otras genuinas; los invitados debían decidir cuál era cuál. Entre ellas se incluían un retrato original de Annibale Carracci, uno de los pintores más influyentes del barroco italiano, y una copia contemporánea del mismo; también un dibujo original de Picasso de la Madre y el Niño, y dos falsificaciones. El resultado fue similar al de la competencia de Chaplin; entre los que eligieron una falsificación estaban el presidente del Departamento de Arte de Princeton y el secretario del Fogg; el director del Metropolitan rehusó someterse a la prueba, mientras que otros peritos "hicieron anotaciones en papeles, compararon sus veredictos con los resultados oficiales, y arrugaron sus papeles en silencio".

Repito: la principal característica del genio no es la perfección, sino la originalidad, la apertura de nuevas fronteras; una vez que lo consigue, el territorio conquistado se vuelve propiedad común. El hecho de que ni siquiera expertos profesionales puedan señalar la diferencia de mérito artístico entre el verdadero y el falso Picasso, Caracci, o Vermeer, es prueba concluyente de que tal diferencia no puede ser percibida por el ojo del profano.

(*The Act of Creation*,
© Arthur Koestler 1964, 1969.)



R. A. LAFFERTY

CRISÓLITO ENTERO Y PERFECTO

Así como entramos y salimos de los continentes de la imaginación, podemos entrar y salir de los continentes del mapa.

Ilustración de Raúl Ponca

Habiendo alcanzado la perfección, nos sentimos ligeramente turbados. Nos viene el impulso de mirar hacia abajo desde nuestra altura. Creamos nuestro propio lugar y no hay nada debajo de nosotros; pero en nuestra imaginación hay abismos y animales debajo de nosotros. Mirar hacia abajo fomenta cultos extraños.

Hay cultos de las tierras de más allá y los pueblos de más allá. Los irlandeses, americanos y africanos son respetables entidades filosóficas e industriales, pero los cultos van un poco más lejos. Cualquier añadidura al mundo corrompería el mundo perfecto que es el pensamiento perfecto del Hacedor. Si en verdad hubiera una Africa, si hu-

ciera una Irlanda, si hubiera una América o una Atlántida, si hubiera las Indias, entonces no seríamos lo que somos. La entidad tripartita que es el ecumeno se partiría; el habitable mundo-isla, el único ojo en la cabeza que es el mundo-globo sería vaciado.

Hay quienes dicen que nuestro mundo racional y perfecto debería despeñarse en la vasta geografía inconsciente de la submente, en la fauna estrambótica y los continentes increíbles de la imaginación torturada y las leyendas negras. Pretenden que esto nos daría profundidad.

No necesitamos profundidad. Necesitamos elevación. ¡Olvidemos las subcosas de la submente, y

exaltémonos a nosotros mismos! Y nuestra turbación pasará.

Audifax O'Hanlon,
Filosofía de la exaltación

El *Creyente verdadero* navegaba rumbo al este bordeando la costa a los quince grados de latitud norte y veinticuatro grados de longitud este. Al norte del barco estaba la bella Costa del Cinamomo de Libia, con sus maravillosas playas y espléndidos hoteles pardos en la distancia. Al este, al sur y al oeste estaban las olas de cresta blanca que rodaban sin cesar. El *Creyente verdadero* navegaba en el confin más meridional del ecumeno, el mundo habitable y habitado.

August Schackleton bebía Bomba Romana de una botella panzona y aullaba de felicidad mientras hacía girar el timón del *Creyente verdadero*.

—Es cosa de niños —gritó—, pero nunca hubo aguas más bellas donde hacerlo. Tratamos de invocar espíritus exteriores. Tratamos de convocar espíritus interiores y tierras. Es una extravagancia infantil. ¿Por qué lo hacemos, Boyle, sino por divertirnos?

—¿Tiene que haber otra razón, Shackleton? Bien, la hay, pero encaramos el asunto torpemente y sin saber lo que hacemos. El problema de los humanos [algo que aparentemente nadie desea advertir] es que somos una especie que nunca ha tenido una cultura adulta. Sentimos esa carencia cada vez más, a medida que nos volvemos verdaderamente adultos en otros sentidos. Estirar la infancia eternamente se vuelve tedioso. Las diversiones fáciles, la racionalidad fácil, los gobiernos y ciencias, fáci-

les son en verdad cosas pueriles. Las dominamos mientras aún somos niños, y miramos más allá. No hay nada más allá de la puerilidad, Shackleton. De algún modo debemos encontrar una visión más profunda. Ese algo más profundo es lo que buscamos aquí.

—¿Cómo? ¿Lanzándonos a una travesura que es infantil aún para los niños, Boyle? Sentí vergüenza ante mis hijos cuando confesé en qué me divertiría. Primero estaban esas sesiones espiritistas. Si allí invocamos a algunos espíritus, por cierto eran espíritus pueriles. Y ahora este viaje en el *Creyente verdadero*. ¡Estamos buscando el origen geográfico de ciertas imágenes colectivas inconscientes! ¡Es natural que los niños se burlen de nosotros! En fin, no nos avergoncemos demasiado. Es un entretenimiento colorido y estimulante, pero no adulto.

Los otros cuatro integrantes del grupo, Sebastian Linter y las tres esposas, Justina Shackleton, Luna Boyle y Mintgreen Linter, nadaban en el océano azul. El *Creyente verdadero* navegaba muy despacio y los cuatro nadadores estaban atados a cabos de los aparejos.

—¡Hay algo raro en el agua! —le dijo de pronto Justina Shackleton al esposo—. Hay algas en ella, y no debería haberlas. Hay cañas en ella, y hierbas de pantano. Hay lodo. ¡Y hay un limo verde!

—Has perdido tu encantadora cabeza, primor —le respondió Shackleton—. Es agua azul y cristalina frente a una costa arenosa. Veo peces a veinte metros de profundidad. Es cristalina.

—¡Te digo que está lleno de limo verde! —replicó Justina—. Es tan

grueso y denso que casi me arranca de la línea. Y los insectos son tan molestos que debo permanecer sumergida.

Pero estaban frente a la Costa del Cinamomo de Libia. Olfían la arena tibia y los jardines irrigados de la costa. Jamás había lodo, limo ni insectos frente a la Costa del Cinamomo. Todo era límpido y brillante como un cristal móvil y viviente.

Sebastian Linter nadaba en el costado del barco que daba al mar. De pronto trepó por las sogas a la cubierta del barco, y sangraba.

—¡Es fangoso, Shackleton! —jadeó—. Está lleno de babosas y es peligroso. Y ese marrano con colmillos pudo haberme matado. ¡Sácalas a todas del agua!

—Linter, puedes ver con tus propios ojos que es límpida por todas partes. Límpida, y profunda, y serena.

—Claro que veo que es así, Shackleton. Sólo que no es así. Lo que estamos buscando ya ha empezado. La ilusión ya ha afectado a todos los sentidos excepto la vista. ¡Reacciona, Shackleton! ¡Sácalas del agua! Las serpientes o los cocodrilos las atacarán; las alimañas que rotozan en el fango las atacarán; y si tratan de llegar a la costa, las fieras saltarán sobre ellas y las harán pedazos.

—Linter, estamos a dos mil metros de la costa y todo es límpido. Pero tú estás perturbado. Yo también. El barco acaba de encallar, y aquí hay cincuenta metros. ¡De acuerdo! ¡Ordeno a todas que salgan del agua excepto a mi esposa! A ella le pido que salga. Soy incapaz de ordenarle nada.

Las otras dos mujeres, Luna

Boyle y Mintgreen Linter, salieron del agua. Y Justina Shackleton no.

—En un rato, August, saldré en un rato —dijo Justina—. Estoy en medio de una enigma y quiero estudiarlo un poco más. August, ¿una alucinación puede partirte en dos? Por cierto lo está intentando.

—No lo sé, primor —le respondió dubitativamente August Shackleton.

Luna Boyle y Mintgreen Linter habían salido del agua trepando por las cuerdas. Luna estaba cubierta de limo verde y sangraba por varios lados. Mintgreen estaba cubierta de algas y fango, y tenía los pies y las manos lacerados. Y brincaba de dolor.

—¿Tienes el pie rojo, querida? —preguntó solícitamente Sebastian Linter—. Pero desde luego es una ilusión.

—Tengo la clara ilusión de que me rompí el pie —moqueó Mintgreen—, y tengo la ilusión de que me duele mucho. ¡Pez-grasa sangrante, ojalá fuera real! No podría dolerme tanto.

—¡Oh, sensiblería elephantina! —rugió Boyle—. Estas ilusiones son descabelladas. No puede haber tales criaturas pululando a nuestro alrededor. No estamos experimentando nada.

—Pues sí, Boyle —dijo Shackleton nervioso—. Y tu expresión es curiosa en estas circunstancias. Pues el elefante fue histórico en la India que existe, fue fantástico en la India de más allá que es fantástica, y es aún más extravagante en su avatar africano. En un instante trataremos de invocar el elefante africano, que tiene el doble de masa que el elefante hindú histórico. Ahora el barco cruje terriblemente

y hasta podría partirse si esto continúa, pero los naipes no indican contacto físico. De acuerdo, los cinco que estamos en cubierta juntaremos las cabezas para esto. ¡Damos también tu cabeza, Justina!

—Tómala, toma mi cabeza. De cualquier modo estoy por dejarle mi cuerpo a este tragón de fauces abiertas. ¡August, esto es real! No me digas que imagino este olor.

—Todos trataremos de imaginar ese olor, y otras cosas —afirmó August Shackleton mientras descorchaba otra botella de Bomba Romana. En el mundo visible aún estaba la Costa del Cinamomo de Libia, y los océanos azules que se extendían sin cesar. Pero en otro mundo visible, que no guardaba ninguna relación con el primero y ocupaba un espacio absolutamente diferente (aunque ambos ocupaban espacio total), estaban los verdes pantanos de África, las costas con juncos que a veces se prolongaban en junglas y a veces en sabanas, contra un horizonte de montañas lunares, el aire a veces turbio de niebla y a veces claro con una luz abrasadora, los cincuenta niveles de ruidos, los cien niveles de color.

—El ámbito está bastante completo aun antes que empeemos —ronroneó Shackleton. Algunos de ellos bebían Bomba Romana y otros Canario Verde mientras se preparaban para la aventura psíquica.

—Nosotros iniciamos la invocación —dijo Shackleton—, y la invocación se inicia con palabras. Nuestro pequeño grupo ha participado en varias clases de investigación, tontas tal vez, para descubrir si hay (o, más importante aún, para tener la certeza de que no hay)

áreas y criaturas físicas más allá del ecumeno cerrado. Hemos tenido experiencias alucinantes, hemos celebrado sesiones espiritistas. Estas sesiones fueron especialmente grotescas, y creo que a todos nos causaban inquietud y culpabilidad. Nuestra Fe nos prohíbe invocar espíritus. Pero ¿dónde nos prohíbe invocar geografías?

—¡Olviden un poco las invocaciones! —chilló Justina desde el agua—. El tragón acaba de mordirme el tobillo izquierdo. Espero que no le guste mi sabor.

—Durante siglos ha sido un misterio —dijo August (un poco alterado por el vulgar exabrupto de su esposa)— que del inconsciente de la gente surgieron ideas sobre continentes que no están en el mundo, continentes con una flora y una fauna muy imaginarias, continentes con gente muy imaginaria. Es otro misterio que estos continentes e islas psíquicos contaran con algún crédito, y que personas aparentemente cuerdas hayan declarado que los visitarón. El misterio más hondo es África. África, en tiempos de los romanos, era una subdivisión de Mauritania, que era una subdivisión de Libia, una de las tres partes del mundo. Y sin embargo toda la costa de Libia ha sido registrada correctamente en los mapas durante tres mil años, y no hay ninguna África más allá, ni junta ni separada. Demostramos que esa noción es descabellada navegando en un océano límpido en medio de ese presunto continente.

—Más aún, demostramos que esa noción es descabellada encallando en un pantano en medio de ese continente imaginario y viendo que el continente empieza a

formarse alrededor —dijo Boyle. Y el Canario Verde le sabía raro. En el aire había una acidez chillona, y algo escalofriantemente extraño en el sabor del licor.

—Esto parece algo imaginado por Carlo Forte —rió Linter.

—El ámbito continental se forma alrededor de nosotros —dijo Shackleton—. Ahora invocaremos las criaturas. Primero invoquemos a los animales grandes, el rinoceronte, el león, el leopardo, el elefante, que tienen todos congéneres asiáticos; pero los de esta África contingente tendrán la mitad o el doble del tamaño, y serán incomparablemente feroces.

—Los invocamos, los invocamos —salmodiaron todos, y las criaturas invocadas se manifestaron borrosamente.

—Invocamos el hipopótamo, el behemot acuático, con esa mole enorme y cómica, con ese hocico de pala y esos ojos saltones como bolas grandes...

—¡Basta, August! —chilló Justina Shackleton desde el agua—. No sé si el hipopótamo es travieso o no, pero en cualquier momento me aplastará.

—¡Sal del agua, Justina! —ordenó August con severidad.

—No saldré. No queda ningún barco adonde subir. Todos ustedes están sentados en un enorme árbol caído y resbalos sobre el agua, y tienen a los tragones de fauces largas y las boas muy cerca de las piernas y el cuello.

—Sí, supongo que sí, si uno lo mira de ese modo —dijo August—. Ahora que todos invoquen a los animales concebidos con humor macabro, la jirafa cuyo cuello solo es más largo que un caballo, y la ce-

bra que es un caballo con traje de payaso.

—Los invocamos, los invocamos —salmodiaron todos.

—La cebra no es tan graciosa como yo la imaginaba —se quejó Boyle—. Nada es tan gracioso como yo imaginaba.

—Invoquemos la gran serpiente que pesa mil veces más que otras serpientes y puede engullir un asno salvaje —incitó Shackleton.

—La invocamos, la invocamos —salmodiaron todos.

—August, la tienes encima de la cabeza, bajando de esa mimosa gigante —chilló Justina desde el pantano—. Hay diez metros de serpiente acechándote.

—Invoquemos el cocodrilo —canturreó Shackleton—. No el pequeño cocodrilo del Río de Egipto, sino el gran cocodrilo del corazón del África, capaz de engullir una vaca.

—Lo invocamos, lo imaginamos, lo llamamos a él y los pantanos y estuarios donde vive —salmodiaron todos.

—Calma con ése —chilló Justina—. Me ha estado devorando a pequeñas dentelladas. Ahora me está devorando a grandes dentelladas.

—Invoquemos el avestruz —canturreó Shackleton—, el pájaro que pesa mil veces más que otros pájaros, que tiene un metro de altura más que el hombre, que patea como una mula, el pájaro que es demasiado pesado para volar. Me pregunto qué delirio inventó una fauna salvaje que la africana.

—Lo invocamos, lo invocamos —salmodiaron todos.

—Invoquemos el gran mono que

camina, que pesa tres veces más que el hombre —canturreó August—. Invoquemos uno un poco más pequeño, con dos tercios del tamaño humano, que sonríe y farfallea y entiende el habla, que podría hablar si lo deseara.

—Los invocamos, los invocamos. —Invoquemos el tercero de los grandes monos, que tiene cara perruna y trasero rojo.

—Lo invocamos, lo invocamos, pero su lugar son las historietas.

—Invoquemos al monstruo benigno, el okapi, que está hecho con partes del antílope y el camello y la jirafa contingente, y que también usa un traje rayado de payaso.

—Lo invocamos, lo invocamos.

—Invoquemos los multitudinarios antílopes, el kudú, el nyala, el hartebeest, el órix, el bongo, el klipspringer, el gemsbok, todos tan inapropiados para una zona cálida, todos tan grotescas imitaciones del pequeño antílope alpino.

—Los invocamos, los invocamos.

—Invoquemos el búfalo que es más grande que todos los demás búfalos y bovinos, que tiene cuernos anchos como un escudo. Invoquemos el cuaga, cuya presunta apariencia no recuerdo, pero que sin duda no es vulgar.

—Los invocamos, los invocamos.

—¡Llegamos a la cúspide! Invoquemos el grupo más antropomórfico de todo el inconsciente: hombres en verdad, que son negros como la medianoche en un bosquecillo de castaños, que tienen tobillos y metatarsos y piernas ágiles para poder correr y brincar extraordinariamente, que tienen pelo crespo y físico corpulento. Invoquemos a otra variedad, que

tiene la mitad de la estatura de los hombres. Invoquemos a una tercera especie que es baja de estatura y tiene caderas enormes.

—Los invocamos, los invocamos —salmodiaron todos—. Todos son caricaturas desde el principio.

—Pero, ¿pueden todos estos animales aparecer al mismo tiempo? —protestó Boyle—. Aun en un continente contingente extraído del inconsciente de las personas habría variedad en el clima y la topografía. No todas estarían juntas.

—Esto es rapsodia, esto es panorama, esto es África —dijo Luna Boyle.

Y estaban en pleno corazón de África, en el tronco resbaloso de un árbol partido que flotaba sobre un pantano verde. Y los animales estaban alrededor de ellos en la jungla y las sabanas, en la costa, y en el pantano verde. Y había un hombre negro como la medianoche, la cara transida de emoción.

Justina Shackleton soltó un chillido enorme cuando el cocodrilo la partió en dos. Aún chillaba desde adentro de la bestia voraz, como una chillaría bajo el agua.

El Ecumeno, el mundo isla, tiene forma de huevo, 110 grados de Este a Oeste y 45 grados de Norte a Sur. Está dividido en tres partes, Europa, Asia y Libia. Está dividido por el mar penetrante, Europa de Asia por los Mares Ponto e Hircanio, Asia de Libia por el Mar Pérsico, y Libia de Europa por el Tirreno y el Jónico (el Complejo Mediterráneo). El lugar más occidental del mundo es La Coruña en Iberia o España, el más septentrional es Jarkovsk en Escri-

tia o Rusia, el más oriental es Sining en Han o China, y el más meridional es la Costa del Cinamomo de Libia.

El primer mapa del mundo, preparado por Eratóstenes, era así; y era perfecto. Ya proviniera de una revelación primitiva o de una exploración temprana, era correcto excepto en detalles menores. Aunque la Gran Bretaña parece haber sido registrada como una isla y no como una península, esto podría ser el error de un copista antiguo. Una Gran Bretaña no unida al Continente se agostaría, tal como una rama arrancada del árbol se agosta y muere. Las islas no sobreviven.

Todas las islas se esfuman, viajan a la deriva y desaparecen. A veces reaparecen por poco tiempo, pero no hay vida en ellas. El jugo de la vida sólo fluye por el continente. Es la ÚNICA TIERRA. LA TIERRA VIVIENTE Y SAGRADA. LA JOYA ENTERA Y PERFECTA.

Así, a veces se ve Irlanda, o el Alto Brasil, o las tierras rocosas americanas; pero no siempre se ven en los mismos lugares, y no siempre tienen la misma apariencia. No tienen vida ni realidad.

Las geografías e historias secretas de la Sociedad Americana y la Sociedad Atlántida y otros grupos son objetos arcanos, simbólicos y farragosos, formas para el iniciado; contienen analogías, no realidades.

El ecumeno debe crecer, desde luego, pero crece hacia adentro en intensidad y significación; su forma no puede cambiar. La forma está determinada desde el principio, tal como la forma del hombre está determinada antes que el naz-

ca. Un hombre no crece mediante el agregado de más extremidades o cabezas. Que al ecumeno le crecieran apéndices sería tan grotesco como si al hombre le creciera una cola.

Diógenes Pontífex,
El mundo como perfección

August Shackleton rió nerviosamente cuando su esposa fue partida en dos y una mitad fue engullida por el cocodrilo; y la mano con que sostenía el Bomba Romana tembló. En verdad, el espectáculo tenía algo de inquietante. Ese chillido entrecortado de Justina Shackleton era alarmante y desagradable.

Una vez Justina se había puesto histórica en una sesión espiritista cuando los fantasmas y aparecidos eran más o menos convencionales, pero August nunca estaba seguro de la sinceridad de esa histeria. En otra ocasión había desaparecido varios días después de una sesión, de un cuarto cerrado con llave, y había vuelto con una historia extravagante sobre su viaje a la tierra de los espíritus. Ella era el colmo de la exageración y lo payasesco, y eso de aparecer tronchada en dos era típico de sus creaciones.

Y de pronto todos fueron explosivamente creativos, y los patrones subjetivos de cada uno se mezclaron con los demás para producir un caos aullante. Lo que había sido la nave *Creyente verdadero*, lo que había sido el tronco resbaladizo y flotante, ahora se había sumergido peligrosamente en el pantano. Todos querían mirar de cerca.

Había chillidos y trompetazos, había colores y efusiones y zarandeos. El cocodrilo bramaba como

un toro, no como Shackleton creía que debía sonar un cocodrilo. Pero alguien tenía la idea de que un cocodrilo debía bramar así, y ese alguien había impuesto su ideación a los demás. Criaturas no equinas relinchaban, y animales enérgicos loriqueaban y moqueaban.

—¡Regresad, regresad! —aullaba el hombre negro—. Aquí moriréis todos.

Su rostro era una verdadera máscara negra de la Noche de Carnaval: un miembro del grupo daba rienda suelta a las formas más estereotipadas de su imaginación. Pero lo incongruente del hombre negro era que les farfullaba en francés, un mal francés, como si fuera una segunda lengua que no dominaba. ¿Quién de ellos tenía conocimientos lingüísticos como para inventar un francés negro al instante? Luna Boyle, desde luego, pero ¿por qué había puesto un francés grotesco en labios de un negro del África contingente?

—Regresad, regresad —exclamaba el hombre negro. Tenía un viejo rifle del siglo pasado y con él le disparaba al cocodrilo.

—También le está disparando a Justina —rió Mintgreen con demasiada alegría—. La mitad de ella está en ese bicho con forma de dragón. ¡Oh, vaya si nos contarán historias sobre esto! Es la más imaginativa de todos nosotros.

—Rescatémosla y rehagámosla —sugirió Linter. Todos gritaban con demasiada estridencia y demasiado nerviosismo—. Se está perdiendo la mejor parte.

—Oye, hombre negro —gritó Shackleton—. ¿Puedes rescatar a la mitad de mi esposa de ese bicho y rehacerla?

—Oh, gente blanca, gente blanca, esto es real y esto es muerte —gimió pensosamente el hombre negro—. Esta es una zona salvaje y cerrada. No tendríais que estar aquí. No importa cómo habéis llegado, no importa cuál es la forma real de esa corteza o árbol donde corréis tanto peligro, idos de aquí si podéis. No sabéis vivir aquí. ¡Gente blanca, idos! Vuestras vidas peligran.

—No puede dar órdenes a una fantasía —dijo August Shackleton—. Fantasía del hombre negro, te ordeno que saques la mitad de mi esposa de esa criatura agonizante y la unas de nuevo.

—Oh gente blanca y ebria, no puedo hacerlo —gimió el hombre negro—. Ella está muerta y vosotros broméis y bebéis Pájaro Verde y Bomba y graznáis como niños enloquecidos en un sueño.

—Estamos en un sueño y tú perteneces al sueño —dijo Shackleton sin inmutarse—. Y podemos experimentar con las criaturas de nuestro sueño. Para eso estamos aquí. ¡Ten, toma una botella de Bomba Romana! —Se la arrojó al hombre negro, que la atajó.— Bébela. Me interesa ver si es posible la interacción de una imagen de sueño con una sustancia física.

—Oh gente blanca y ebria —gimió el hombre negro—. El lugar de las aguas no es lugar para vosotros. Excitáis a los animales y ellos matan. Cuando están excitados aun yo corro peligro, aunque normalmente camino entre ellos sin riesgo. He tenido que matar el cocodrilo que es mi amigo. No quiero matar más. No quiero que maten a otro de vosotros.

El hombre negro usaba botas y chaqueta como las que venden en

las tiendas deportivas, tal vez por la cuidadosa imaginación de Boyle, que adoraba los trajes de cazador. La máscara negra de Noche de Carnaval estaba contorsionada de sufrimiento y aprensión, pero el hombre negro bebió el Bomba Romana nerviosamente mientras les suplicaba que se fueran de ese lugar.

—Notarán que la forma del cráneo es totalmente humana y la posición completamente erecta —dijo Linter—. También notarán que es menos velludo que nosotros y que tiene labios gruesos, mientras que el sínio grande de la izquierda es más peludo y de labios finos. Yo había pensado que eran la misma criatura interpretada de modos diferentes.

—No, tú imaginas que son como aparentan —dijo Shackleton—. Lo que estamos presenciando todos es el modo en que tú imaginas a esos dos criaturas.

—Pero fíjate en la configuración de los temporales y la mandíbula —protestó Linter—. No es lo que yo suponía.

—Tú eres el único de nosotros que sabe sobre temporales y mandíbulas —dijo Shackleton—. Te digo que es obra de tu propia imaginación. Tú lo estructuraste, todos le dimos esa convencional máscara negra de Noche de Carnaval, Boyle lo vistió y Luna Boyle le dio el habla. Es producto de nuestro esfuerzo mancomunado. ¡Observen, todos! ¡Ahora se vuelve peligroso, hasta impulsivo! ¡Caramba, me estoy volviendo tan histérico como mi esposa! El sueño es tan vívido que me tiene atrapado. Ah, es una grandiosa experiencia de investigación, pero dudo que quiera

volver a vivirla. ¡Maldición verde! ¡Esto se vuelve peligroso de veras! ¡Cuidado!

Ah, se había vuelto peligroso: un pandemonio africano y salvaje que graznaba y chillaba y ladraba, una mancha verde y parda de colores en movimiento, un hedor punzante y animal de temor y muerte, un olor acre a miedo humano.

Un león atravesó el lugar de las aguas, derribando una gacela con cuernos en los bajos cenagosos y hundiendo el hocico en la sangre de color ardiente. Un hipopótamo emergió del agua, un behemot de las profundidades. Unas jirafas se irguieron como grúas alocaidamente articuladas y galoparon desgajadamente entre los árboles.

—¡Basta! —Mintgreen Linter, asustada, tomó la iniciativa, y salmodió—. ¡Que pase la pesadilla del mediodía! El dragón-cocodrilo y el behemot.

—Los conjuramos, los conjuramos —salmodiaron todos con diversa voz.

—Que desaparezcan el hombre negro y el simio negro, y todas las cosas negras de la tierra verdinegra.

—Los conjuramos, los conjuramos —salmodiaron. Pero el hombre negro ya estaba bajo los cascos y los cuernos de un búfalo, muerto, y el último disparo de su rifle aún resonaba; había tratado de evitar que el búfalo volcara el tronco flotante y arrojara a toda la gente blanca al pantano asesino. El gran simio también se había ido, aterrado, para volver a la sabana de hierbas altas. Muchas de las otras criaturas también se habían esfumado o difuminado, y de nuevo había olor a agua salada y a

lejanas playas de arena caliente en el aire.

—Que se vaya el león que ruga de día —dijo Luna Boyle reanudando el conjuro—, y el leopardo que es Pan-Tera, el todo-animal de la grotesca mitología. Que se vayan las serpientes trituradoras, y el avestruz gigante, y el caballo con traje de payaso.

—Los conjuramos a todos, los conjuramos a todos —salmodiaron a coro.

—Que el *Creyente verdadero* se forme de nuevo bajo nuestros pies en la estructura que nosotros vemos y conocemos —canturreó August Shackleton.

—Lo invocamos, lo invocamos —salmodiaron, y el *Creyente verdadero* despuntó nuevamente en el umbral de los sentidos.

—¡Que se disipen los continentes ilícitos, y todas las islas siniestras de nuestras submentes convulsas! —barbotó Boyle con cierta precipitación.

—Los conjuramos, los conjuramos —salmodiaron todos, contritos—. Y el Africa ilícita era ahora muy frágil, mientras la Costa del Cinamomo de Libia del Sur empezaba a formarse como detrás de un vidrio verde.

—¡Liquidémoslo! ¡Aún permanece peligroso! —dijo Shackleton, eufórico de determinación—. ¡Abandonemos nuestras reservas! ¡No nos prestemos a esta transgresión! ¡Nunca más vayamos en busca de geografías extrañas ajenas al mundo propio! ¡Sepultemos las cosas inquietantes dentro de nosotros!

—Las sepultamos, las sepultamos —salmodiaron.

Y todo terminó.

Estaban en el *Creyente verdadero* navegando hacia el este frente a la Costa del Cinamomo de Libia. Al norte estaba esa costa encantadora con sus playas maravillosas y sus espléndidos hoteles; al sur y al este y al oeste estaban las olas de cresta blanca que rodaban sin cesar.

Todo había concluido, pero la salmodia los había sacudido con su puro poder psíquico.

—Justina no está con nosotros —dijo nerviosamente Luna Boyle—. No está a bordo del *Creyente verdadero*. ¿Piensas que le ha sucedido algo? ¿Regresará?

—Claro que regresará —ronroneó August Shackleton—. Una vez desapareció dos días de una sesión espiritista. Oh, tendrá algunas anécdotas sensacionales cuando vuelva, y no me vendrá mal un tiempo sin ella. La amo, pero un hombre casado con una esposa extravagante a veces necesita un descanso.

—¡Pero miren! ¡Miren! —exclamó Luna Boyle—. ¡Oh, Justina es imposible! Siempre se extralimita. Eso es de mal gusto.

La mitad inferior cercenada de Justina Shackleton flotaba en el agua clara y azul junto al *Creyente verdadero*. Era una cosa sanguinolenta y siniestra y la atacaban unos peces feroces.

—¡Oh, basta, Justina! —exclamó furiosamente August Shackleton—. ¡Qué mujer! ¡Ah, ya veo! Volvemos a tierra.

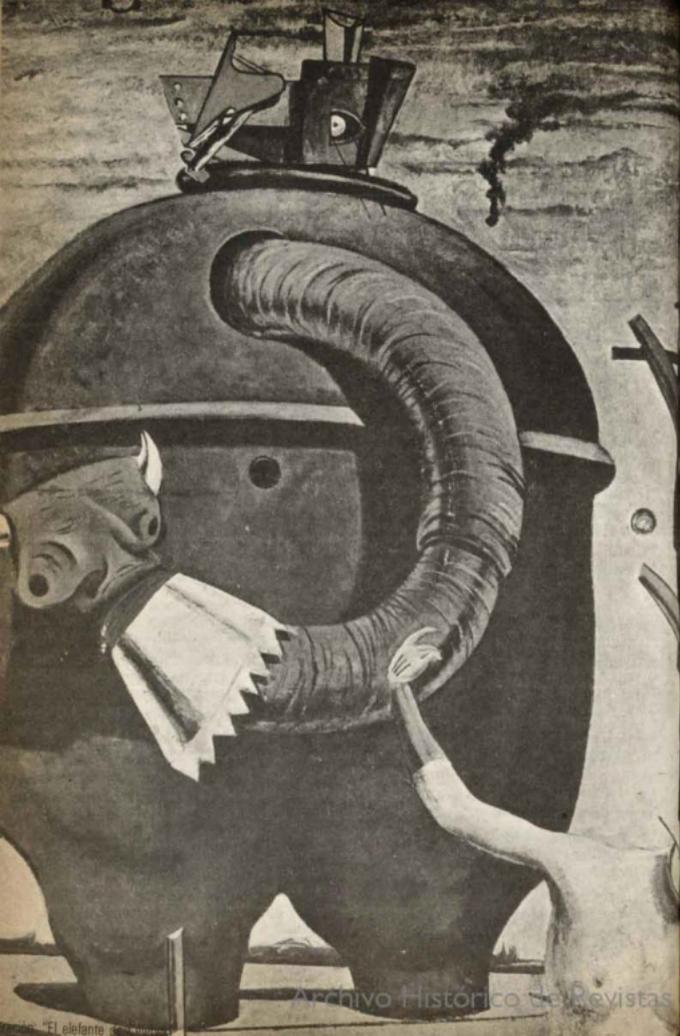
Era la entrada de la Dársena de Yates, el canal entre los bajíos hasta la hermosa bahía. Maniobraron, viraron, apuntaron hacia la Costa del Cinamomo de Libia.

El mundo estaba intacto de

nuevo, una joya entera y perfecta que se extendía maravillosa al norte. Y al sur sólo estaban el gran océano y el gran ecuador y lugares

vacíos de la submente. El *Creyente verdadero* entró a puerto bajo el brillo perfecto y meridiano que bañaba todas las costas.

Título del original en inglés: *Entire and Perfect Chrysolite*
© 1970 by Damon Knight. Traducción de Jorge Gutiérrez.



J. G. BALLARD

EL ADVENIMIENTO DE LO INCONSCIENTE

Una reflexión sobre La historia de la pintura surrealista, de Marcel Jean, y El surrealismo, de Patrick Waldberg, y la relación de ese movimiento con algunos valores de la ficción especulativa contemporánea.

Las imágenes del surrealismo son la iconografía del espacio interior. Considerado popularmente como una extravagante manifestación del arte fantástico que se interesa ante todo por estados de sueño y de alucinación, el surrealismo es en realidad el primer movimiento que, en palabras de Odilon Redon, pone "la lógica de lo visible al servicio de lo invisible". Este calculado sometimiento de los impulsos y las fantasías de nuestras vidas interiores a los rigores del tiempo y el espacio, a la formal inquisición de las ciencias, notablemente del psicoanálisis, produce una realidad intensificada o alterna que está más allá y por encima de las que nos resultan conocidas a través de

la vista o de los sentidos. Lo que caracteriza de modo singular esta fusión del mundo exterior de la realidad y el mundo interior de la psiquis (que yo he llamado "espacio interior") es su poder redentor y terapéutico. Moverse por esos paisajes equivale a un viaje de regreso a nuestro ser más interior.

La penetración del surrealismo es prueba suficiente de su éxito. Los paisajes del alma, la yuxtaposición de lo fantástico y lo conocido, y todas las técnicas de impacto violento han pasado a formar parte del arsenal publicitario y cinematográfico, para no hablar de la ciencia ficción. Si algo puede haber ocurrido, es que el surrealismo haya quedado atrapado en las re-

des de su propia e indiscutida habilidad autopublicitaria. Los verdaderos logros de Ernst, Tanguy y Magritte apenas están empezando a surgir entre el alboroto de megáfonos y manifiestos. Hasta en el caso de un pintor individual, como Salvador Dalí, las extravagancias exhibicionistas que la prensa ha considerado siempre "noticia" terminan generalmente por oscurecer los mucho más importantes alcances de su obra.

Estos elementos contradictorios reflejan el origen dual del surrealismo: por un lado en el Dadá, un movimiento posterior a la Primera Guerra Mundial dirigido no sólo contra la guerra y la sociedad sino también contra el arte y la literatura, dedicado a perpetrar cualquier atrocidad que atrajese la atención sobre su misión: la destrucción total de los llamados valores "civilizados". El ascenso de Hitler, un loco que superó los sueños más disparatados, incluso los sueños de los dadaístas, los hizo callar para siempre, aunque la influencia del Dadá se ve todavía en "happenings", en las esculturas vivas de Keinholtz y en los dictados críticos de André Breton, pope del surrealismo, que "el surrealismo es puro automatismo psíquico". Lejos de eso.

Otra (y mucho más vieja) fuente del surrealismo está en los simbolistas y los expresionistas del siglo diecinueve, y en esos a quienes Marcel Jean llama "sabios de civilización dual": Sade, Lautréamont, Jarry y Apollinaire, poetas sintetistas muy conscientes del papel de las ciencias y de las sociedades industriales en las que vivían. Las fantasías eróticas de Sade, eran

iguales por un agudo interés científico en la psicología y la fisiología del ser humano. *Los cantos de Maldoror*, de Lautréamont, casi el texto onírico básico del surrealismo, usa imágenes científicas: "...bello como la carúncula carnosa, de forma cónica, surcada por arrugas transversales bastante profundas, que se levanta en la base del pico superior del pavo... bello como el encuentro fortuito, en una mesa de operaciones, de una máquina de coser y un paraguas". La poesía erótico-científica de Apollinaire está llena de máquinas voladoras y de los símbolos de la sociedad industrial, mientras que Jarry, en "La Pasión considerada como una carrera de bicicletas cuesta arriba", combina la ciencia, los deportes y el cristianismo en la más feliz vena de humor anticlerical.

Esta preocupación por la función analítica de las ciencias como medio de codificar y fraccionar la experiencia interior de los sentidos se ve en el uso que el surrealismo ha dado a los descubrimientos en óptica y fotografía: por ejemplo, los *Cronogramas* del fisiólogo E. J. Marey, fotografías de exposición múltiple en las que se percibe la dimensión del tiempo, y *se representa a la figura humana en movimiento como una serie de bultos en forma de duna*. Su interés por los peculiares valores temporales del arte oceánico, por las ocultas dimensiones insinuadas en los tests de Rorschach, culminó en el psicoanálisis. Este, con su énfasis en lo irracional y lo perverso, en el significado de asociaciones aparentemente libres o casuales, con su simbolismo y todo su concepto del

inconsciente, era una mitología completa de la psiquis: una mitología funcional que podía además ser usada para la exploración sistemática de la realidad interior de nuestras vidas.

Algo del fermento de ideas que existía en 1924, cuando André Breton lanzó el *Primer Manifiesto Surrealista*, se puede ver en estas dos historias. Lo que parece particularmente extraordinario es el volumen de actividad, el interminable flujo de revistas experimentales, panfletos, exposiciones y congresos, películas y travesuras grotescas, además de una considerable cantidad de cuadros y esculturas, todo producido por un grupo comparativamente pequeño (mucho más pequeño, por ejemplo, que el número de escritores de ciencia ficción que hay aquí y en los Estados Unidos).

El movimiento se distingue también por la notable belleza de sus mujeres: Georgette Magritte, recatada esfinge con ojos de dócil Mona Lisa; la incomparable Meret Oppenheim, diseñadora del vaso y el plato forrados con piel; Dorrothea Tanning, de ojos hieráticos; la mística Leonora Carrington, pintora de fantasías infinitamente frágiles; y presidiéndolas a todas, la madonna de Port Lligat, Gala Dalí, ex mujer del poeta Paul Eluard, que antes de morir la describió como la "de la mirada que traspasa las paredes". Uno podría escribir un libro sobre estas extrañas criaturas: ninfas de otro planeta, que en vuestras oraciones estén presentes todos mis sueños.

En cuanto a su relación directa con la ficción especulativa del futuro inmediato, los documentos fun-

damentales del surrealismo son, para mí, los siguientes. Todos comparten una preocupación explícita por la naturaleza de la realidad que percibe el ojo interior, por nuestras nociones de la identidad y de la metafísica de nuestras vidas.

De Chirico: Las musas inquietantes. Una angustia indefinida ha comenzado a extenderse por la plaza desierta. La simetría y la regularidad de las arcadas ocultan una intensa violencia interior; este es el rostro del encierro catatónico. El espacio dentro de este cuadro, lo mismo que los huecos dentro de las arcadas, contiene un opresivo tiempo negativo. Las cabezas lisas y ovoides de los maniqués carecen de todas las facciones y todos los órganos de los sentidos, pero están en cambio marcadas con signos crípticos. Estos maniqués son seres humanos a los que se ha privado de todo tiempo transitorio, reduciéndolos a la esencia de sus propias geometrías.

Max Ernst: El elefante de Célebes. Un enorme caldero con patas, del que brota un tubo que termina en una cabeza de toro. Una mujer decapitada lo señala con un ademán, pero el elefante mira hacia el cielo. Allá arriba, en las nubes, flotan peces. La máquina sabia de Ernst, el ardiente caldero del tiempo y del mito, es la divinidad tutelar del espacio interior, el benigno minotauro del laberinto.

Magritte: La anunciación. Un sendero rocoso nos lleva entre polvorientos olivos. De repente una extraña estructura nos cierra el paso. A primera vista parece algún ti-

po de pabellón. Una celosía blanca cuegel como una cortina delante de la oscura fachada. A un lado hay dos hombres ajedrezados. Entonces vemos que este no es un pabellón donde podamos descansar. Esta aterradora estructura es un tótem neurónico, las formas redondeadas y encadenadas un fragmento de nuestros propios sistemas nerviosos, tal vez un código insoluble que contiene las fórmulas operativas de nuestro pasaje a través del tiempo y el espacio. La enunciación es la de un acontecimiento único, la primera exteriorización de un intervalo neural.

Dalí: La persistencia de la memoria. La playa vacía con la arena hundida es un símbolo de la alienación psíquica total, de una estasis final del alma. Aquí el tiempo cronométrico ya no es válido, los relojes han comenzado a derretirse y a gotear. Hasta el embrión, símbolo del crecimiento y la posibilidad secreta, está seco y flácido. Estos son los residuos de un momento de tiempo recordado. Los elementos más notables son los dos objetos rectilíneos, formalizaciones de partes de la playa y del mar. El desplazamiento a través del tiempo de estas dos imágenes, y su matrimonio con nuestro propio continuo tetradimensional, las ha amoldado a las estructuras rígidas e inflexibles de nuestra conciencia. Asimismo, las estructuras rectilíneas de nuestra propia realidad consciente son elementos amoldados de algún apacible y armonioso futuro.

Oscar Domínguez: Calcomanía. Aplastando témperas, Domínguez

produjo evocativos paisajes de rocas porosas, mares sumergidos y corales. Esas cifradas series de rocas son modelos de los paisajes orgánicos santificados en nuestros sistemas nerviosos centrales. Sus equivalentes más cercanos en el mundo exterior de la realidad son esas imágenes a las que más respondemos: rocas ígneas, deltas secos. Sólo estos paisajes contienen las dimensiones psicológicas de la nostalgia, la memoria y las emociones.

Ernst: El ojo del silencio. Este paisaje vertebral, con sus frenéticas rocas que suben en el aire sobre la ciénaga silenciosa, ha alcanzado una vida orgánica más real que la de la ninfa solitaria sentada en primer plano. Estas rocas tienen la luminosidad de órganos que acaban de ser expuestos a la luz. Los paisajes verdaderos de nuestro mundo aparecen tal como son: palacios de carne y hueso, fachadas vivientes que ocultan nuestra propia conciencia subliminal.

Los elementos sensacionalistas de estos cuadros nacen simplemente de su uso de lo poco familiar, de su revelación de asociaciones inesperadas. Si por algo se caracteriza el surrealismo es por un aislamiento vítreo, como si en todos sus paisajes se hubiese despojado a los objetos de sus asociaciones emocionales, las adherencias de sentimiento y uso corriente.

Lo que demuestran concluyentemente es que nuestras vulgares nociones de realidad —por ejemplo, las habitaciones que ocupamos, los paisajes rurales y urbanos que nos

rodean, las musculaturas de nuestros propios cuerpos, las posturas que adoptamos— pueden tener significados muy diferentes cuando llegan al sistema nervioso central. A la inversa, el significado de las imágenes proyectadas desde dentro de la psiquis, quizá no tenga una correlación directa con todas sus aparentes equivalencias en el mundo exterior. Esto es muy común en lo que respecta a los símbolos más explícitos de los sueños: las serpientes, las torres y los mandalas cuya identidad revelaron Freud y Jung. Sin embargo, el surrealismo es la primera investigación sistemática del significado de los aspectos más insospechados tanto de nuestra vida interior como exterior: el sentido, por ejemplo, de ciertas clases de perspectiva horizontal, de formas curvilíneas o blandas en oposición a las rectilíneas, de la conjunción de dos posturas aparentemente inconexas.

Las técnicas del surrealismo son particularmente apropiadas en este momento, cuando los elementos de ficción en el mundo que nos rodea se multiplican hasta el punto en que resulta casi imposible distinguir entre lo "real" y lo "falso", denominaciones que ya han perdido todo sentido. Los rostros de las figuras públicas llegan a nosotros como si brotaran de una interminable pantomima global, y ellos y los acontecimientos del mundo en general tienen la misma convicción y realidad que lo que se anuncia en los gigantescos carteles publicitarios. La tarea de las artes parece consistir cada vez más en

aislar los pocos elementos de realidad de esta mezcla de ficciones: no una "realidad" metafórica sino simplemente los elementos básicos de cognición y de postura que son el fundamento de nuestra conciencia.

El surrealismo ofrece una herramienta ideal para explorar estos objetivos ontológicos: el sentido del tiempo y el espacio (por ejemplo, la significación particular de formas rectilíneas en la memoria), el paisaje y la identidad, el papel de los sentidos y las emociones dentro de estos marcos. Como ha advertido Dalí, después de las exploraciones de Freud dentro de la psiquis es ahora el mundo exterior el que tendrá que ser erotizado y cuantificado. El remedo de traumas y experiencias pasadas, la descarga de miedos y obsesiones mediante estados de paisaje, retratos arquitectónicos de personas: estos aspectos más serios de la obra de Dalí ilustran algunos de los usos del surrealismo. Esta forma de arte ofrece una zona neutral o bolsa de compensación donde los confusos valores en circulación tanto del mundo interior como del mundo exterior pueden de algún modo equilibrarse.

Al mismo tiempo no debiéramos olvidar los elementos de magia y de sorpresa que nos esperan en este reino. En palabras de André Bretón: "Las confidencias de los locos: me pasaría la vida provocándolas. Son gente de escrupulosa honestidad, cuya inocencia es sólo igualada por la mía. Colón tuvo que zarpar con locos para descubrir América."



ANA MARÍA SHUA

LA SUEÑERA

Soñar alegremente y en exceso es tal vez el único camino para llegar a una razón verdaderamente lógica.

Ilustración de Carlos Langone

TRES GRITOS

El primer grito me alza la piel en un estremecimiento verde. El segundo grito se me hunde en los ojos y es una brasa. Al tercer grito reconozco mi voz y me despierto. ¿Qué viste?, me preguntan. Ojalá lo supiera, contesto yo. Pero es mentira.

LA ÚLTIMA OVEJA

Para poder dormirme, cuento ovejitas. Las ocho primeras saltan ordenadamente por encima del cerco. Las dos siguientes se atropellan, dándose topetazos. La número once salta más alto de lo debido y baja suavemente, planeando. A conti-

nuación saltan cinco vacas, dos de ellas voladoras. Las sigue un ciervo y después otro. Detrás de los ciervos viene corriendo un lobo. Por un momento la cuenta vuelve a regularizarse: un ciervo, un lobo, un ciervo, un lobo. Una desgracia: el lobo treinta y dos me descubre por el olfato. Inicio rápidamente la cuenta regresiva. Cuando llegue a uno, zlograré despertarme la última oveja?

EL SUEÑO FÁCIL

Mientras duermo, un terremoto destruye la ciudad. Los edificios caen como castillos de dominó. A la mañana, el espectáculo es terrible. Como no me gusta, vuelvo a dormirme. Mientras duermo, una invasión de termitas devora casi to-

do. A la mañana las encuentro sobre la sábana. Como no me gusta, vuelvo a dormirme. Mientras duermo, el río crece tanto que me despierto húmeda. Como no me gusta, vuelvo a dormirme. Mientras duermo, el tiempo avanza demasiado rápido. A la mañana, ya estoy en otro siglo. Como soy curiosa, me levanto y me voy a pasear.

LAS COSAS DE LA VIDA

Los objetos no siempre resultan amenazadores. A veces, incluso son amables. Los domingos a la mañana, sin ir más lejos, la mesita de luz me trae el desayuno a la cama.

SEVERA CUSTODIA

El sector de mis sueños está bien protegido. Doble cerca de alambre de púa, dragones con cola de perro, centinelas armados. Sin mi permiso, no dejan entrar a nadie. A mí, en cambio, me meten a la fuerza.

CORTÉS CON LAS VISITAS

Se me permite a veces tener visitas. Yo mismo las ayudo a cruzar la frontera. Les descubro, gentil, las bellezas del paisaje: los blancos totales, los negros profundos, las mil variaciones del gris. Con mis visitas lo comparto todo. ¿Será por eso que nunca quieren volver?

IMAGÍNESE

En la oscuridad, un montón de ropa sobre una silla puede parecer, por ejemplo, un pequeño dinosaurio en celo. Imagínese, entonces,

por deducción y analogía, lo que puede parecer en la oscuridad el pequeño dinosaurio en celo que duerme en mi habitación.

AQUÍ NO HA PASADO NADA

Apenas me despierto, mi ropa se apresura a colgarse de las perchas. El espejo se abraza a la pared como si nunca la hubiese abandonado, y el velador vuelve a la mesita de luz con el paso cansado de un noctámbulo a la hora del desayuno. Cuando abro los ojos, todos están más o menos en su lugar. La cómoda, para disimular, silba un tango bajito. Si no fuera por el desorden de mi ropero, podría creer que aquí no ha pasado nada.

ADIVINA ADIVINADOR

Sé que en el fondo de la taza, la borra de café dibuja mi destino. Para llegar a conocerlo bebo durante horas, durante días enteros el líquido que lo oculta. El líquido es oscuro, inextinguible. Beberlo para siempre es mi destino.

SALUDOS AL SEÑOR K.

Considéreme usted un sueño, dice el señor K. para no despertarme, mientras corre en puntas de pie por mi habitación. ¿Es que acaso algún sueño verdadero podría atreverse a interrumpir el mío?

EL ZUMBIDO Y EL MIEDO

Con una mueca feroz, chorreando sangre y baba, el hombre lobo separa las mandíbulas y desnuda sus colmillos amarillos. Un curioso zumbido perfora el aire. El

hombre lobo tiene miedo. El dentista también.

CAUSAS DE LA OSCURIDAD

Desnuda de plumas la piel de sus rostros, los alimoches suelen formar colonias. Reunidos en gran número, oscurecen el cielo. A esta peculiar circunstancia se le da también el nombre de noche.

CON ALEGRE MODESTIA

Esto no es obra de un ser humano, dice el caballero de levita, contemplando las huellas profundas y sangrientas que se hunden en la carne. Vamos, adulón, exagera usted, le digo yo, modestamente, con las garras metidas en los bolsillos.

EL INSOMNIO DE LOS RATONES

Cuando a un niño se le cae un diente, los ratones le ponen un regalo debajo de la almohada. Esto sucede durante el sueño. Cuando a un ratón se le cae un diente, no pega un ojo en toda la noche, por las dudas.

GARANTÍA DE CALIDAD

He tenido pesadillas de látex. He sufrido pesadillas de plumas. Sé que ninguna almohada garantiza la calidad de los sueños.

REFLEXIÓN ACERCA DEL DESEO

Un hombre sueña que ama a una mujer. La mujer huye. El hombre envía en su persecución los perros de su deseo. La mujer cruza un puente sobre un río, atraviesa un

muro, se eleva sobre una montaña. Los perros atraviesan el río a nado, saltan el muro y al pie de la montaña se detienen jadeando. El hombre sabe, en su sueño, que jamás en su sueño podrá alcanzarla. Cuando despierta, la mujer está a su lado y el hombre descubre, decepcionado, que ya es suya.

COSTUMBRES DE LOS EQUINODERMOS

Mientras duermo, me crece la nariz. En sus grandes fosas anidan equinodermos. Sus crías son numerosas y se alimentan de su propio nido. A medida que crecen, mi nariz se reduce hasta adquirir su forma habitual. Al despertar, no tengo más que sacudir a los equinodermos de las sábanas para que todo vuelva a la normalidad. Algunos, sin embargo ya han desovado sobre la almohada. No lo lamento: si no fuera por ellos, ¿qué tamaño tendría mi nariz?

HUEVOS FRITOS

Yo contra los huevos fritos no tengo nada. Son ellos los que me miran con asombro, con terror, desorbitados.

LOS PELIGROS DEL MAR

¡Arriad el foque!, ordena el capitán. ¡Arriad el foque!, repite el segundo. ¡Orzad a estribor!, grita el capitán. ¡Orzad a estribor!, repite el segundo. ¡Cuidado con el bauprés!, grita el capitán. ¡Cuidado con el bauprés!, repite el segundo. ¡Abatid el palo de mesana!, grita el capitán. ¡Abatid el palo de mesana!, repite el segundo. Entretan-

to, la tormenta arrecia y los marineros corremos de un lado a otro de la cubierta, desconcertados. Si no encontramos pronto un diccionario, nos vamos a pique sin remedio.

DÉBILES, OSCURAS Y NUMEROSAS

De los rincones brotan, de sus pequeñas madrigueras. Son débiles y desagradables, oscuras y numerosas. Tienen antenas. Se alimentan de mi propio alimento. Y ojalá pudiera llamarlas cucarachas.

VARIACIONES SOBRE EL APRENDIZ DE BRUJO

Pero cuidado: un error minúsculo al pronunciar las palabras secretas (el alargamiento de una vocal o una pausa indebida, el gesto inadvertido de rascarse una pierna) puede causar acontecimientos pavorosos. Como el crecimiento de dos orejas largas, colgantes y peludas en la silla más cómoda de la casa, en la que ya nadie se atreverá a sentarse. Como la brusca caída de los pantalones del hechicero neófito en presencia de cuatrocientos demonios y una amiga de su madre. O la completa destrucción del mundo.

REPRODUCCIÓN TEXTIL

Si la Ropa Tendida fuera un mamífero, ¿cómo explicar sus extrañas costumbres, sus relaciones con el viento, sus absurdos métodos de reproducción (y el papel que en ellos juegan los broches!), la atroz indiferencia de las sábanas hacia sus hijos pañuelos?

EL MUY TRAVIESO

En su sueño, el ventrílocuo es muñeco. El muñeco, en cambio, suele soñar con la mujer del ventrílocuo.

LUCHA CONTRA EL PECADO

Porque mi mano derecha escandaliza, la corto y la arrojo fuera de mí. Ella camina muy oronda sobre sus cinco patitas por toda la casa y, lo que es más grave aún, sigue escandalizando.

MIS DULCES CORNAMUSAS

Cuando sientas con narices plenas un progresivo atronar de cornamusas, sabrás que te estás aproximando a mi ciudad.

LOS SONIDOS DE LA NOCHE

En la noche de verano, tranquila y cálida, sólo se oye la respiración de mi hija, que duerme, y el suave ronronear de una heladera en celo llamando a su pareja.

MICROCOSMOS

En el mundo hay un señor que es Dios sin saberlo. Su poder, sin embargo, no es absoluto. Sus deseos, sus fantasías, sus más vagas intenciones se realizan de un modo que parece arbitrario por estar sujeto a leyes desconocidas, aunque naturales. Sus secreciones estomacales provocan, por ejemplo, ríos de lava en algún lugar de la tierra. Su mal humor desencadena guerras. Procesos más sutiles que tienen lugar en cada una de sus células o sus cabellos rigen la vida

privada de los hombres. Ese señor no es inmortal. Cuando muera es posible que sus poderes sean transferidos a otros por nacer. También es posible que el mundo desaparezca por completo, pero eso no lo sabremos nunca.

LAGARTO Y REALIDAD

Durante la noche, un lagarto morado invade mi cama. Lucho contra él hasta vencerlo, destrozando uno de sus ojos, del que mana un líquido incoloro. Al día siguiente, respetuosa de la tradición, observo atentamente (inútilmente) los ojos de la gente que me rodea, sin desdénar los espejos. En casa, un lagarto morado y tuerto me espera sobre la almohada.

NACIDA PARA LA DANZA

Mi hija usa la misma palabra para llamar a los pies, a los pájaros y a los ombligos. Esto es un pie, hija mía, y no un pájaro, la corrijo con severidad, tomando entre mis manos uno de sus piecitos tibios, palpitantes, alados y cubiertos de plumas.

LA PUERTA CERRADA

Detrás de una puerta cerrada es posible encontrar los más inverosímiles horrores y también extraordinarias formas de la felicidad. Cuando la puerta se abre, el número de posibilidades, que era infinito, se reduce a uno y entramos, por ejemplo, en un baño (es lo más común) o en nuestro propio dormitorio. Y cómo probar que esa realidad que se alza sólidamente ante nuestros ojos es la misma que nos

aguardaba, agazapada, cuando estábamos tan cerca pero fuera de ella, detrás de esa puerta que volveremos a cerrar al salir para permitir una vez más el auge y decadencia de los innumerables universos.

LA MUY DURMIENTE BELLA

Durante cien años durmió la Bella. Un año tardó en despegarse tras el beso apasionado de su príncipe. Dos años le llevó vestirse y cinco el desayuno. Todo lo había soportado sin quejas su real esposo hasta el momento terrible en que después de los catorce años del almuerzo, llegó la hora de la siesta.

LA VERDAD COMPROBADA

Es tradición que un objeto arrancado del mundo de los sueños pruebe en la vigilia la realidad tangible de los acontecimientos soñados. A mí me ha sucedido cargar durante todo un sueño con una almohada de gomapluma (y qué incómodo resultaba transportarla a través de tanta ciudad y tanto río) sin que nadie me creyera que la había sacado de mi propia cama.

DESPERTAR CAMPESTRE

Qué hermoso despertar con el canto de los pájaros, escuchar en la mañana soleada sus gorjeos que crecen en intensidad y alegría mientras el sol trepa hacia su cenit y siguen aumentando de volumen por la tarde hasta que parece el mundo entero, ya en el crepúsculo, una caja de resonancia para sus dulces trinos que se hacen cada vez más y más fuertes cuando empieza

la noche y descubrimos que nunca, nunca más vamos a poder dormir si no se callan (y no se callan) esos malditos pájaros.

DESPUÉS DE TANTOS AÑOS

Esperaba encontrarte pero no así, cómo decirte, no con esos ojos, no con esa corbata, no con ese nombre, no con ese tenedor, no con esos dientes, no yo así, tan emperijilada, tan tentadora, tan en mitad del plato, tan tostada.

DEL HUEVO A LA GALLINA

Pico pico el cascarón, asomo el pico. La rígida caparazón de calcio comienza a agrietarse, un trozo pequeño se desprende y yo presiono con todo mi cuerpo para agrandar la abertura. Muchas horas después he logrado abrir una brecha del tamaño suficiente como para permitir mi paso. Por fin, con inmenso alivio, me introduzco en el huevo y espero la llegada de mi madre gallina para volver a ocultarme, ascender por sus cálidas entrañas.

YO ME PAREZCO A PAPÁ

Si te seguís portando tan mal me vas a sacar canas verdes, amenaza mi madre, sacudiendo esa cabellera violácea que tan bien armoniza con el celeste profundo de su piel, con sus ojos magenta.

DULZURAS DE LA ESPERA

Esperando la llegada del tren en la mitad del campo, vestidos de domingo, conversando, compartiendo el contenido de las cestas, sin preocuparse por la ausencia de te-

rrellén, de durmientes, de vías, con la gozosa, silenciosa certeza de que ningún absurdo tren vendrá a quebrar las dulzuras de la espera.

GENIAL

Compra esta lámpara: puedo realizar todos los deseos de mi amo, dice secretamente el genio al asombrado cliente del negocio de antigüedades, que se apresura a obedecerlo sin saber que el genio ya tiene amo (el dueño del negocio) y un deseo que cumplir (incrementar la venta de lámparas).

PRESENCIA DEMORADA

Entre los millones de parejas humanas que habitan el planeta, no hemos logrado hallar una sola que satisfaga nuestras aspiraciones de buen gusto. Ese inconveniente sumado a ciertas variaciones climática nos ha decidido a seguir conservando nuestro estado actual, en espera de más apropiadas circunstancias para nuestro nacimiento.

REITERADAMENTE, UN MAREMOTO

Reiteradamente, un maremoto. El mar retirándose en una resaca exagerada que deja al descubierto sus entrañas para formar esa ola inmensa, viscosa, tibia, que ojalá fuera de agua.

SE QUISO QUEDAR

Todos los patitos se fueron a bañar y el más chiquitito se quiso quedar. Él sabía por qué: el compuesto químico que había arrojado horas antes en el agua del estanque

dio el resultado previsto. Mamá Pata no volvió a pegarle: a un hijo repentinamente único se lo trata —es natural—, con ciertos miramientos.

CUIDADO CON LAS VITRINAS

Cuando mi sillón predilecto avanza por el living con los brazos extendidos y el paso decidido pero torpe, sé que se trata de un sueño. Vaya a saber qué pesadilla lo tiene otra vez así, sonámbulo.

DE LA UBICUIDAD DE LAS MANZANAS

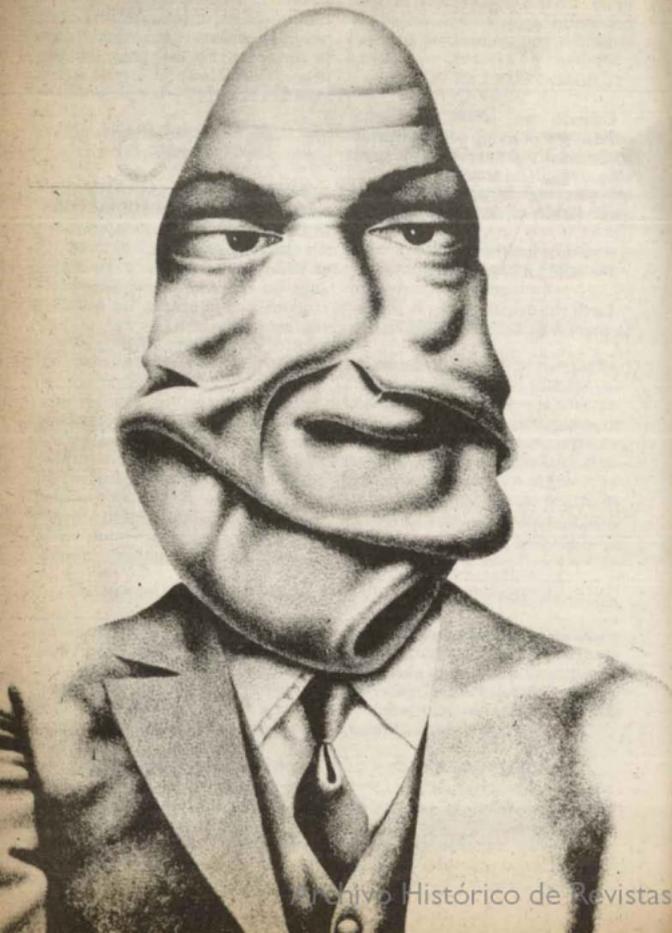
La flecha disparada por la balles-ta precisa de Guillermo Tell parte

en dos la manzana que está a punto de caer sobre la cabeza de Newton. Eva toma una mitad y le ofrece la otra a su consorte para regocijo de la serpiente. Es así como nunca llega a formularse la ley de gravedad.

DESENMASCARAR AL CULPABLE

De acuerdo a las más rigurosas tradiciones, las doce de la noche es la hora de quitarse las máscaras. Y sin embargo ya es casi de mañana, el baile ha terminado y yo sigo aquí, en el salón sin espejos, quitándome las máscaras, las máscaras, las máscaras.

© 1983, Ana María Shua.



FRITZ LEIBER

EL HOMBRE QUE SE CASO CON EL ESPACIO Y EL TIEMPO

Las trágicas o felices (pero decididamente misteriosas) consecuencias de un amor apasionado.

Ilustración de Jorge Mejide

El viejo Guy Manning estuvo enamorado del espacio y el tiempo toda su vida, no sólo durante los meses que precedieron a su misteriosa pero extrañamente apacible desaparición. No escribía poemas sobre ellos, aunque a veces hablaba de ellos poéticamente, y ese interés tampoco lo indujo a convertirse en físico o astrónomo profesional (siendo las estrellas ejemplos supremos de distancia y muy valiosas en la medición del tiempo). No, el suyo era un afecto más humilde, y en sus últimos años, después que murió su esposa (no tenían hijos) y él se jubiló del modesto empleo que tenía en una editorial, cuando vivía en un apartamento que alquilaba año tras

año, mostraba algunos de los elementos monótonos de un matrimonio prolongado. Era un afecto o devoción que lo mantuvo interesado en la ciencia y la ciencia ficción toda la vida, lo hacía escudriñar especulativamente la distancia y, hacia el fin, le creó una obsesión compulsiva por las cifras pequeñas y los cálculos (a fin de cuentas nuestro modo más simple de medir el espacio y el tiempo).

Y sin embargo este amor humilde, monótono y un tanto metafísico era tan obvio para los pocos amigos de sus últimos años que ninguno de ellos se sobresaltó ante la antojadiza sugerencia, hecha después de esa tranquila pero inquietante desaparición, de que en

cierto modo el viejo Guy se había disuelto en el espacio y el tiempo, de que se había "casado" con ellos en el sentido de haberse fundido con ellos.

Y en verdad, la desaparición del viejo Guy Manning tuvo un aire de poca premeditación, como si un día simplemente se hubiera levantado (como para tomar un vaso de agua) y se hubiera ido de la vida, o al menos de la vida tal como la conocemos. Aunque en qué dirección sería eso, resulta perturbador (y quizá no tiene sentido) preguntarlo.

Fue Joan Miles quien hizo la antojadiza sugerencia de la "disolución en el espacio-tiempo". Joan era una joven moderadamente excéntrica, aficionada sin mayor seriedad a la astrología, la magia blanca y otras supersticiones modestas, que tenía la distinción de vivir y medir el tiempo según su calendario lunar personal, donde todas las lunas llenas tienen nombres, no sólo Luna de la Cosecha y la de los Cazadores. Están la Luna de los Segadores y la de los Solitarios, por ejemplo, la de los Fantasmas y, desde luego, la de los Amantes. Según su calendario, de paso, el viejo Guy Manning desapareció la noche de la Luna de los Asesinos, la más próxima al solsticio de verano, la luna llena que surca el cielo a baja altura en el sur, es la última en despuntar y la primera en desaparecer, poco duradera y opaca.

Otro amigo de Manning (también amigo de Joan) era Jack Penrose, un individuo inquieto con un gran interés en el ocultismo y la ciencia, y con la ambición de llegar a ser escritor de novelas de

fantasía. A él Manning le había contado algunos sueños.

Luego estaba el señor Sarcander, un cetrino y enjuto psicólogo social que se dedicaba principalmente a la geriatría. Originalmente Manning lo había consultado a causa de sus depresiones recurrentes, pero la relación de ambos se había vuelto también social. Quienes lo conocían bien consideraban al señor Sarcander el hombre más cínico y sarcónico que existía, abruptamente drástico en su evaluación de las motivaciones humanas, y a veces se enfadaban cuando él aplicaba esos juicios de valor a ellos o sus amigos. En verdad, no obstante, el señor Sarcander era ante todo drástico consigo mismo, pues gastaba todo su optimismo, adulación y alegría con sus pacientes, reservando su honestidad para las personas con quienes podía relajarse.

Por último, estaba el afable y tolerante doctor Lewison, médico de cabecera de Manning, con quien había entablado algo más que una relación puramente profesional. Tenía la llave del apartamento de Manning, al igual que Jack Penrose.

Estas cuatro personas se habían conocido mientras Manning aún estaba con vida (mientras aún estaba, para ser más precisos) y después de su desaparición se encontraron varias veces para hablar de la desaparición y de él, especialmente cuando las investigaciones policiales resultaron inconducentes, e incluso incongruentes.

Tal era el asombrosamente reducido círculo de amigos de Manning, a menos que incluyamos (y quizá deberíamos hacerlo) al señor Breen, un irlandés corpulento, mo-

reno, no mal parecido, con ojos permanentemente desconcertados y propenso a las distracciones, que era el administrador del edificio en cuyo último piso vivía Manning. Breen no fue el primero en advertir la ausencia de Manning (fue Joan), pero realizó un pequeño descubrimiento relacionado con ella que le resultó algo extraño cuando evocó otras circunstancias del caso.

—Yo estaba en la terraza —dijo— cuando vi ese pequeño llavero en uno de los escalones que conducen al cuarto que hay sobre la salida del ascensor. Y junto a la cornisa de la azotea, además. Al principio no pensé específicamente en Manning, pero luego recordé que él subía allí un par de veces por día, y también en la noche, para mirar el tiempo o las estrellas. Recordé que otras veces había olvidado otras cosas casi en el mismo lugar, la pipa o los fósforos o una taza de café medio vacía, y una vez los binoculares. De modo que revisé las llaves y confirmé que eran de Manning. Lo cual es un poco raro, porque uno las necesita para bajar de la azotea. La llave de la puerta de calle del edificio también sirve para la puerta de la azotea. Ahora las tiene la policía.

—No —objetó Jack Penrose—, la cerradura de la puerta de la azotea no se traba a menos que uno la empuje. Él me llevó allí varias veces y siempre dejaba la puerta entornada y luego la empujaba, para cerrarla, cuando habíamos vuelto adentro. Y aunque uno se quedara en la azotea con la puerta cerrada y sin llave, siempre podría bajar por la escalerilla exterior hasta la salida de emergencia.

—Eso es cierto —admitió Breen, frunciendo el ceño dubitativamente.

El doctor Lewison sonrió para sí mismo, pensando que los jóvenes tomaban muy a la ligera esas proezas de atletismo.

Entretanto, Joan Miles imaginaba una nave espacial ovoides posándose silenciosamente en la grava pálida y alquitranada de la azotea a la luz de la Luna de los Asesinos. Y una portezuela abriéndose en el casco lustroso y al viejo Guy Manning saludando cortésmente y luego entrando en la nave. En tal caso no habría necesitado una llave para bajar de la azotea, pensaba Joan. Ni necesitaría más llaves terrestres, si emprendía un viaje de ese tipo.

—Tenía la costumbre de entornar los ojos y mover la cabeza de un lado a otro mientras contemplaba la ciudad —dijo Joan—. A mí me llamaba la atención, y luego comprendí que estaba memorizando las cosas con precisión: edificios, mástiles, nubes, estrellas. Movía la cabeza del mismo modo cuando usaba los binoculares. Estaba estudiando las estrellas, me dijo una vez, no sólo las constelaciones sino también los grupos más pequeños que las componen y a menudo parecen tan similares. Decía que era una tarea que le consumiría el tiempo que le quedaba. Tenía una mente geométrica.

El señor Sarcander resopló débilmente.

—Los viejos —dijo— constantemente ponen la vista a prueba, tratando de demostrarse que es tan aguda como siempre, o aún mejor.

—Él era muy cuidadoso con todas sus sensaciones —dijo Jack

Penrose, a la defensiva—. Se parecían más a observaciones. Prestaba atención a los detalles. Observaba la ciudad como si se tratara de una tarea específica.

—Todos los viejos lo hacen —dijo el señor Sarcander—. Uno ve sus caras blancas en las ventanas y los porches sombreados. Observan sus pequeños mundos, sus microcosmos donde cada uno de ellos se ha transformado en Dios. Esperan a que sus minimundos se desmoronen. Es la única ocupación que les ha dejado la vida.

—El señor Manning —murmuró Joan— estaba cada vez más aborrito en la distancia y la duración.

Y en verdad ése era un modo bastante atinado de describir cómo había concluido la vida de Guy Manning. Anteriormente él había viajado cuanto podía, experimentando la distancia de esa manera. Le había gustado observar el mar. Más tarde, esta necesidad se había manifestado en cierto amor por los mapas. Al señor Manning le gustaba medir las distancias con una pequeña regla de marfil. Cuando salía a caminar, se dirigía a la colina o loma más cercana para poder observar cómo la distancia emergía del paisaje circundante mientras él sabía. Y siempre estaban las remotas e infinitamente regulares estrellas por la noche, o las nubes que llenaban las distancias medias. Durante un período su interés se centró en los grandes interiores: catedrales, edificios de montaje industrial donde podían volar aviones pequeños, y enormes estructuras extraterrestres como las imaginadas por Arthur C. Clarke en *Cita con Rama* y John Varley en *Titán*.

Con la duración ocurrió lo mismo. En un período de su vida, Guy Manning estuvo muy interesado en los relojes, y si hubiera tenido más dinero habría podido transformarse en coleccionista y terminar con la casa llena de tictacs y campanilleos. Pero a la larga lo atrajeron más los aspectos más vulgares y cotidianos de la medición del tiempo, el ajuste de relojes de pulsera y relojes despertadores, el pedido de la hora oficial por teléfono, el cómputo preciso de los segundos, el cálculo de la duración de un momento de percepción (esa superficie vital que enlaza lo subjetivo con lo objetivo, lo mental con lo material, el microcosmos con el macrocosmos) y la lenta marcha circular de los astros que marcaban el tiempo surcando el cielo.

—Nunca le interesaron esos nuevos relojes digitales —observó el doctor Lewison—, y mucho menos ésos que tienen una cara negra y vacía hasta que uno aprieta un botón. Tampoco a mí me interesan. En los relojes él prefería los diseños más sencillos: números negros y rectos, bien espaciados, los minutos marcados alrededor del borde, y tres manecillas.

—Lo sé —convino Joan Miles—. Decía que así uno veía la cara del tiempo, le juzgaba la expresión, y a veces le adivinaba las intenciones. Jack Penrose alzó la vista.

—Una vez me contó un sueño que había tenido —recordó el joven—. Estaba de pie en una extensión muy chata de arena fina y plateada. La iluminación era difusa, pero él supo que estaba en un desierto. Sentía en la espalda los rayos infrarrojos de un sol muy caliente, que atravesaban una delga-

da capa de nubes en pulsaciones rítmicas. Y, casi al son de esas pulsaciones, él sentía la rápida vibración de la arena compacta, cinco o seis sacudones diminutos por cada una de sus palpitaciones cardíacas, como si la tierra temblara constantemente. Lo rodeaba una niebla, pero se estaba disipando lentamente. Al elevarse la niebla, él no vio al principio sino la llanura infinita, plateada e invisiblemente vibrante en todas las direcciones. Se sintió terriblemente solo.

"Luego, mientras la niebla seguía subiendo gradualmente, apareció (él calculó que a tres kilómetros) una torre chata y bastante ancha. En realidad parecía un fuerte. Luego advirtió dos alas oscuras y más bien delgadas que se extendían kilómetros y kilómetros desde la torre, como imposibles puentes colgantes. Apenas podía discernir el extremo de una de ellas en la distancia. Y, al volver los ojos hacia la otra ala, la más larga, y seguir observándola, tuvo la impresión de que se movía muy despacio hacia él sobre la arena plateada.

"En ese instante la niebla se elevó más. Él vio una sombra que se le acercaba velozmente cruzando la llanura. Alzó los ojos y vio la tercera y más alta ala de la torre segando el aire neblinoso, a medio kilómetro de altura, como una guadaña gigantesca, oscura y giratoria. Se miró la muñeca para calcular la velocidad de la guadaña. Al ver el delgado segundo arrastrándose velozmente sobre la cara plateada, comprendió dónde estaba.

—Atrapado bajo el cristal de un reloj de pulsera —se oyó decir Joan—. ¿El tictac era la vibración de

la arena? ¿La niebla se disipó por completo? ¿El miró hacia abajo?

—Despertó sintiendo que la pulsera del reloj le apretaba la muñeca opresivamente. La noche anterior se había olvidado de quitárselo. Dijo que cuando uno envejece era más sensible a esas pequeñas presiones. —Jack dilató un poco los ojos, y luego frunció el ceño, como si lo que acababa de decir le hubiera evocado otra cosa, un recuerdo más difícil de desentrañar.

—Un reloj de pulsera hace cinco tictacs por segundo —observó el doctor Lewison—, aunque hoy día a mí me cuesta oírlos. Esa compulsión que él tenía con los cálculos, su interés en las cifras pequeñas. En algún momento Guy se tomó la costumbre de separar las monedas en bolsillos diferentes, de acuerdo con su valor. Luego se tomó la costumbre adicional de meterse las manos en los bolsillos para contarlas al tacto...

—¿Una prueba de percepción táctil! —exclamó el señor Sarcander—. Los viejos se tranquilizan de ese modo, llenando sus horas vacías con tareas nimias, para no tener pensamientos desagradables sobre lo que les espera.

—También tenía otra costumbre relacionada con los números y las cuentas —insistió el doctor Lewison—. Según me contó, había leído o le habían dicho que ciertas personas habían sido identificadas por el modo en que arrancaban los fósforos de cartón. Eso lo incitó a experimentar con diversas maneras de arrancar los fósforos cuando fumaba la pipa: uno de cada dos, uno de cada tres, de adelante, de atrás, de los costados, del centro. A veces decía que había dado un peso a ca-

da fósforo, según la posición, tratando de arrancarlos de tal modo que los dos lados seguían equilibrados sin ser simétricos...

—Cualquiera que tratara de identificarlo habría creído que él era una docena de personas diferentes —interrumpió Jack, aliviado de poder sonreír por algo.

—También me habló de eso —dijo Joan Miles—. Con el tiempo llegó a considerar los fósforos como actores en un escenario, en el que la tapa de cartón cumplía la función de los bastidores. Lo importante era arrancarlos de tal modo que siempre hubiera un escenario efectivamente equilibrado.

El gesto brusco y desdenoso del señor Sarcander indicó qué pensaba él de las charadas con fósforos.

El doctor Lewison se inclinó hacia adelante.

—Pero sin duda el indicio más significativo de la obsesión de Guy por los cálculos y su fascinación por las cifras pequeñas —dijo— fue cuando abandonó el ajedrez por el backgammon. En ese juego uno constantemente cuenta y manipula pequeñas cifras mentalmente, combinándolas y recombinándolas mientras reflexiona la jugada. En cierto modo, la mayor cifra con que se trabaja es seis, porque no hay ninguna más grande en un solo dado.

—Según él me explicó —continuó el doctor—, una de las razones del cambio fue que el backgammon llegó a parecerle mucho más realista que el ajedrez. En el ajedrez operamos en un universo ideal donde todas las leyes y fuerzas nos son conocidas y donde controlamos la mitad de las piezas. Podemos hacer los planes más previsio-

res y complejos y nada puede alterarlos excepto nuestro rival. Pero en el backgammon el ciego azar participa en cada jugada, cada vez que se arrojan los dados. No hay certidumbres, sólo posibilidades y probabilidades. No podemos planear como en el ajedrez. Sólo podemos preparar las cosas de tal modo que, pase lo que pase, sea bueno o malo, los beneficios sean más fructíferos y las pérdidas menos perjudiciales. —Hablabla con creciente entusiasmo.— Ejemplifica la exhortación pitagórica: cree que cualquier cosa que pueda suceder en el mundo puede sucederte a ti. No te queda más remedio que luchar por la victoria o la supervivencia, mientras el azar te acosa sin cesar con sus golpes. —Inhaló profundamente y se reclinó.

—Una vez Manning me contó otro sueño —intervino Jack Penrose—. Estaba en una azotea bastante grande, chata, cuadrangular, que le resultaba extrañamente familiar. Tenía un parapeto que le llegaba casi a la cintura. También había una pared de la misma altura que atravesaba el centro de la terraza, dividiéndola en rectángulos iguales. Más tarde en el sueño, supuso que eran las azoteas de dos edificios contiguos porque la pared central que tenía una grieta en el medio, era más gruesa y cuando tenía que pasar por encima de esa pared (como lo hizo varias veces durante el sueño, moviéndose rápidamente) siempre temía que del otro lado no hubiera nada o sucediera algo tremendo.

—Era de noche, el cielo estaba muy nublado y un viento cortante arrojaba ráfagas irregulares de lluvia, pero de la calle llegaba bastan-

te luz como para permitirle distinguir dónde estaba. Usaba una especie de uniforme gris oscuro (era inómodo y áspero, como un uniforme) pero sin insignias.

—No estaba solo. En realidad, había varias personas en la azotea, pero todas estaban agazapadas contra las paredes, igual que él, algunas solas, otras en pareja o en pequeños grupos, y no podía distinguir las muy bien. En todo el sueño nunca llegó a mirar a ninguna a la cara, ni habló con ellas, ni ellas con él, aunque más tarde a veces se reanimó, o al menos se sintió seguro, al estar cerca de una de ellas y saber que ambas se movían juntas sin mirarse. Todas parecían usar el mismo e indefinido uniforme gris, aunque algunas (la mitad, en verdad) usaban uniformes de un gris más claro. Estar cerca de algunas de ellas no le daba ninguna tranquilidad.

—Casi siempre esas personas estaban muy quietas, escrutando atentamente a las demás, suponía Manning, tal como hacía él. Pero de vez en cuando un par de ellas correteaba a lo largo de la pared y se detenía de golpe. Si una de ellas tenía que pasar al otro lado de la pared central, trepaba de prisa, siempre agazapada. Advirtió que sus actos se parecían mucho a los de soldados que practican un avance en un terreno escarpado bajo el fuego enemigo.

—Y de vez en cuando sentía el abrumador impulso de actuar del mismo modo. Se arrastraba a toda velocidad y con gran sigilo mientras sentía el impulso. Cuando se le pasaba, se quedaba quieto donde estaba, solo o junto a otros, pero siempre cerca de la pared.

Era como el juego de las sillas, sólo que no había música que indicara cuándo empezar o parar. Era el impulso el que daba las órdenes.

—Notó que los soldados de uniforme más claro siempre se movían en una dirección a lo largo de las paredes, mientras que él y todos los de uniforme más oscuro avanzaban en la dirección contraria. Cuando soldados de uniformes diferentes se acercaban o se cruzaban, la sensación de peligro crecía. Cada vez que se movían los soldados de uniforme claro, Manning (especialmente si estaba solo contra la pared), se agachaba, tratando de ocultar la cabeza, temiendo que uno le saltara sobre la espalda y que incluso llegara a tocarlo.

—Sin embargo, cuando eso ocurría, no sentía un dolor ni un shock terrible como el que había imaginado, sino un corte en el sueño, un oscurecimiento momentáneo después del cual volvía al punto donde el sueño había empezado, o cerca de él, y de nuevo tenía que arrastrarse y agazaparse con terror en la oscuridad ventosa y húmeda, sin ningún estímulo salvo, de vez en cuando, otro soldado sin rostro, con el mismo uniforme, contra quien se agachaba hombre con hombre.

—Sólo cuando hubo completado el trayecto y estuvo tendido junto a los demás soldados gris oscuro y de golpe empezaron a desaparecer de dos en dos comprendió que participaba en una partida de backgammon que se jugaba con hombres vivos, sensibles. Y mientras esperaba el imprevisible momento de ser descartado (de esfuerzo, como quien dice) empezó

a sentir un miedo y una presión... Jack se interrumpió chasqueando los dedos.

—¡Presión! —dijo—. Eso era lo que trataba de recordar. En una ocasión, hablando de cualquier cosa, tal vez de ciencia ficción, no por cierto de backgammon, Manning me preguntó si alguna vez yo había tenido la sensación de estar bajo una suerte de presión que de pronto me sacaría del mundo, disparándome en cualquier dirección como una semilla de manzana o...

—O que simplemente lo disolviera en el espacio-tiempo —murmuró Joan.

—Seriamente, Joan —le preguntó Jack—, ¿cómo podría la percepción "disolverse" en el mundo material?

—Todo tiene un aspecto perceptivo, aun los átomos, de lo contrario a la realidad carecería de equilibrio. Manning lo dijo una vez. Y recuerdo otra cosa que me dijo: que una persona siempre debía tener a mano una maleta empacada, por si la llamaban de pronto. Sólo que no recuerdo si aclaró si él seguía su propio consejo.

El señor Breen había escuchado toda la conversación con la misma expresión consternada.

—Creo recordar que siempre había una maleta pequeña al pie de

su cama —dijo—. Y ahora no está allí. —Mantuvo la expresión consternada e inquieta.

—Después que usted encontró las llaves —le dijo Jack—, yo subí y registré la azotea centímetro por centímetro. Encontré tres objetos que podrían haber pertenecido a Manning: un cubilete de backgammon, la tapa protectora de los lentes de un binocular, y una cartera de fósforos con cinco fósforos, dos juntos, uno solo, y dos separados por un espacio.

—Nosotros somos cinco —dijo tentativamente Breen. Se tocó la sien y parpadeó—. Sabía que recordaría —dijo culposo—. Cuando encontré las llaves, estaban sobre un papel, impidiendo que se lo llevara el viento. También quise recoger el papel, aunque en ese momento no le di ninguna importancia, pero se me cayó de las manos y voló de la azotea. Tenía un borde mellado, como si lo hubieran arrancado de una libreta con espiral. Creo que tenía algo escrito, mayúsculas diminutas.

Se miraron entre sí por un tiempo. Luego, como por consentimiento tácito, subieron juntos a la azotea y vieron cómo despuntaba la Luna de los Solitarios, que también es llamada de la Superposición, pues enlaza cada año con el siguiente.

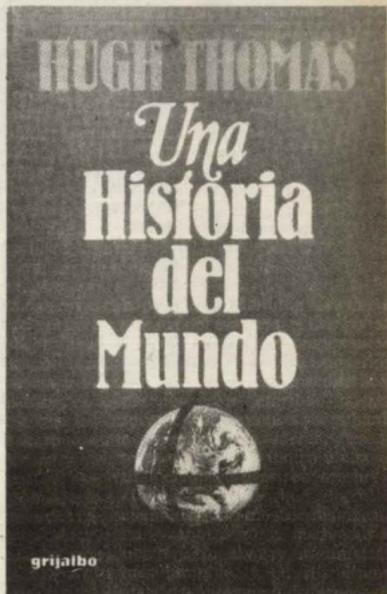
LIBROS



Pablo Capanna
UN INTENTO DE
"HISTORIA GLOBAL"

Acostumbrados como estamos los legos a la historia de reyes, batallas y revoluciones que nos enseñaron en la escuela, o a la historia cultural que aprendimos en las aulas universitarias, la nueva manera de escribir historia que ha llegado a predominar entre los investigadores puede parecerse desconcertante por momentos, aunque en rigor no sea tan "nueva".

Libros como el de Thomas, hechos para llevar al gran público esa concepción hoy corriente entre los historiadores, pueden hacer que el lector común se pregunte qué se ha hecho de Pericles, Carlomagno, Sócrates o Dante len el supuesto caso de que sepa situarlos correctamente en su tiempo; en su lugar, aparecen hechos como la introducción del arado de vertedera, del estribo, el crecimiento de la banca en el Renacimiento o el comercio de carne congelada. Hasta puede ocurrir que si uno no tiene ya ciertos pará-



HUGH THOMAS: Una historia del mundo (An Unfinished History of the World, 1979). Traducido de la edición de 1981 actualizada por Ana María Bravo; Grijalbo, Barcelona Buenos Aires México, 1982; 881 págs.

Título del original en inglés: *The Man Who Was Married To Space and Time*.
Copyright © 1982 by Omni Publications International Ltd. Traducción de Carlos Gardini.

metros históricos previos, obras como éstas, que lo sumergen en un torbellino de hechos y series evolutivas puedan serle de escasa ayuda, o por lo menos de difícil comprensión.

El estilo que ha adoptado Thomas se encuadra en la nueva metodología historiográfica inaugurada en 1929 por la revista *Annales*, generando un movimiento cuya figura prominentemente fuera Fernand Braudel. Basta observar la frecuencia con que Thomas cita a Bloch, a Braudel y a Chauvin, y recordar que él mismo estudió en la Sorbona, para advertir que está glosando los resultados de esa "historia global" que intenta reconstruir, a veces con la ayuda de las más elaboradas técnicas estadísticas y el apoyo de la computación, las estructuras de la vida cotidiana, la demografía histórica y la historia de las mentalidades; es, ante todo, una historia social y económica, historia de las colectividades antes que de los "grandes hombres".

Autor versátil, que también ha incursionado en la novela y el ensayo, Thomas adquirió fama con su *Historia de la guerra civil española* (obra prohibida por el régimen franquista y más tarde superada por trabajos mejor documentados) y una historia contemporánea de Cuba.

Huellas de estos trabajos pueden rastrearse en toda esta historia mundial, pues en los contextos más disímiles

aparecen datos y referencias a España y a Cuba, que a veces son poco atinentes al tema y revelan el uso de un fichero bien nutrido. Por lo demás Thomas tiene sus autores favoritos; el brasileño Gilberto Freyre es su principal fuente respecto de América latina; Johan Huizinga, el filósofo del juego, y Needham, el historiador de la ciencia china, aparecen a menudo; en cuanto al Renacimiento, se apoya en clásicos como Burckhardt y Berenson. Para los temas más actuales, suele citar a pensadores claramente encuadrados en una línea conservadora de pensamiento bastante coherente: Popper, Aron, Kissinger, Hayek y Milton Friedman.

Thomas presenta su historia como "inconclusa", y como prueba de ello a dos años de su publicación se siente obligado a actualizarla añadiendo, por ejemplo, un apéndice sobre la condición femenina. Ese calificativo suena a redundante, pues sólo a Hegel se le podría haber ocurrido que la historia podía ser otra cosa que un proceso inconcluso.

El autor ha querido trazar, desde la perspectiva global, un gran panorama donde la cronología pasa a segundo plano, y en lugar de la sucesión de dinastías e imperios se desarrollan "series", como la evolución de la alfarería, de la medicina, del sindicalismo o de los medios masivos de co-

municación. Sin embargo, Thomas no tiene la visión sintética de un Tynbee, ni escribe de un modo tan ágil como H. G. Wells, de modo que el resultado, sin negar su valor esclarecedor en muchos aspectos, no se caracteriza precisamente por la organicidad ni por la amenidad.

Tratándose de una empresa tan abarcadora, como es escribir una historia del mundo, la pretensión de totalidad es casi imposible, y por cierto no se cuenta entre las aspiraciones del autor; de modo que importa más señalar lo que ha omitido que lo que explica, si se quiere elucidar su marco conceptual y saber qué "interpretación" de la historia nos ofrece.

En una primera aproximación a la obra, reparamos en que todo el lapso que va desde la aparición del hombre hasta el siglo XV de la era cristiana se despacha en sólo doscientas páginas; otras cien están dedicadas al Renacimiento, el Barroco y la Ilustración, y las casi seiscientas restantes al período que va desde la Revolución Industrial (circa 1770) hasta nuestros días. Como vemos, el énfasis está puesto sobre los dos últimos siglos, precisamente aquellos en que la cultura europea (y especialmente su tecnología) se universaliza, y la historia comienza a ser "mundial". El autor lo anticipa, anunciando que en su libro se hablará más de Toscana que de Tanzania lo cual se explica te-



Thomas

niendo en cuenta el público al cual se dirige; pero no por tratarse de un supuesto asumido el supuesto dejó de ser tal.

Hace tiempo, aprendimos de Karl Kérenyi que "mundus" (mundo) significó en un principio el surco circular que trazaban los romanos al fundar sus ciudades, a partir de un centro consagrado a los dioses. El círculo mundial que traza Thomas para explicar la historia de la humanidad tal como él la ve, sin duda ha sido trazado apoyando una de las puntas del compás en las Islas Británicas. Pese a sus permanentes condenaciones del nacionalismo, el libro configura algo así como un vasto movimiento sinfónico donde las se-

ries técnico-económicas convergen en una defensa e ilustración de la democracia parlamentaria británica, entendida como forma suprema de civilización, fuera de la cual sólo hay totalitarismo, autocracia y barbarie sin historia.

La Revolución Industrial, que desde esta perspectiva aparece como la culminación de la civilización europea y sirve de piedra de toque para juzgar a los pueblos que no superaron o no pudieron haberla, fue obra de "una asombrosa generación de ingleses" (pág. 338). Nada se dice de otras asombrosas generaciones, como por ejemplo los atenienses del siglo V a. de

JC., o los romanos del siglo de Augusto, aunque por cierto se alaba a los florentinos del Renacimiento como creadores del orden burgués moderno.

Es así como el autor incurre en actos fallidos sorprendentes. Por ejemplo: respecto del inventor de la radio, Guillermo Marconi ("un científico del área de Bolonia", por no decir italiano) se aclara que era "de madre irlandesa" (pág. 465). Es cierto que luego se dedican muchas páginas a refutar las teorías de la superioridad racial, pero siempre se las atribuye a los alemanes (¿qué decir de Houston Stewart Chamberlain?) y oculta su propia cuota de chauvinismo.

La visión histórica de Thomas se encuadra dentro de la tradición liberal y, pese a su vocación de objetividad, no puede evitar el caer en ciertos lugares comunes heredados de la Ilustración.

Si bien por una parte ofrece un tratamiento sumamente equilibrado de temas como Copérnico, Giordano Bruno y Galileo (pág. 290), no siempre elige los hechos y los nombres más relevantes; sus interpretaciones y sus omisiones resultan un tanto prejuiciosas.

Al hablar de la Edad Media, apenas menciona a Tomás de Aquino y Alberto Magno, pero no olvida hablar de Pedro Damiani, que según Gilson es algo así como la caricatura de ciertas actitudes medievales extremas (pág. 210): presentarlo como único ejemplo pue-

de ser tan injusto como pensar que Khomeini es la quinta esencia de la cultura islámica.

A veces, el simplismo lo lleva a deformar los hechos. Por ejemplo, al tratar de la época de Constantino afirma que "al cabo de siglos en que el mundo parecía haberse librado de la magia, volvieron de nuevo los magos" (pág. 201). Afirmar esto es imperdonable en un historiador, pues significa ignorar el denso clima mágico-místico que vivía el Imperio romano aun desde antes de la aparición del cristianismo: los cultos sirios, la adivinación, la teúrgia, los cultos solares y de fertilidad, etc.

Más adelante, hablando de la Edad Media, sostiene: "...otra creencia que perduró de la época en que la religión organizada dominaba la sociedad, fue la creencia en los espíritus y los espectros, la superstición y la magia, los demonios y la quiromancia, la brujería y la alquimia" (pág. 216). Sorprende aquí la expresión "religión organizada" (que recuerda a la mafia, "el crimen organizado"), y la manera cómo se atribuyen a la influencia de la Iglesia creencias mucho más antiguas como la magia (prehistórica), la alquimia (alejandrina), la quiromancia (oriental) o la astrología (babilónica).

Una metodología "colectivista", que permite a Thomas hablar de Grecia sin mencionar a sus grandes pensadores, se contraponen con cierta afirmación ideológica del valor

de la individualidad: a "la falta de impulso de los individuos emprendedores" atribuye el fracaso de China, que teniendo todos los elementos científicos disponibles no hizo una revolución industrial (pág. 239). Thomas valora el "escepticismo ilustrado" como incentivo para la búsqueda de la verdad, porque piensa que se funda en el reconocimiento de la individualidad (pág. 235).

Así es como contraponen la Revolución Industrial inglesa, atribuida a la libre empresa y al ingenio de algunos individuos brillantes, y las burocráticas manufacturas estatales francesas, si bien menciona al pasar el hecho de que el progreso de la industria textil inglesa se hizo gracias al más riguroso proteccionismo (pág. 351).

De manera un tanto forzada, y no siempre coherente con los propios datos que ofrece al lector, sostiene que se ha hecho algo así como un mito sobre las malas condiciones laborales de los proletarios del siglo XIX, un mito creado por Dickens, Gaskell, Bleke y (por qué no) Carlos Marx. En su opinión, sólo una minoría era la que se vio afectada, aunque "no debemos olvidar que los tejidos que ésta producía sirvieron para mantener limpios y abrigados a miles de personas" (pág. 368). En cuanto a los Capitanes de Industria, que "según ciertos grupos llenos de prejuicios" eran verdaderos tiranos, destaca que en su época eran vistos como

"innovadores, filántropos, vendedores de guerras, hombres de visión y creadores de puestos de trabajo" (pág. 388); al parecer, ésta es su propia opinión.

En Thomas encontramos incluso un párrafo alarmante en el que nos recuerda al ideólogo alemán Oswald Spengler, quien lamentaba que Occidente hubiera permitido que su tecnología cayera en manos de los "bárbaros". Dice Thomas: "Los europeos invirtieron grandes cantidades entre 1960 y 1978 en aumentar la capacidad de exportación de acero, desgraciadamente a países que querían fabricar el suyo propio. Esta es la tragedia de muchos de los países que primero se industrializaron" (pág. 393). El mal radica pues en querer ser independiente...

Los juicios sobre España y el mundo hispanoamericano son también bastante lapidarios: en cierto modo, la "leyenda negra" no ha muerto. El descubrimiento y la conquista de América están tratados de modo bastante objetivo, e incluso se señala una vinculación interesante entre la novela de caballerías y el espíritu de los conquistadores, que extrajeron de sus novelas nombres como California y Patagonia (pág. 285). También es interesante la analogía de la hacienda latinoamericana con la propiedad feudal, pero la contraposición con Inglaterra es constante. Señala Thomas que la institución de

la Mesta (monopolio de la lana, protegido por el Estado) impidió el desarrollo capitalista en España; a partir de allí, se transfirieron a América Latina los mismos defectos y el mismo sino fatal.

Nada parece haber de rescatable en Sudamérica, salvo la democracia venezolana (el libro está dedicado a Rómulo Betancourt), y ello parece que pudiera atribuirse a ciertas peculiaridades del "carácter" latino: "...en la América española, los capitalistas no mostraron el menor interés por invertir en la industria, en ausencia de un vigoroso mercado protegido. Resultaba más fácil permitir la fluencia de productos manufacturados ingleses" (pág. 572). Por supuesto, se omiten algunos datos acerca de cómo Inglaterra apoyó esa "fluencia", desde la división del trabajo internacional hasta la diplomacia de las cañoneras y cierta versión del liberalismo *ad usum latini* que abortó toda tentativa de desarrollo autónomo.

Respecto de América latina, es evidente que Thomas sigue al pie de la letra al ideólogo venezolano Carlos Rangel (aquí curiosamente rebautizado "Rafael"). Rangel, un epígono latinoamericano de Jean-Francois Revel que ha hecho todo lo posible por empeorar la imagen del subcontinente ante la opinión pública mundial, sostiene que Latinoamérica no tiene salida, precisamente por su herencia española, y por "una combina-

ción de nacionalismo, romanticismo, inercia, sentimientos de clase y mala administración" (cita de Thomas, pág. 688), y opta siempre por atribuir sus males a un "imperialismo" que según Thomas jamás existió.

De esta manera, Cuba (que en otra parte se describe como lo que fuera una de las colonias más progresistas de España y Argentina, estuvieron a su tiempo entre los países más avanzados. De la primera se ocupa bajo el rubro de "totalitarismo", y de la segunda hace algunas menciones al pasar. Recuerda ante todo "la famosa y deseada carne de vaca argentina" (pág. 490), menciona a Sarmiento y a Rosas (pág. 127), a Perón (pág. 769), pero curiosamente omite incluir a Buenos Aires, con sus ocho millones de habitantes, entre las grandes ciudades del mundo, aunque mencione a Boston, Palermo o Amsterdam, que bien menos de un millón (pág. 672).

Sería injusto negar la utilidad de la información recopilada por Thomas y el estilo dinámico con que la expone, en especial para el período de la Revolución Industrial, rescatando figuras del plano técnico que influyeron en el mundo de hoy más que algunos estadistas; esto es lo que rescata los méritos del libro como elemento de consulta, aunque el conjunto sea algo desigual. En materia de prehistoria sostiene tesis bastante cuestionables, y más de una vez

incurre en anacronismos; así es como acusa a Aristóteles de no haberse dedicado a la experimentación y concentrarse en la observación (pág. 240); pero es precisamente con ella que nace el método científico, y pretender lo contrario es juzgar a posteriori y no respetar los tiempos (pág. 240). Entre las generalizaciones apresuradas, hallamos que la radio y la TV fomentan el nacionalismo (pág. 477), cuando la uniformidad de los programas en el nivel planetario indicarían más bien lo contrario.

Otras, más que anacronismos, son citas mal hechas: nos sorprende leer un texto atribuido a Platón donde éste se manifiesta escéptico respecto de la existencia de los dioses (pág. 193), pero cuando vamos a la nota correspondiente descubrimos que quien habla es el sofista Protágoras, en el diálogo platónico del mismo nombre.

La traducción también hace de las suyas, deformando algunos nombres y títulos: los "emperadores antoninos" (pág. 185) son los Antoninos; las obras jurídicas compiladas por Justiniano, los Códigos y el Digesto, se transforman en misteriosos tratados "Digest", "Codes" y "Novels" por desconocimiento de su equivalente español (pág. 223).

Los últimos capítulos pretenden expresar las dudas y las esperanzas de la presente hora, los peligros de guerra atómica, de colapso de la civi-

lización, crisis de recursos, avance del autoritarismo, etcétera, aventados por una gran confianza en los Estados Unidos, como herederos del ideario liberal. Esta confianza es tan plena que el autor añade un comentario sobre la elección de Ronald Reagan, que contiene un juicio un tanto discutible sobre el macartismo:

"Cuando la gran época del cine parecía haber llegado a

su fin, el pueblo americano eligió para Presidente de la nación a un ex actor de éxito, Ronald Reagan, **que en los años que siguieron a 1940 contribuyó grandemente a librar a Hollywood de la subversión comunista.** En un país en que a menudo se ha visto a los políticos comportarse como actores, le ha parecido al pueblo americano mejor apueste a un actor profesional que

uno sólo aficionado" (pág. 473).

A pesar de la ironía, aquí puede decirse que el historiador ha cedido la palabra al ideólogo, dejando atrás al ensayista que podía haber sido, con el afán de concluir una historia inconclusa. Si se omiten tantos nombres, no creemos que Reagan merezca estar junto a Hammurabi o Solón, y ni siquiera entre Napoleón y Churchill.

LIBROS



Sergio Gaut vel Hartman
MUJERES, HOMBRES,
DRAGONES

Publicar el primer relato a los veinticinco años debe ser el común denominador de muchos escritores. Pero en el caso de Vonda McIntyre y Jack Vance podría resultar el único punto de contacto visible. Porque mientras ella aparece en escena en la década del setenta y se inserta en un género que empieza a gozar de cierta respetabilidad, él es un clásico exponente de la llamada "Era de Campbell", y entre los intereses, estilos, obsesiones y debilidades de ambos se abre un profundo abismo.

La colección de relatos de Vance recoge trabajos representativos de toda una carrera. En cambio la de McIntyre es el fruto de poco más de un lustro: su primera recopilación.

Vance ha sido y en parte sigue siendo ignorado por los lectores y menospreciado por la crítica. No creo que él se haya esforzado por luchar

Contra esa tendencia, por lo

JACK VANCE LOS MUNDOS DE JACK VANCE



JACK VANCE: Los mundos de Jack Vance (The Worlds of Jack Vance). Traducción de Carlos Peralta, Martínez Roca, Barcelona, 1982; 265 págs.

que la etiqueta de escritor difícil e inasible parece una consecuencia lógica en una época en la que la frontalidad de Heinlein, Asimov y van Vogt seducía al gran público.

En cierto modo continuador de Weinbaum en el tratamiento dado a la descripción de culturas extraterrestres, Vance desarrolló y refinó minuciosamente el tema, hasta dotar a sus relatos de una ajenidad poco común.

En el presente volumen, esa característica es particularmente reconocible en "La polla lunar", una novela corta que goza de merecida reputación. La anécdota es mínima: una breve intriga policial recurrente en Vance, quien incurrió en el género como John Holbrook) coloca a un grupo de extranjeros en el seno de una cultura cuyos integrantes usan máscaras para aparecer en público y se comunican contando, acompañados por una interminable serie de instrumentos musicales que el autor describe con todo detalle, utilizando abundantes notas de pie de página, para histeria de los puristas. El resultado es curioso: con un mínimo de acción logra un relato rico y complejo, perfectamente creíble.

Lo extraño se potencia en una historia que recuerda a Italo Calvino y *Las cosmicómicas*: "Los hombres regresan". La causalidad se ha quebrado (y aquí Vance hace gala de una heterodoxia poco común, ya que no se ocupa de expli-

car el mecanismo de la anomalía como era norma en el general) y los objetos y los sujetos y los sucesos se cruzan y se chocan en escena víctimas de un juego loco; el surrealismo se coloca al servicio de la fantasía y no a la inversa, lográndose un efecto de rareza sin perder coherencia o claridad. Hay todavía otro cuento, "Golpe de gracia", mucho menos comprometido que los anteriores, en el que una galería de seres extraterrestres es dibujada hasta el regodeo visual, recordando de algún modo la escena de la taberna en *Star Wars*...

Y por curiosa paradoja lo por natural confirmación de la teoría de los opuestos) Vance parece tener dificultades con los seres humanos. "Cerebros de la Tierra", la novela corta que cierra el libro, es una pieza débil, escuálida; si los extraterrestres son aquí esquemáticos, opacos, los hombres y mujeres parecen menos que fantasmas. Hasta podría decirse que la contemporaneidad complica los recursos del escritor: el relato se remata con una alusión a la guerra fría y a los enemigos de los Estados Unidos (luego de que los personajes resultan arrancados de su contexto, paseados por toda la galaxia sin que se advierta perturbación alguna, enfrentados con entidades desconocidas un minuto antes, obligados a resolver problemas de complejidad cósmica en un vano in-

tento de ganar verosimilitud y logrando el efecto contrario.

De los demás relatos, "El diablo en Salvation Bluff" es el que más se aproxima a "Los hombres regresan", aunque en este caso, para describir un mundo que erbita varios soles (con las correspondientes confusiones de los colonos que se esfuerzan por vivir de acuerdo con pautas temporales), utiliza elementos convencionales, por lo que el efecto de extrañamiento es débil. "El cerebro de la galaxia" es una discreta aproximación a un tema metafísico por un camino racional: aquí tampoco se mueve Vance con soltura y apenas logra construir uno o dos cuadros interesantes. "El mundo intermedio" narra la lucha de dos pueblos del tronco humano por un mundo vacío. La guerra se libra mediante recursos biológicos, sembrando unos y destruyendo otros con plagas y venenos el suelo del planeta. Claro que el gastado remate consistente en el descubrimiento de que el mundo disputado es la Perdida Vieja Tierra, apenas deja lugar para conjeturar si éste no será el primero de los relatos escritos acerca del tema.

Torrente de fuego y otros relatos es un libro de estructura homogénea. Casi podría decirse que un único personaje recorre, acosado por fuerzas que lo exceden, todos los relatos; desde el premiado "De Niebla, Hierba y Arena" hasta

carlos a tareas que los normales no pueden realizar. McIntyre se detiene morosamente en la descripción de las emociones de estos seres marginales, y lo hace con desapego, recordando sus figuras contra paisajes vagos con el objeto de acentuar la condición de los perseguidos. Este enfoque conspira en varios de los relatos para tornarlos unidimensionales y monótonos, pero no impide que un incondicional interés por la dignidad humana a pesar de la paradoja que implicar se filtre entre los barrotes de la cárcel infinita que guarda a sus criaturas.

La recurrencia una determinados aspectos de diferentes relatos: una muerte plena se coloca por encima de una vida pensada en "Torrente de fuego", "Ales", "El principio del fin" y "Los monstruos del genio"; la persecución de las máquinas en "Recurse, Inc." (algo fuera de lugar por tono y construcción y demasiado parecido a "Los ordenadores no discuten", de Gordon Dickson) y "Espectros"; el reclamo de los transformadores en "Tapón Roscado", "Aztecas" y "Los monstruos del genio".

Tomados individualmente, sólo "De Niebla, Hierba y Arena" (objeto de una posterior ampliación como *Dreamsnake*) y "Tapón Roscado" ofrecen algún placer de lectura. En el primer caso, en un mundo postnuclear una curadora se vale de serpientes para ejercer su oficio. McIntyre



VONDA N. MCINTYRE: *Torrente de fuego y otros relatos (Fire-flood and Other Stories)*. Traducción de César Terrón; Edhasa, Barcelona, 1981; 287 págs.

"Tapón Roscado" (posiblemente el trabajo más abierto de la colección), todos participan de una suerte de culto y defensa de la condición de víctima.

"Espectros", "Torrente de fuego", "El principio del fin",

"Tapón Roscado" "Los monstruos del genio" y "Aztecas" están protagonizados por seres que han sido transformados por el hombre (mediante cirugía, mutaciones o presión social) para adaptarlos a funciones necesarias, para apli-

logra transmitir el miedo y la incapacidad de adaptación a las nuevas circunstancias en un clima poético de gran vuelo. En "Tapón Roscado" asistimos a la delicada interacción de tres inadaptados (una polizón profesional, un escritor disidente y un **tetra** —un hombre genéticamente programado— que reniega de sus iguales) en un planeta-prisión. Un poco a la manera clásica, hay lealtades, traiciones y carceleros despiadados casi tan marginales como los reclusos...

En el resto de los trabajos (inclusivo el nominado "Aztecas") aparece una cierta crispación, una fúria impotente por no poder cambiar el aislamiento, y la necesidad de entregar en plenitud a las criaturas defendidas y amadas. El resultado es una combinación peligrosa y cierta sensación de cosa inacabada o a

medio desarrollar. Los seres alados de "Alas" y "Las montañas del ocazo, las montañas del alba" podrían pasar por hijos de Vance (pero nacidos prematuramente, incompletos); hubieran merecido contextos más ricos, ya que su mera descripción resulta insuficiente. Es como si la autora hubiera hablado a los personajes, pero no la historia...

Es posible que Vonda McIntyre deba recorrer todavía el largo camino que lleva a la madurez. No parece uno de esos talentos que marca el género a fuego logrando que algunas cosas ya nunca puedan volver a ser como antes, sino una modesta trabajadora, prolija y aplicada, impulsada por un lúcido humanismo y por el grave sentido apocalíptico que permite advertir sobre las desmesuradas fallas de la sociedad en que vivimos.

Y en ese plano cabe equipararla a Vance. Porque tampoco Vance es un genio. Aparece en el género como una modesta opción, conformando una obra importante sin estridencias, en la periferia, casi desconocido para sus pares (hasta el punto de que el omnisciente Asimov admitió no conocerlo en las dos presentaciones de **Los premios Hugo** en las que le tocó enfrentar el asunto). En algunos aspectos, la actitud de Vance hacia la literatura, los críticos y el público, aunque no la obra, se parece a la de Algis Budrys. Y es curioso que Budrys y McIntyre tengan notables puntos de contacto, especialmente en la preocupación por el sufrimiento de los seres castigados por diferencias que los obligan al aislamiento. Y más curioso todavía es que Vance mismo parezca uno de esos personajes...



Anibal M. Vinelli
RECORDANDO
LAS PELÍCULAS DE
EPISODIOS



La crítica, y en general los teóricos y estudiosos suelen pasar por alto la influencia que en el cine de las últimas décadas —y aún hoy— han ejercido y ejercen las ya, hace largo tiempo, desaparecidas películas de episodios.

Situemos a los lectores (muchos de los cuales, en razón de su edad, tal vez no hayan visto jamás uno de estos films ni sepan de qué se trata) en la época: entre 1929 y 1956, es decir, desde los comienzos del sonoro hasta el momento en que la televisión empezó a restarle público al cine, se estrenaron en los Estados Unidos, y luego en el resto del mundo, 231 películas divididas, cada una, por 12, 13 ó 15 episodios de aproximadamente 20 minutos de duración.

Ejemplos de la acción más pura y directa, casi desprovistas de derivaciones románticas, estas películas abrevaban en las fuentes del folletín, los **comics**, la intriga policial o el relato de ciencia-ficción más

elemental. Y, sin embargo, reeditadas por el fenómeno tecnológico del videocassette, aún parecen atesorar una notable cuota de diversión y entretenimiento.

Podían ser **westerns**, como **El Llanero Solitario/El Jinete Enmascarado** (The Lone Ranger, 1938 y 1939), **Las aventuras de Frank y Jesse James** (1948) o **El hijo de Gerónimo** (1952), o delirios detectivescos como los de **Dick Tracy** (1937,

1938, 1939 y 1941), pero en cualquier caso las hermanaba una indudable ingenuidad, y la más absoluta despreocupación por cualquier conflicto político o social.

Eran notorias, incluso, por cierto grado de reacción y hasta racismo, a tal punto que uno de los héroes, en una serie de 1935, marchaba al rescate de la damisela diciendo: "Suena como el grito de una mujer blanca."

Se sabe, también, que sus presupuestos eran tan infimos como el escaso tiempo que, les insumía el rodaje: alrededor de 200.000 dólares por toda la película, dos o tres semanas de filmación.

Pero quizá lo más destacable haya sido su estricto apego a la receta, a la fórmula, a un desarrollo argumental básicamente invariable.

Demos un ejemplo.

Por lo general, la galería de personajes se componía del héroe feo, intachable, la heroína (de tan pura, aburrida, el segundo héroe (que podía morir si al escritor se le acababan las ideas) y un tercero, generalmente algo tonto y que proveía el intervalo cómico con sus torpezas. De la acera de enfrente aparecían los malos encabezados por un archivilano (tan misterioso que solía asumir una doble identidad develada en el último episodio, aunque el espectador la sospechaba desde el principio), un ejecutor y varios complices menores.

Esas eran las piezas y el juego consistía, a veces, en hacerse de un invento definitivo (podía ser el Rayo de la Muerte) que pasaba de uno a otro bando sin que los malos pudieran cumplir su objetivo (lapirosarse del mundo).

Entre los títulos y la palabra "Fin", el héroe salía sin un rasguño de acorchanzas como sierras metálicas, bombas de dinamita, puñaladas, cuevas de leones y la inevitable explosión en un depósito semiblan-

donado en apariencia (y en verdad uno de los muchos refugios de la banda de criminales).

Ahora bien: el mayor misterio estaba en la psicología del héroe porque, siendo tan inteligente, ¿cómo era al mismo tiempo tan estúpido para no saber lo evidente? O sea que el grupo de asesinos lo esperaba con alguna ingrata sorpresa para acabar con su humanidad...

Poco importa y, si el fin justificaba los medios, la lógica hubiera acabado con el héroe y con la serie, así que las balas rebrotaban en un providencial escudo de acero, el lazo que ataba al muchacho se desataba o las bombas explotaban a destiempo. Y a empezar otra secuencia.

Flash Gordon superaba al diabólico Ming y Batman se rela de los fascinerosos mientras el Capitán Marvel o Capitán Maravilla (como se quiera) y Superman deshacían a fuerza de puñetazos y superpoderes las conjuras de delincuentes un poco ridículos. Y El Zorro seguía cabalgando por las calles y alrededores de San Juan de Capistrano.

Aquellos buenos y, más aún, los malos, pasaban gran parte de su tiempo en el vestuario, cambiando de ropaje y (un hecho que aterrorizaría a los psicólogos) personalidad: el magnate Henry Drayson se volvía Mister X, y el filántropo Juan o José se convertía en El Dragón Misterioso. Pero ni la capa ni el antifaz ni los sica-

rios ni las armas misteriosas podían con el héroe, que si era bueno de verdad volvía no sólo al fin de cada episodio sino, además, en nuevas películas. Como Tarzán, Zorro, Flash, Batman, Buffalo Bill, El Avispón Verde o Dick Tracy, reiterados en varias (y no muy distintas) secuelas.

Digna de destacar resulta, asimismo, la existencia de un lenguaje cinematográfico que les era muy propio. La acción iba en **creciendo**, y algo imposible hacia el final del episodio. En una secuencia así increíble de **Dick Tracy**, el detective advierte que los malignos de la familia Stark (unos gangsters ciertamente inspirados en tristes y auténticos modelos de la fauna criminal norteamericana) han interceptado la señal de radiodirección (un precursor del radar) que lleva a un avión de pasajeros hacia la seguridad del aeropuerto. En el aeroplano viaja un testigo que podría incriminar a los Stark, así que éstos procuran derribar el aparato.

¿Qué hace Dick? Monta igualito que los cowboys en el caballo) en una pequeña avioneta y entre la niebla consigue colocarse delante del bi-motor amenazado, previniéndolo para que se desvíe. Pero no puede evitar que su propio avión se estrelle. ¿Se murió Tracy? ¿Se acabó la serie en el tercer episodio?

Tranquilo, no floren. En el cuarto episodio nos muestran una escena en la que Dick, segundos antes del choque

contra una montaña, se lanza en paracaídas. Juegos de manos, prestidigitación cinematográfica, un engaño que sólo puede aceptarse cuando uno está dispuesto a creer en lo increíble.

Esos escamoteos constituían la sal de los episodios que, a su vez, reconocían ilustres antecedentes, el más notorio de ellos el de Edgar Wallace. Que no sólo era novelista y dramaturgo sino también un veterano jugador y maestro del folletín por entregas.

Había dejado para su publicación en un periódico un capítulo donde el héroe, atado de pies y manos, yacía en un pozo profundo mientras varias serpientes venenosas se acercaban a él. Ocupado en otros compromisos sociales y deportivos (carreras de caballos) Wallace no había dejado escrita la continuación, y durante toda una semana los redactores se devanaron los sesos procurando encontrar una solución al imposible enigma.

La noche anterior a la salida del diario en el que debía aparecer la continuación, pocos minutos antes del cierre de la edición, Wallace apareció con toda naturalidad y, sentándose frente a la máquina, escribió rodeado por el silencio expectante de toda la redacción: "John se desató las cuerdas y saltó del pozo."

¿Para qué complicarse más? El show debe seguir. Y los herederos de Wallace en



LAS DIEZ MEJORES

Entre más de 200 películas de episodios, ¿cuáles fueron las mejores? Un jurado de treinta críticos estadounidenses votó en 1962 el siguiente ranking:

1) **Flash Gordon** (1936), 13 episodios, Universal. Dirección: Frederick Stephani. Con Larry "Buster" Crabbe (Flash), Jean Rogers (Dale Arden), Frank Shannon (doctor Zarkov) y Charles Middleton (Ming).

2) **Buck Rogers** (1939), 12 episodios, Universal. Dirección: Ford Beebe y Saul Goodkind. Con Larry Crabbe (Buck), Wilma Deering (Constance Moore) y Jackie Moran (Buddy Wadel).

3) **Drums of Fumanchu** (1940), 15 episodios, Republic. Dirección: William Witney y John English. Con Henry Brandon (Fu), William Boyle (Nayland Smith) y Robert Kellar (Allen Parker).

4) **Spy Smasher** (1942), 12 episodios, Republic. Dirección: William Witney. Con Kane Richmond (Spy Smasher), Sam Flint (almirante Corby), Marguerite Chapman (Ive Corby) y Hans Schumm (La Máscara).

5) **The Purple Monster Strikes** (1945), 15 episodios, Republic. Dirección: Spencer Bennet y Fred Brannon. Con Dennis Moore (Craig Foster), Linda Stirling (Sheila Layton) y Roy Bracoff (El Monstruo Púrpura).

6) **Shadow of Chinatown** (1936), 15 episodios, Victory. Dirección: Bob Hill. Con Bela Lugosi (Victor Poten), Joan Barclay (Joan) y Herman Brix (Martín).

7) **The Lost City** (1935), 12 episodios, Krellberg. Dirección: Harry Revier. Con Kane Richmond (Bruce) y William Boyd (Zolok).

8) **The Return of Chandu** (1934), 12 episodios, Principal. Dirección: Ray Taylor. Con Bela Lugosi (Chandu), María Alba (Princesa Nadji) y Clara Kimball Young (Dorothy).

9) **The Mysterious Dr. Satan** (1940), 15 episodios, Republic. Dirección: William Witney. Con Eduardo Cianelli (Dr. Satan).

10) **Adventures of Captain Marvel** (1941), 12 episodios, Republic. Dirección: William Witney y John English. Con Tom Tyler (Capitán Maravilla), Frank Coghlan (Billy Batson) y William Benedict (Murphy).

el film de episodios tampoco se complicaban demasiado, menos aún que el escritor y creador de Mister Reeder. Contaban con la cámara, en verdad una ilusión más pura, absoluta y cambiante que cualquier página impresa.

En esa irrealidad tan exagerada que superaba las más locas fantasías encontró el cine de episodios el motor de su existencia, así como los mejores momentos de su producción se alcanzaron en la década del '30 y primeros años de la del '40, con un promedio de doce películas anuales. La cifra empezó a disminuir en 1947 (siete películas) y siguió en descenso hasta que en 1956 se rodaron sólo dos, y desde entonces ninguna.

¿Por qué desaparecieron? ¿Qué fue del cine de episodios?

Como tantas cosas, desapareció porque le había llegado el momento. Cuando en Estados Unidos dejaron de filmarse estos formatos de 15 episodios, la producción de obras de bajo costo se orientaba hacia un nuevo medio, la televi-

sión, mejor dispuesta hacia las series unitarias de 30 o 60 minutos que, aún conservando un personaje central, empezaban y concluían en el mismo día de emisión. Si bien todavía baratas, en 1956 ya no lo eran tanto y, además, podían ofrecer menos beneficios que una serie televisiva que, si resultaba exitosa, tal vez alcanzase los 40 ó 50 episodios, disminuyendo su presupuesto en relación inversa a lo que acrecentaba sus ganancias.

A lo dicho cabe agregar otras consideraciones, la primera también de índole comercial: el exhibir un episodio distinto durante más de doce semanas intentando retener al mismo público resulta hoy día casi un exotismo, tanto han cambiado los gustos y hábitos del público. Que, por otro lado, parecería dispuesto a soportar en la televisión lo que ya no le interesa en el cine.

¿O no son los miniseries —por su formato antes que por su temática más orientada hacia el espectador adulto— algo así como las continuadoras electrónicas del film de episodios?

Especulaciones al margen, será bueno recordar que estas series influyeron en más de un realizador: es sabido el afecto con que las recuerda ese gran maestro de la violencia filílica que es Sam Peckinpah. Y si se piensa un poco, obras suyas como *The Wild Bunch* (La pandilla salvaje) o *Major Dundee* (Juramento de venganza) podrían constituir el sueño dorado y prohibido (por distinta época y mercado) de un director de episodios.

Otros dos que mucho le debían al cine de episodios son los muchachos de oro del Hollywood 1982: George Lucas, el de *Star Wars* (La guerra de las galaxias/La guerra de las estrellas) y Steven Spielberg, cuyo *Raiders of the Lost Ark* (Los buscadores del Arca perdida) sigue escrupulosamente todos los convencionalismos y lugares comunes del género con un maravilloso (y afectuoso) sentido del humor.

Así concluye este episodio: otra aventura en el próximo número.

DEFINITIVA EVIDENCIA DE VIDA INTELIGENTE EN EL PLANETA:

Revista

JUEGOS

PARA GENTE DE MENTE

- * Concurso permanente de cuentos breves.
- * Acertijos matemáticos.
- * Enigmas de la lógica.
- * Ajedrez y fantasía.
- * Go, Backgammon, Cubo mágico.
- * Crucigramas.
- * Paradojas y delirios.

Juegos para gente de mente
significa
juegos para gente de mente.

Una vez por mes, piénselo en su kiosko.

PROXIMAMENTE

Cuentos y artículos de

MICHAEL MOORCOCK
ANGELA CARTER
PABLO CAPANNA
BRIAN W. ALDISS
STANISLAW LEM
CARLOS GARDINI
J. G. BALLARD
ALFRED BESTER
ANNA KAVAN
GENE WOLFE
ANGÉLICA GORODISCHER
URSULA K. LE GUIN
EDWARD BRYANT
KATE WILHELM
PHILIP K. DICK

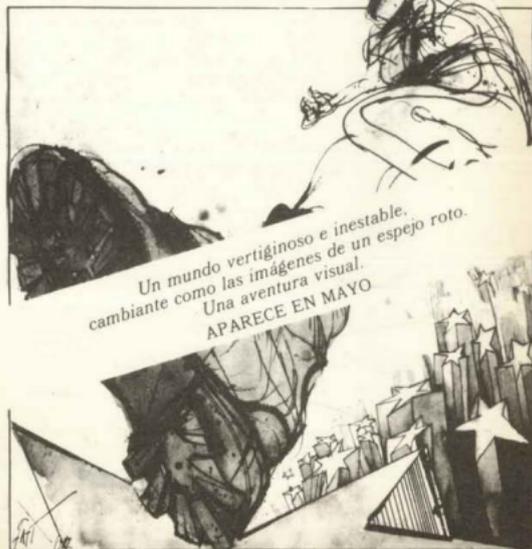
Minotauro (segunda época) es una publicación de Ediciones Minotauro S.R.L., Humberto I 545, Buenos Aires. Redacción y administración: Humberto I 545, teléfonos 362-1222/1332/1616. Distribución en librerías: Editorial Sudamericana S.A. Distribución en kioscos: Capital: Brihet e Hijos S.R.L., Viamonte 1465; Interior: SADYE S.A.C.I.F., Belgrano 355. Queda hecho el depósito que indica la ley. ©1983, Ediciones Minotauro. Registro de la Propiedad Intelectual en trámite. Impreso en la Argentina.

Esta edición de 10.000 ejemplares, se terminó de imprimir en offset en el mes de abril de 1983, en los talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina, S.A. Alsina 2049 - Buenos Aires - Argentina

M A R C I A L S O U T O

PARA BAJAR A UN POZO DE ESTRELLAS

ILUSTRACIONES DE FATI



Un mundo vertiginoso e inestable.
cambiante como las imágenes de un espejo roto.
Una aventura visual.
APARECE EN MAYO

EDITORIAL SUDAMERICANA

gritarle a Ladrona de Duraznos que los detuviera. Pero guardó silencio. Cuando sortearon unos pedrejonos, fue recompensado por la visión distante de las inequívocas torres de un parque aéreo, a la izquierda en la pradera.

Por último el cúmulo de rocas terminó, muy cerca de una estación. Se detuvieron entre una hilera de coches atascados. Jakko se apeó con gratitud, acordándose de dar las gracias a la yegua. También le resultaba incómodo caminar.

—¡Fíjate si hay un coche en buen estado antes que me baje! —gritó Ladrona de Duraznos.

El segundo que examinó funcionaba. Se lo anunció a la muchacha.

Pronto vio problemas entre los caballos. La gran bestia amarilla atacaba, relinchando y pateando. Ladrona de Duraznos abandonó el tumulto junto con los perros, y subió al coche riendo.

—Di todo el azúcar a nuestras yeguas —gorjeó. Luego se calmó—. Creo que las yeguas sí dan buena leche. Les pedí que vengan conmigo a la estación cuando yo regrese. Si ese prepotente las deja.

—¿Cómo subirán a un coche? —preguntó él, estúpidamente.

—Vaya, volveré caminando. No sé manejar estas cosas.

—Pero yo estaré contigo. —No se sentía convencido.

—¿Para qué, si no quieres hacer niños? Tú no estarás aquí.

—Pues bien, ¿por qué vienes conmigo?

—Busco una vaca —dijo ella con desdén—. O una cabra. O un hombre.

No hablaron más hasta que el

coche llegó al parque aéreo. Jakko contó más de veinte naves en buen estado flotando junto a sus torres. Muchas más estaban desinfladas, y algunas torres se habían derrumbado. Las vías de la pista evidentemente no funcionaban.

—Creo que tendremos que hallar sombreros —le dijo a Ladrona de Duraznos.

—¿Por qué?

—Para que las alarmas de servicio no suenen mientras caminamos por allí. La mayoría de los lugares son así.

—Oh.

En la oficina de entrada encontraron una pila de sombreros para tripulantes, un acto previsor por parte de los últimos ocupantes del parque aéreo. Un gran letrero escrito a mano decía: *TODAS LAS NAVES PREPARADAS. MANEJO MANUAL. LEA INSTRUCCIONES.* Debajo había un fajo de folletos polvorientos. Tomaron uno, se pusieron los sombreros, y se dirigieron hacia una columna en cuya torre flotaban varias naves. Tuvieron que agacharse y desviarse para sortear la red de vías muertas, y cuando llegaron a la estación no parecía haber modo de subir.

—Tendremos que trepar a esa vía. Hallaron una escalerilla angosta y subieron, ayudando a los perros. El portal de la vía estaba abierto, y pronto llegaron a la sala de pasajeros. Aún estaba iluminada.

—Esperemos que funcione el ascensor.

Se dirigían al ascensor cuando los sobresaltó una voz vibrante.

—¡Ho! ¡Ho, Roldán!

—Eso no es un vóder —susurró Ladrona de Duraznos—. Allí hay un ser humano vivo.

Dieron media vuelta y vieron a una extraña persona tendida en una de las salas. Abrieron los ojos al acercarse, pues tenía un aspecto temible. El fino y sucio cabello blanco enmarcaba una cara hundida y horriblemente agrietada, y en lo que se veía del cuello y los brazos sólo había manchas y podredumbre. La chaqueta y los pantalones eran harapos mugrientos que se hundían donde debía haber carne. Jakko recordó los jirones de tela que rodeaban el cadáver de Ferrocil y se estremeció.

El desconocido los miraba ojorosamente. Dijo, con un hilo de voz: —Cuando murió el caballero Roldán, predijo que su cuerpo sería hallado a tiro de lanza de todos los demás, y de cara al enemigo... Si sois reales, ¿podéis darme un sorbo de agua?

—Por cierto. —Jakko desenganchó su cantimplora y trató de dársela, pero al hombre le temblaban tanto las manos que Jakko tuvo que acercársela a la boca, notando un tufo desagradable. El desconocido bebió ávidamente, derramando un poco. Detrás de él, los perros se acercaron, olisqueando con cautela.

—¿Qué le ocurre? —susurró Ladrona de Duraznos cuando Jakko se incorporó.

Jakko había recordado sus lecciones. —Creo que simplemente es muy, muy viejo.

—Así es —dijo el desconocido. Su voz era más fuerte. Los observó

con extraña avidez—. Esperé demasiado tiempo. Fibrilación. —Se puso una mano débil en el pecho.— Fibrilación... una bella palabra, ¿no? Se me acabó la medicina, o la perdí... Un animal pequeño y caliente mal sincronizado entre mis costillas.

—¡Lo ayudaremos a llegar al Río de inmediato! —dijo Ladrona de Duraznos.

—Demasiado tarde, señores míos, demasiado tarde. Además, no puedo caminar, y no podéis cargar conmigo.

—Puede sentarse, ¿verdad? —preguntó Jakko—. Tiene que haber sillitas rodantes por aquí. Las usaban para los heridos. —Registró la sala y encontró una casi en seguida.

Cuando la trajo, el desconocido miraba a Ladrona de Duraznos y murmuraba algo en una lengua arcaica de la cual Jakko sólo entendió: ... *el seno de una muchacha grave forma una montaña contra el alba.* El hombre trató de instalarse en la silla pero se desplomó con un jadeo. Tuvieron que alzarlo y acomodarlo. Ladrona de Duraznos frunció la nariz.

—Esperemos que funcione el ascensor.

Funcionaba. Pronto estuvieron en la alta cubierta de partida, y en el cuarto embarcadero había una nave a la espera. Era un pequeño trasbordador local. Entraron en la cabina principal empujando al viejo, que tenía el cuerpo flojo y respiraba mal. Los perros lunares brincaban de ventana en ventana, mirando hacia abajo. Jakko ocupó el asiento del piloto.